UMBERTO JARA

ABIMAEL

EL SENDERO DEL TERROR

Abimael Guzmán
(a) camarada Gonzalo

Augusta La Torre
(a) camarada Norah

FUNDADORES DE SENDERO LUMINOSO





FOTO: JAIME PACHECO

Umberto Jara. Es escritor, periodista y abogado. Estudió en la Universidad Católica del Perú, donde se graduó en Letras y Derecho y luego se desempeñó como catedrático en la Facultad de Derecho. Ha ejercido el periodismo en prensa gráfica, radio y televisión realizando coberturas sobre terrorismo, narcotráfico y campañas electorales.

Ha sido editor de las revistas *Debate y Semana Económica* del Grupo Apoyo (1988-1990), editor de la revista cultural *El Suplemento* (1990-1992), editor general del diario *Expreso* (1991-1992), director del programa televisivo *Panorama* (1993-1996) y director del quincenario *Cero* (2006). Ha ejercido también el periodismo deportivo dirigiendo las coberturas de los Mundiales de Fútbol Estados Unidos 94 (Panamericana Televisión) y Francia 98 (América Televisión) y el semanario deportivo *Once* (1997-2000).

Ha publicado el libro de crónicas *Con ojos de testigo* (1997) y los libros de periodismo de investigación *Ojo por ojo, la verdadera historia del Grupo Colina* (2003, 2017); *Historia de dos aventureros* (2005, 2017), *Secretos del túnel* (2007) y *Morir dos veces* (2016). Sus libros han sido publicados en Perú, Argentina, Colombia y Chile. Actualmente, se desempeña como Consultor en Estrategias Corporativas Legales y Comunicacionales.

Abimael Guzmán Reinoso es un hombre que el país tiene presente desde hace décadas, pero ¿quién es en realidad? Poco o nada se sabe de su compleja niñez y adolescencia, de su oculta intención de convertirse en oficial de Infantería del ejército peruano, de sus tres viajes a la China maoísta, de su vida en Ayacucho y los largos dieciocho años que tardó en formar Sendero Luminoso.

La vida de su primera esposa, Augusta La Torre Carrasco, camarada Norah, ha estado cubierta de un misterio aún mayor. Sin embargo fue quien formó la despiadada milicia femenina senderista y el sanguinario organismo Socorro Popular. En este libro se develan diversos enigmas sobre ella; el principal: esta mujer fue quien encabezó los arrasamientos de haciendas y poblados y dirigió los asesinatos selectivos y los coches bomba.

Un manuscrito biográfico de más de 400 páginas escrito por el propio cabecilla terrorista, testimonios directos de quienes conocieron a Abimael Guzmán y Augusta La Torre y visitas a los escenarios donde nació Sendero Luminoso han servido para que Umberto Jara entregue la exhaustiva investigación que contiene *Abimael, el sendero del terror*, un libro fundamental para conocer por qué surgió el terrorismo en el Perú.

Abimael

Diseño de portada: Danitza Navarro
Corrección: Rubén Silva
Diagramación: B-mad
Fotografía:
Abimael Guzmán Reynoso (Foto Carnet)
Harvard Art Museums/FoggMuseum, Transfer fromthe David Rockefeller Center forLatin American Studies, Harvard University, Estrellita BogradBrodskyFundforLatin American Art and Culture and Gustavo E. Brillembourg Memorial Fund, 2012.133

Av. Santa Cruz No 244, San Isidro, Lima, Perú.
www.editorialplaneta.com.pe

Primera edición: agosto 2017
Tiraje: 5,000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-188-7
Registro de Proyecto Editorial: 31501311700752
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-08796

Impreso en Corporación Gráfica Navarrete S. A.
Carretera Central 759 (km 2) Santa Anita
Lima, Perú, agosto 2017

UMBERTO JARA

ABIMAEL

EL SENDERO DEL TERROR



Planeta

A Olga y Humberto, que transitaron con entereza el valle de sombra de esos tiempos.

A mis compañeros del colegio Salesiano San Juan Bosco y a mis amigos, en Ayacucho, que tras los años felices enfrentaron los perversos años del terrorismo.

Agradecimientos

Tuve el privilegio de conocer en mis años juveniles a Felipe Ortiz de Zevallos y la enorme suerte de aprender trabajando con él en años duros de terrorismo e hiperinflación. Me enseñó muchas cosas importantes, entre ellas a tratar de entender el Perú reparando en sus matices. Su intervención fue fundamental para la publicación de mi primer libro de investigación en el 2003 y, esta vez, con este arduo libro, FOZ, siempre solidario y generoso, me permitió llegar a destino.

Mi hermano Carlos Jara Flores fue fundamental para que estas páginas hayan sido posibles. Con enorme paciencia y tesón me ayudó en laboriosas tareas de investigación, clasificación de material, revisión de textos, además, de inteligentes aportes.

A Rafael Aguilar, Gianfranco Castagnola, Luis Cieza de León y Carlo Reyes Cestti gracias una vez más.

A María Fernanda Castillo de Planeta Grupo Editorial, porque aún existe alguien en cuya palabra se puede confiar y porque su respaldo e insistencia fueron fundamentales.

A la paciencia de mi editor Rubén Silva, crudo en sus críticas, como debe ser, exigente para mejorar el texto y preciso en sus acotaciones.

A Carlos Sotomayor Wendorf, Sengo Pérez, Danitza Navarro, Rafaella Castagnola, Antonio Sam, Marcela Jara y Neli Armas, cada uno sabe por qué.

Tras mis varios viajes a Ayacucho, le debo especial gratitud a quienes colaboraron generosamente con sus recuerdos y documentos, en especial a Tatiana Pérez García Blásquez por permitirme molestar duros recuerdos suyos; a Arturo Tineo Cabrera, por sus recuerdos precisos y su buen humor; a Carlos Valdez Medina, por su apoyo incondicional, a Rolando Sáez, Edwin Vásquez del Villar, Iván Alarcón Sierra y José Luis Gutiérrez.

Y a quienes no puedo nombrar, les alcanzo en silencio mi gratitud.

ÍNDICE

Una historia personal (a modo de prólogo) 13
Siempre un forastero 23
El inevitable destino 55
Una boda sin Dios 77
Convertiré en fuego tu esperanza 93
El ídolo fatal de Abimael: Mao 119
Bella como una hoguera 145
Somos los iniciadores 175
Las llaves del infierno 191

UNA HISTORIA PERSONAL

(A MODO DE PRÓLOGO)

I

Los momentos que consideramos históricos para una sociedad o los instantes singulares para una persona no suelen tener un anuncio épico, simplemente suceden y les damos otra dimensión una vez que han ocurrido, cuando tomamos conciencia de sus efectos, de su influencia. Es verdad que existen acontecimientos que van anunciando la magnitud que pueden llegar a tener pero, incluso ellos, en su origen, tienen la textura de lo usual, de lo cotidiano.

En uno de sus libros más atractivos, Momentos estelares de la humanidad, *el célebre ensayista Stefan Zweig se refiere a un hombre que vivía, en la ciudad de Zúrich, en la casa del zapatero remendón del barrio. Lo describe así: «Lo que saben de él los inquilinos de la casa es que no es muy hablador. Y poco más. Que es ruso y que su nombre resulta difícil de pronunciar. (...) no dispone de grandes riquezas, ni está metido en ningún negocio lucrativo, lo sabe la patrona por las frugales comidas y el gastado guardarropa de la pareja. Ese pequeño hombre bajo y corpulento es tan poco llamativo y vive tan discretamente como le es posible». De pronto, en marzo de 1917, ese vecino desaparece y Zweig anota: «el hombre que antes de ayer aún vivía en casa del zapatero remendón (...) dirige su primer discurso al pueblo. Las calles tiemblan. Y pronto empiezan los diez*

días que conmocionaron al mundo». Era Vladimir Illich Ulianov, el camarada Lenin, el ideólogo en el inicio de la revolución que habría de implantar el comunismo en Rusia.

He recordado este pasaje porque en Ayacucho, hacia el año de 1972, un catedrático de la universidad San Cristóbal de Huamanga vivía junto a su esposa en el segundo piso de una casa ubicada en la calle San Martín n.° 216, justo frente a la casa en la que yo vivía con mis padres, mis dos hermanos y un pastor alemán saltimbanqui.

El vecino se llamaba Abimael Guzmán y atraía nuestra atención por su profunda seriedad. Vestido siempre con un terno holgado caminaba mirando al vacío o al piso como si estuviese pensando en algo muy distante. No saludaba ni le hablaba a nadie. Nos parecía un hombre mayor aunque, en realidad, tenía 38 años. En cambio, su esposa, Augusta La Torre, era distinta. Delgada, atenta, usaba vestidos sencillos y, cuando salía al balcón con su figura de muchacha bonita, no entendíamos por qué siendo tan joven (26 años) vivía con ese hombre extraño.

Un día mi hermana Marcela, que era una niña inquieta, y su amiga Teresa subieron al piso donde habitaba la extraña pareja por la casualidad de ayudar a un simpático muchacho que necesitaba subir unos paquetes con espléndidas chirimoyas. Era Boris, el hermano de Augusta, que solía visitarla cuando venía a la ciudad desde la hacienda que su familia tenía en Iribamba, Huanta. Ese día, a la hora del almuerzo, Marcela contó que los vecinos de enfrente «eran pobres» porque no tenían cocina, solo un hornillo que entonces se nombraba por su marca: Primus; no tenían cama sino un colchón en el piso y todo su mobiliario era una mesita con una máquina de escribir, tres sillas y un pequeño ropero. Mi madre dirigió la mirada a mi padre y dijo una frase que, para nosotros, fue

un enigma: «Viven así porque los comunistas viven a salto de mata» y, con buen tono, nos dijeron que debíamos tener cuidado en no ir a casa de gente que no conocíamos; pero algo flotó en el ambiente y sentimos que había algo más, algo extraño.

Lo supimos semanas más tarde cuando la calle se alborotó con la presencia de la policía, no los uniformados sino los de la Policía de Investigaciones que vestían como civiles y eran temidos por ser «los PIP que trabajaban en Seguridad del Estado». Vimos que se llevaban al profesor Guzmán esposado, en pijama y sin zapatos mientras su esposa Augusta iba detrás llevando una muda de ropa y una frazada. Aprendimos otra palabra, redada: había ocurrido una gran redada en la ciudad y estaban detenidos profesores de la universidad y otros dirigentes y militantes comunistas. La dueña de la casa le canceló a Guzmán el contrato de alquiler y nos lo cruzábamos, de cuando en vez, en la Plaza de Armas cuando íbamos al colegio. Tiempo después, Abimael y Augusta desaparecieron de la ciudad.

Otro personaje familiar pero de distinto talante era el rector de la universidad que apadrinaba a Abimael Guzmán y le dio carta abierta para el adoctrinamiento en las aulas. Se llamaba Efraín Morote Best. Era flaco como un lápiz, ceremonioso al saludar, con un bigotito cuidadosamente acicalado y una corbata pajarita popularmente llamada michi. Solía conversar con mi padre porque se conocían desde las aulas de la universidad San Antonio Abad del Cusco y porque al ser rector de la universidad era un personaje notable en la ciudad.

Morote Best —padre de Osmán, años más tarde dirigente principal de Sendero Luminoso, y de Katia, luego casada con el dirigente senderista Julio Casanova— tenía el bienestar de una casa de campo en la quebrada de Totorilla, a las afueras de la ciudad, con acceso por una carretera propia y con una tranquera para evitar

las visitas de extraños. El predio era un hermoso lugar de descanso, rodeado de verdor, añosos árboles, caballos dóciles y había el rumor de que allí se «reunían los comunistas de la universidad». En casa, mis padres solían ironizar refiriéndose a Morote como el comunista de costumbres burguesas que les enseñaba marxismo a sus trabajadores.

Así de cotidiano fue el tiempo en que se fue tejiendo la fatal urdimbre senderista. En la Plaza de Armas, junto a los diarios nacionales, se vendía Pekín informa, *el vocero del comunismo chino, libros y folletos de Marx, Lenin, Mao y el difundido manual de Georges Politzer que enseñaba el abc de la dialéctica marxista. Conocíamos a los catedráticos que solían viajar a la China gobernada por Mao Tsetung —Hildebrando Pérez Huarancca, que habría de participar en la feroz matanza de Lucanamarca, fue a casa a venderle un jarrón chino a mi madre—; veíamos las marchas que organizaban; y ya cerca a 1980, empezaban a preocuparnos las descomunales disputas en la universidad que culminaban en medio de bombas lacrimógenas lanzadas por la policía para controlar los desmanes. Pero, al fin y al cabo, en la apacible ciudad de Huamanga, no pasaban de ser «los excesos de los universitarios».*

En medio de esa aparente normalidad, nadie podía vislumbrar que se estaba gestando una organización terrorista como Sendero Luminoso que terminaría causando la muerte de decenas de miles de personas y habría de destruir la economía del país con un costo equivalente a la inmensa deuda externa peruana.

¿Por qué interesa lo escrito en los párrafos anteriores? Por una razón dramática. Un gran sector de peruanos —en especial aquellos que se supone tienen formación— han decidido enfrascarse en la guerra civil de las redes sociales denigrándose unos a otros por pasiones sin futuro; y, ocupados en gatillarse likes, posts *y* tuits *cargados*

¿Por qué interesa lo escrito en los párrafos anteriores? Por una razón dramática. Un gran sector de peruanos —en especial aquellos que se supone tienen formación— han decidido enfrascarse en la guerra civil de las redes sociales denigrándose unos a otros por pasiones sin futuro; y, ocupados en gatillarse likes, posts y tuits cargados de escarnio, creen que la realidad ocurre en esa burbuja artificial y mientras tanto en las calles se cumplen los veinticinco años de la captura del cabecilla senderista Abimael Guzmán Reinoso en medio de una enorme huelga magisterial, y nadie recuerda un dato sombrío: el senderismo, en sus inicios, logró infiltrarse en un sector del magisterio y siete meses antes de su levantamiento ocurrió una huelga de maestros que duró 118 días, desde el 4 de junio al 30 de septiembre de 1979. Dos décadas y media después se vuelven a escuchar nombres que se creían antiguos: Sendero Luminoso, Patria Roja, Puka Llacta (Tierra roja). Cuando no se hace caso a las alertas, cuando todo parece cotidiano, se van gestando malestares sociales que un día terminan expresándose con las formas que existen cuando la paciencia de los desplazados se agota.

II

En este libro, el lector hallará un retrato de Abimael Guzmán Reinoso desde el día de su nacimiento hasta el año de 1980, que nos permite mostrar las claves que lo llevaron a convertirse en el líder de una agrupación tan violenta como Sendero Luminoso. Junto a él se presenta, por vez primera, la historia de su primera esposa, Augusta La Torre Carrasco, la camarada Norah, desde una perspectiva que siempre fue soslayada: el rol fundamental que tuvo en la formación y en el accionar militar del senderismo. Sin la presencia

de esta mujer, Guzmán jamás habría podido llevar adelante su «lucha armada».

A partir de las vidas de estos dos personajes se narra cómo, de 1962 a 1980, se formó Sendero Luminoso y por qué surgió en Ayacucho y en una universidad.

La información ha sido obtenida tras una investigación de cuatro años que permitió acceder a fuentes de primera mano.

En primer lugar, un manuscrito de más de 400 páginas en el cual el propio Abimael Guzmán relata episodios personales de su niñez, adolescencia y adultez; de su vida política —sus viajes a China y su admiración profunda por Mao— y todas las tareas que, junto a Augusta La Torre, desarrollaron a lo largo de dieciocho años para dar nacimiento a Sendero Luminoso y, finalmente, las razones por las que decidió iniciar su «guerra popular».

Realicé diversos viajes a los lugares que sirven de escenario a los hechos que se relatan en el libro. Además de buscar testimonios, la finalidad también fue tener una mirada directa que permita confrontar los años antiguos con los días actuales. Al viajar por Ayacucho (Huamanga, Huanta, Chuschi, Vilcashuamán, Vischongo, Pomacocha y el valle del río Pampas); Arequipa (El Arenal, Mollendo y Arequipa); y Cusco (Sicuani) uno siente cuán frágil es nuestro país y cuán miserables son los gobernantes enriquecidos por corrupción.

Una fuente valiosa de información han sido los testimonios de personas que tuvieron trato personal con los personajes de esta investigación. Arturo Tineo Cabrera, cuya formación intelectual y conocimiento real de la historia ayacuchana, permitieron charlas enriquecedoras sobre todo por la circunstancia de haber sido primo de Augusta La Torre con quien tuvo trato cercano desde la niñez y hasta el momento en que ella se casó con Guzmán.

Otro testimonio importante corresponde al periodista Carlos Valdez Medina, dueño de una visión amplia por haber sido amigo de la familia La Torre, luego compañero universitario de Augusta y dirigente en el Frente Estudiantil Revolucionario cuando los futuros líderes de Sendero empezaban sus tareas y, más tarde, cuando explotaron los años más duros del senderismo, un destacado y valiente corresponsal de guerra.

Las conversaciones con catedráticos y alumnos que estuvieron en la universidad San Cristóbal de Huamanga entre los años 1962-1980 permitieron armar un contexto de esos años; destaco la serena visión de Carlos Valer, afincado en la ciudad y en la universidad desde los años sesenta y dueño de una valiosa calidad intelectual.

Finalmente, hay información que proviene de documentos publicados por militantes de Sendero Luminoso; material revisado en la biblioteca de la Universidad San Cristóbal de Huamanga y en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional del Perú. También fueron consultados diversos libros que están citados en el texto y, en especial, los trabajos de Carlos Iván Degregori y Ponciano del Pino, dos estudiosos realmente serios y acertados en su aproximación al fenómeno senderista.

En lo personal, me fue de enorme utilidad el haber vivido en Huamanga, la capital de Ayacucho, los primeros dieciséis años de mi vida. Una parte de esos años coincidieron con el periodo en que Abimael Guzmán Reinoso y Augusta La Torre Carrasco fueron gestando la formación de Sendero Luminoso (1962-1980). Luego seguí vinculado a mi ciudad visitándola cada año hasta 1985, años en que brutales acciones senderistas se mezclaban con el violento actuar del ejército. Esta circunstancia de vida me permitió incorporar experiencias sobre episodios cruciales, conocer a varios de los protagonistas, cultivar la amistad de testigos privilegiados, acceder

a historias, sufrir el dolor por la muerte de amigos y entender la difícil experiencia de la emigración.

III

Hace veinticinco años, el 12 de septiembre de 1992, la captura de Abimael Guzmán y su cúpula marcó el inicio de la reconstrucción de un Perú devastado. Sin embargo, veinticinco años después existen dos nuevas generaciones de peruanos para los cuales esa fecha no significa (casi) nada y, por su parte, muchos de los que vivieron los cruentos episodios terroristas consideran que es una historia archivada.

No se percibe con claridad que en el país siguen vigentes los combustibles del malestar social: la pésima distribución de la riqueza que acentúa la pobreza, la falta de atención del Estado a la población más necesitada, la ineptitud o el temor para aplicar políticas públicas, la ausencia de institucionalidad y una gran masa de jóvenes con expectativas que empiezan a frustrarse.

En suma, no se ha llegado a entender que la violencia se engendra cuando la pobreza termina desesperando a los que la padecen.

Umberto Jara
Ayacucho, septiembre de 2017

Es calamidad de estos tiempos que los locos guíen a los ciegos.
WILLIAM SHAKESPEARE

Esto ha pasado y, por lo tanto, puede volver a pasar.
PRIMO LEVI

SIEMPRE UN FORASTERO

Un día será demasiado tarde, y entonces no se sentirá ni de aquí ni de allá. Se sentirá forastero en todas partes, y eso es peor que estar muerto.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

A 979 kilómetros al sur de Lima, en el n.º 300 de una avenida llamada Independencia, existe una casa construida hace un siglo con los materiales de la zona: quincha, adobe y madera. Tiene un techo protegido con barro y una leve inclinación para escurrir el agua de las garúas tenues que la mojan en los inviernos. Sus paredes están teñidas con un lánguido color amarillo y sus dos puertas y dos ventanas, siempre cerradas, en el día y en la noche, tienen el color marrón prieto de los ataúdes. Aunque está ubicada en el centro mismo del pueblito, frente a la diminuta plaza, tiene encima la decrépita penumbra del tiempo. Sobre la oscura puerta principal cuelga un largo tubo fluorescente que nadie enciende y, así, en las noches, parece un fantasma del pequeño poblado. Su antiguo propietario ya no existe y sus actuales poseedores la mantienen intacta. Una leyenda urbana cuenta que el hijo del fallecido dueño habría ordenado conservarla tal cual fue edificada. Cierta o no la leyenda, quienes hoy la habitan, con un miedo que no saben explicar, han preferido construir su vivienda sobre el patio que existía al fondo y no han tocado ni un adobe de la vieja casa. Las gentes de la aldea prefieren ignorarla. No les genera ningún orgullo; más bien les convoca lúgubres recuerdos. Por eso, los vecinos más antiguos,

cuando algún visitante curioso pregunta por ella, dicen, con tono apagado, en voz tenue: «Es la casa de Abimael».

El pueblito se llama El Arenal. Está ubicado a cuarenta minutos de la ciudad de Mollendo y se desdobla a ambos lados de la Panamericana Sur. A mano derecha están los modestos campos de cultivo del valle del río Tambo y, a mano izquierda, sobre una leve loma, las calles con sencillas viviendas. Lo habitan poco más de 2500 pobladores que viven de los cultivos de arroz, cebollas y ajos. Atienden la mesa hogareña con la pesca de consumo a cargo de pacientes cordeleros de peñascos y orilla, laboriosos recolectores de mariscos y uno que otro pescador que, en botes de vieja madera, se aventura a las frías aguas del océano Pacífico. En la desembocadura del río Tambo, que anega los campos de arroz, se afanan los camaroneros obligados a trabajar de noche alumbrando las aguas con linternas para distinguir el lomo brillante de los camarones. La suma de todos estos oficios provee el pan de cada día a esa comunidad de la costa sur del Perú.

Para sus gentes amables, serenas y laboriosas, solo existe el recuerdo sombrío de la casa de Abimael Guzmán. Pero, en realidad, el dato no es certero porque doña Blanca Valdivia de Álvarez tiene una precisión guardada en su memoria. Es una anciana moradora del lugar, nacida el 30 de septiembre de 1930 —cuatro años antes que Guzmán y con quien, en la adolescencia, compartió un mismo techo en la ciudad de Arequipa—[1]. Ella, sentada en una banca de la única plaza de El Arenal, sostiene que la casa fue construida por el comerciante Abimael Guzmán Silva, pero en ella no nació ni vivió su hijo Abimael Guzmán Reinoso porque la madre, Berenice Reinoso Cervantes, lo alumbró en la cercana ciudad de Mollendo. No le falta razón porque

1 Entrevista en El Arenal, 6 de octubre, 2012.

el propio Abimael perfecciona el antiguo recuerdo: «Nací el 3 de diciembre de 1934, en el puerto de Mollendo, en La Aguadita para más señas, provincia de Islay de la República Independiente de Arequipa con bandera, himno e historia propios, parte entrañable de este Perú y su pueblo del cual soy hijo»[2].

Aquel 3 de diciembre fue lunes y a las tres de la tarde, Berenice, una joven muchacha arequipeña de veinticuatro años de edad, alumbró a Rubén Manuel Abimael Guzmán Reinoso asistida por la comadrona Isabel Inca en una casa de la calle Villegas n.° 71 del barrio de La Aguadita, en la ciudad de Mollendo, y, aunque el futuro oficio del niño sería el de proveedor de violencia y muerte, alguien, a quien le era imposible saberlo, le dio en bautizo la ironía de un nombre bíblico: Abimael que, en hebreo, significa «Mi padre es Dios».

La Aguadita es un malecón de apenas cien metros de extensión que da a una pequeña quebrada que termina en el mar y cuyo subsuelo contiene aguas termales de origen inexplicable porque fluyen casi a orillas de las frías aguas marinas. A inicios del siglo pasado, se construyeron pozas termales cubiertas por habitaciones de madera, que aún se mantienen, para recibir a los ancianos en busca de alivio para sus dolencias. Don Héctor Valdivia Aizcorbe, vecino de ochenta y un años de edad que llegó al lugar «huyendo de una travesura» y se quedó para siempre «por otra travesura con una muchacha del barrio» vive frente al malecón en la calle Melgar 392, y todos los atardeceres, abrigado con una bufanda, sale a tomar el aire, a mirar el paisaje de siempre y a fumar parsimoniosos cigarrillos que tiene prohibidos encender en casa. Él recuerda la romería de enfermos porque «llegaban a las cuatro de la mañana, iluminados con velas

2 Abimael Guzmán Reinoso, *De Puño y Letra*, Mano alzada editor, Lima, 2009, pág. 27.

y tenían que presentar un certificado médico para ingresar a las pozas», pero, al igual que varios de los viejos vecinos, dice no recordar el rastro de Abimael Guzmán.

Es cierto. Ese rastro no existe porque Guzmán estuvo en La Aguadita apenas los días necesarios para la recuperación de su madre; después volvió con ella a El Arenal a casa de la abuela, doña Esther Cervantes de Zanabria, una mujer alta y de contextura gruesa dedicada el día entero a su oficio de costurera para sostener la crianza de Berenice y sus otras dos hijas, Orfelina y Yolanda. Para doña Esther, el nacimiento de su nieto Abimael no fue una noticia de júbilo porque, además de la preocupación por el sustento, la familia tenía que afrontar el inclemente estigma de aquel tiempo mojigato porque el niño que su hija Berenice trajo en brazos días antes de la Navidad de 1934, era producto de una relación furtiva con un notorio comerciante de la zona; entonces, para el Código Civil era un hijo ilegítimo; para el rumor de las gentes, un hijo natural; y para quienes preferían las palabras crudas, un bastardo, en un tiempo en que la bastardía, por mandato de un puritanismo implacable, era un estigma social, la marca de un pecado, la vergüenza para una familia.

El padre —que recién accedió a reconocerlo doce días después del nacimiento según consta en la anotación que aparece en la partida— se llamaba Abimael Guzmán Silva y era el contador de confianza de don Benito Núñez Álvarez, un próspero latifundista dueño de las haciendas El Arenal, El Boquerón y La Pascana, que sumaba a su riqueza agrícola los ingresos de su ingenio arrocero en cuyas instalaciones se procesaba todo el arroz producido en el valle gracias a que tuvo la pionera idea de instalar la primera piladora de arroz en toda la región sur.

Asentado en esa prosperidad, con la condición privilegiada de ser el contador encargado de llevar las finanzas de un hombre rico, Guzmán Silva logró convertirse en un comerciante acomodado con negocios de abarrotes, confecciones y telas en el valle de Tambo, en el puerto de Mollendo y en la ciudad de Arequipa. Sus holgados ingresos le permitieron costearse su mayor afición: los placeres de la cama. Así, tuvo cuatro hijos matrimoniales y otros diez en distintas mujeres; una de ellas, Berenice Reinoso Cervantes, una sencilla mollendina que había culminado con esfuerzo sus estudios escolares y a la cual conoció a los veintidós años y convirtió en madre a los veinticuatro.

En la casa de la av. Independencia n.° 300, en El Arenal, estaba uno de los negocios de Abimael Guzmán Silva: un almacén en el cual se expendían abarrotes, utensilios de casa, implementos de trabajo agrícola, de pesca y todo artículo necesario para atender las necesidades de un hogar o un oficio. Allí donde muchos creen que pasó su niñez el futuro líder terrorista, en realidad vivió una mujer que años más tarde sería fundamental en su vida.

Con la memoria nítida de los ancianos para los recuerdos más antiguos, doña Blanca Valdivia de Álvarez, mirando la puerta principal de la casa, rememora que en el año de 1936 «dos años después del nacimiento de Abimael, y al volver de un viaje, su padre apareció en estas calles con una mujer extranjera al lado. Era la chilena Jorquera que no vino sola, traía una hija jovencita. La puso a la chilena a cargo del negocio que además de local comercial era vivienda. Todos creían que el interés era por la señora, pero resultó que el contador Guzmán estaba prendado de la jovencita. Se llamaba Laura, flaquita, de pelo castaño y ojos claros. Les dio todo, a ella y a su madre, y después se casó con la muchacha». Esa muchacha era Laura Jorquera Gómez.

En los primeros años, Abimael padre desatendió al vástago surgido del amor ocasional, pero después ubicó a Berenice como empleada en uno de sus negocios en el cercano puerto de Mollendo y, así, Abimael hijo pudo asistir a la única escuelita de la ciudad, cerca al hospital, en la avenida Iquitos. «El aula de mis primeros garabatos tenía una imagen del Niño Jesús de Praga —ha escrito— y la maestra un guardapolvo celeste»[3]. Esa maestra cuyo nombre nadie tiene registrado, lo adiestró en la lectura y escritura y, sobre todo, lo entrenó en el arte de la caligrafía sin presagiar, que muchos años después, cuando la policía habría de incautarle macabros cuadernos llenos de apuntes, la escritura de su alumno conservaría la antigua letra de trazo fino en líneas simétricas, ordenadas con pulcritud sobre el papel.

Los años infantiles de Abimael Guzmán Reinoso en las calles del puerto de Mollendo no han dejado vestigios de amistades ni recuerdos. Incluso, el propio personaje, ya adulto y en prisión, cuando hubo de referirse a sus años escolares eligió no un recuerdo infantil sino una remembranza bélica: «De esos tiempos lo más grabado en mí es un radio antiguo de caja de madera, el locutor anunciando la invasión a Polonia y la gente hablando de guerra»[4]. Era septiembre de 1939 y esa vieja radio anunciaba la «Operación Fall Weiss», conocida como la invasión de la Alemania nazi a territorio polaco, el detonante de la Segunda Guerra Mundial en Europa y el inicio de las monstruosidades del nazismo.

Al año siguiente, Guzmán inició el que sería el primero de varios viajes de abandono. Su madre se embarcó con él en el tren que cubría la ruta Mollendo-Arequipa-Sicuani en un trayecto de más de 800 kilómetros que le cambió el paisaje marino por

3 Ibídem, pág. 28.

4 Ídem.

las cumbres andinas a 3500 metros de altitud. La ciudad de Sicuani, en las primeras décadas del siglo XX, era una ciudad de comerciantes impulsada por inmigrantes árabes llegados de Argentina atraídos por el auge del comercio lanero en la región. Estos mercaderes se establecieron en la zona e introdujeron las costumbres de su estirpe: las habilidades del regateo y las facilidades de pago como herramientas para ganar clientes. Al inicio, esos artificios para ellos tan naturales como sus pobladas barbas, incomodaron profundamente en las ciudades donde se instalaban y en Sicuani el encono llegó a ser tan profundo que los comerciantes locales exigían la expulsión de los laboriosos árabes. Pero el desacuerdo de costumbres fue finalmente superado y los nativos, convencidos de las utilidades de la rebaja y el crédito, adoptaron esos nuevos usos del quehacer económico de la mano de esos extraños hombres de narices grandes, oraciones extrañas y peculiar manera de hablar el castellano, quienes, además, tuvieron la gracia adicional de aprender el quechua y ofrecer regalos a los campesinos, con lo cual terminaron integrándose a la comunidad.[5]

Berenice Reinoso, junto a su hijo de seis años de edad, se trasladó a Sicuani ese año de 1940, atraída por las promesas de un palestino que conoció en el puerto de Mollendo. «Fue mi primer encuentro con la sierra —ha escrito Guzmán— la región de nuestra patria que he aprendido a amar más y admirar. Allí estudié en otra escuela estatal, cercana al estadio, pasando el puente sobre el río Vilcanota. Conocí las ferias, el negocio de la lana, el campesinado indígena y algo del mundo serrano seguramente se adentró en mí»[6].

5 Ver Cosamalón, Armas, Deustua, Monsalve, Salinas, *Compendio de Historia Económica del Perú*, Banco Central de Reserva del Perú/IEP, Lima, 2011, págs. 77-78.

6 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág.28.

Estuvieron poco menos de dos años porque, a inicios de 1942, la relación entre Berenice Reinoso y el comerciante de Sicuani empezó a sucumbir por la presencia del niño. «Nunca supimos cómo se llamaba ese hombre —acota doña Blanca Valdivia— porque a la abuela Esther, que a mí me cosía vestiditos y mandiles, no le gustaba hablar del asunto; solo supimos que era comerciante árabe y no aceptaba al niño Abimael y si alguien metía el tema queriendo saber más cosas sobre su nieto ella se molestaba y se vengaba negándose a coserle ninguna ropa a la chismosa preguntona, de verdad».

Entre las brumas de ese tiempo escondido, un dato mínimo parece dar una leve pista sobre aquel árabe que se negó a asumir el papel de padrastro. En un texto autobiográfico escrito por Guzmán aparece este párrafo: «Mi nombre completo es Manuel Rubén Abimael Guzmán Reinoso, conforme reza la partida de nacimiento del Registro Provincial de Islay; y no está de más reiterarlo, pues a alguien se le ocurrió y difundió que mi nombre verdadero era Ismael, y que por inquina política antiárabe lo cambié»[7]. Más allá de la probable inquina, lo cierto es que el desencuentro con el comerciante palestino dio lugar al anuncio de un nuevo viaje para el niño Abimael, y madre e hijo se embarcaron en el tren de retorno por la ruta ferroviaria construida gracias al provechoso delirio del inglés Henry Meiggs que se atrevió a tender durmientes y rieles en agrestes parajes de las sierras de Cusco y Arequipa con un ejército de veinte mil obreros reclutados entre nativos peruanos, bolivianos, chilenos y una cuota de esclavos culíes.

Partieron de Sicuani hacia Arequipa y, desde esta ciudad, a bordo de un ómnibus caletero, tardaron tres días en llegar al

7 Ibídem, pág. 27.

puerto de Chimbote. Fue un viaje que trazó una línea final con su primera infancia porque Guzmán nunca más retornaría a las calles de Mollendo. Berenice lo acompañó apenas un par de meses. En realidad, había elegido Chimbote no para iniciar una nueva vida junto a su hijo sino porque allí vivía el abuelo del niño y el objetivo de su viaje fue entregarle al párvulo y retornar a Sicuani ya sin la causa del conflicto que impedía su relación con el comerciante árabe. Así ocurrió y Guzmán recuerda que su madre, una tarde, en el húmedo puerto de Chimbote, le pidió que aprendiese a cuidarse: «Hijo mío, cuida al hijo de tu madre; eres quien mejor puede hacerlo»[8]. Lo abrazó y se despidió. Abimael tenía ocho años de edad y nunca más volvió a verla; cuando cumplió veinte se enteró de su muerte.

En el Chimbote del año de 1942, solo existía una escuela estatal de educación primaria para varones, el Centro Escolar 313, pero nadie se ocupó de matricularlo y el niño, a su libre albedrío, encontró un refugio con propina en el taller de un relojero que le enseñó a descifrar el laberinto de manecillas y minúsculos tornillos. Estuvo dos años en el puerto pesquero y nuevamente, sin preguntas ni adioses, tuvo que enfrentarse a una nueva y obligada excursión. Esta vez el destino era otro puerto, el tercero en su vida de infante sin raíces. Arribó al Callao a vivir con la familia de un hermano de la madre, consciente de que los adultos no aceptaban darle un cobijo permanente. En estas travesías de abandono fue perdiendo los vínculos afectivos con sus lugares de niñez y se quedó sin el aprendizaje de la amistad; por eso, ya adulto, solía decir que no tenía amigos, solo camaradas de partido; y, décadas más tarde, ya condenado a reclusión perpetua, Guzmán habría de recordar de manera muy

8 Ibídem, pág. 28.

concisa sus años de desarraigo al escribir lacónico: «Una serie de desplazamientos por distintos puntos del país que, obviamente, implicaron cambio de ambiente, hogares y relaciones»[9].

El traslado al Callao fue a pedido de su madre para que Guzmán pudiese estudiar, pero es probable que ella desconociera la condición bajo la cual fue recibido en su nuevo destino porque sus desconocidos familiares aceptaron darle colegio, habitación y comida a cambio de destinarlo a las tareas de empleado doméstico. Tenía diez años de edad.

En una antigua casona ubicada en el Jirón Moctezuma 790, aún hoy funciona el Instituto Educativo n.° 5006, Alberto Secada Sotomayor, fundado en 1925 bajo el lema «Dios, Patria y Estudio». En esas aulas, en 1944, Abimael Guzmán reinició su educación escolar. Sostiene haber sido un destacado alumno pero los archivos con sus notas están extraviados y no es posible saber con certeza si efectivamente lo fue, más aún, cuando la prueba que aporta es apenas un impreciso y distante recuerdo: «Si los premios son un índice, cabe recordar que en el Alberto Secada, al terminar primaria, recibí una libreta de ahorros, si mal no recuerdo, del Banco Popular»[10].

Su vida signada por la ausencia de raíces volvió a enfrentarlo con otro giro. En 1948, al cumplir catorce años de edad, tuvo que abandonar la calma de la pequeña escuela para ingresar al tumulto del Colegio Nacional Dos de Mayo, institución que más tarde se convirtió en una Gran Unidad Escolar del mismo nombre y en la cual, una década después del paso de Guzmán, estudiaría, en sombría coincidencia, un futuro colega de estropicios: Víctor Polay Campos, el cabecilla del

9 Ídem.

10 Ibídem pág. 29.

Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA); ambos, Guzmán y Polay, en la década de 1980, habrían de compartir el oficio de terroristas.

Su ingreso a las aulas del Dos de Mayo fue otro cambio drástico en su vida porque en el barrio chalaco de Chucuito, Abimael era apenas un adolescente timorato que había vivido en tres pequeñas ciudades de provincia y, de pronto, tenía que vérselas con muchachos vocingleros, diestros en los códigos de barrio y dueños de esas calles en las que el adolescente provinciano descubría, sumido en el desconcierto, pequeños mundos y costumbres ajenas. Fue una experiencia tan intensa que, décadas más tarde, en una sesión de la Comisión de la Verdad, Guzmán se permitió, frente a extraños, la licencia de un breve recuerdo personal: «Todas esas cosas fueron impresionándome: los autos, las propagandas, los periódicos; yo vivía en otro mundo»[11]. Pero el asombro y la curiosidad ante la gran ciudad tenía como contraparte la rutina de su oficio obligatorio en la casa: trapear pisos, lavar utensilios y prendas, ocuparse de encargos. Mientras su vida transcurría tironeada por dos mundos —el de las calles con sus hechizos y el de la casa con sus labores domésticas—, una noche lo invadió un dolor repentino que se mantuvo sin tregua a lo largo de la madrugada hasta dejarlo desfalleciente en el inicio del día. Los habitantes de la casa al notar que no había realizado sus labores antes de marcharse al colegio, lo hallaron en su habitación empapado en sudor de fiebre, lo acomodaron en un taxi y en el hospital público Daniel Alcides Carrión le salvaron la vida con una operación de urgencia por un apéndice que había explotado para convertirse en una peritonitis fatal. Había cumplido quince años.

11 Archivo Comisión de la Verdad, Sesión del 28 de mayo de 2002, casete 75.

Entonces una prima de su padre, conmovida por su precaria situación, intercedió para que el muchacho sea recibido en Arequipa, en la casa paterna, y nuevamente, Abimael Guzmán, privado de raíces y afectos, tuvo ante sí otro viaje, uno más. Mucho tiempo después, en el año 2009, ya recluido en su prisión de cadena perpetua, habría de referirse a la huella que le imprimieron sus peregrinajes y la experiencia de no pertenecer a ningún lugar: «Pienso que, pese a tener sus desventajas como todo en la vida, sirvió a forjarme en una múltiple y diversificada experiencia, y a desarrollar en mí una tendencia, que con el tiempo se acentuaría, a vivir volcado al mundo y sus problemas y no centrado en hurgar los entresijos de mi alma»[12]. En esta frase radica una de las claves de la personalidad de Abimael Guzmán. Quienes lo conocieron en distintas etapas de su vida coinciden, de manera unánime, en señalar como rasgo notorio la impasible reserva de sus emociones y el tenaz silencio sobre su vida personal. A final de cuentas, «no hurgar en los entresijos del alma» significa clausurar la revisión de sentimientos imponiendo un cepo de silencio a las emociones; significa optar por la dureza emocional para evitar el asedio de las heridas propias.

Cuando terminó la convalecencia de su operación el muchacho partió, desde el Callao hacia Arequipa, una noche de febrero de 1949 «en el entonces tren de las siete». Sus anteriores viajes habían sido travesías de un niño desconcertado que no sabía a dónde iba ni por qué llegaba, pero, esta vez, el mozuelo era consciente de que iba a encontrarse, por vez primera, con el desconocido que embarazó a su madre quince años atrás. Cuando llegó a la casona ubicada en la calle Ejercicios 370 —hoy la calle Álvarez Thomas que desemboca en la Plaza de Armas—

12 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág. 28.

golpeó el amplio portón de madera con la aldaba de bronce y una criada lo invitó a pasar. En la sala principal, una década y media después de su nacimiento, tuvo ante sí por vez primera a su padre. Era un hombre de frente amplia, con el rostro abundante en mofletes, áspero y autoritario. Lo había aceptado por clemencia y no por tardío afecto paternal y ambos comprobaron que el hijo de la relación fugaz había heredado la apariencia física del padre. En efecto, una fotografía de la época muestra a Guzmán Silva con la cabellera firme a lo ancho de la frente, las comisuras de los labios cayendo a ambos lados de la cara como una sonrisa al revés y el rasgo notorio de los cachetes inflados, un detalle que, cuarenta y tres años más tarde, la policía, la noche en que habría de capturar a Guzmán Reinoso, utilizaría como clave jubilosa: «Cayó el Cachetón».

A los pocos días de su arribo a la cómoda casa, el próspero comerciante le asignó al adolescente la tarea de ayudarlo con los libros de contabilidad de sus negocios. Los errores cometidos por el muchacho generaban reprimendas, y el trato distante y frío no cambió en ningún momento; pero, a pesar de las asperezas paternas, los años vividos en esa casa le entregaron a Guzmán los mejores recuerdos de su juventud porque la mujer de su padre, Laura Jorquera Gómez, aquella muchachita chilena que a los dieciséis años apareció en el pueblito de El Arenal para luego convertirse en la matrona de la casa, le dio protección y afecto, tal vez sensibilizada por su experiencia de niña que tuvo que enfrentar la vida sin el amparo paterno.

La primera sorpresa para Guzmán fue descubrir que en la casa arequipeña existía, bajo la administración de la señora Laura, todo lo que le había faltado en sus excursiones de trashumante y la estadía en ese hogar significó para él un final de viaje que le dejó una huella tan profunda que, aún a los

setenta y cinco años de edad, al escribir de puño y letra su antiguo recuerdo, Guzmán se permitió un instante de gratitud y melancolía: «Ingresé a un nuevo hogar: el de mi padre, su esposa y mis hermanos. Una vez más vaya mi más puro sentimiento agradecido y reconocimiento a la esposa de mi padre, doña Laura Jorquera Gómez, admirable mujer que supo acogerme como hijo propio que se reencuentra, a mis hermanas y hermanos que hicieron que su casa la sintiera mía, y a mi padre que me dio esa oportunidad. Un mundo nuevo y más amplio se abría a mis ojos en nuestra siempre hermosa y única Arequipa. Me esperaba una etapa fundamental de desarrollo y una larga estadía extendida hasta 1962, casi tantos años como los que tenía al llegar: catorce»[13].

La señora Laura era hija de un andaluz, Enrique Jorquera, que arribó a Chile a inicios del siglo XX para trabajar en los viñedos del valle de Maule. Allí encontró el amor en la costurera Luzmila Gómez, tuvieron una hija que nació en la ciudad de Talca el 13 de junio de 1920 y a quien bautizaron como Laura. Apenas ocho breves años duró la alegría en ese hogar porque el español, a la medianoche del 1° de diciembre de 1928, fue sepultado por el derrumbe de una pared en el sismo de 8° en la escala de Richter que devastó la ciudad de Talca y el valle de Maule.

Pasado el tiempo de luto, la viuda se casó con un minero peruano que operaba en Tarapacá y, en el año 1936, a raíz de la expulsión de los peruanos del territorio que se había anexado Chile tras la Guerra del Pacífico, la viuda y la huérfana desembarcaron en el puerto de Mollendo. No existe ningún

13 Ibídem, pág. 30.

registro sobre el destino del marido minero ni el motivo por el cual ambas mujeres pusieron pie a tierra en una ciudad que les era desconocida. Lo único cierto es que fueron rescatadas por el mujeriego Abimael Guzmán Silva, quien las llevó a vivir a la casa de la Av. Independencia n.° 300 en El Arenal. La joven Laura tenía dieciséis años de edad y Abimael hijo apenas dos. Cuando se convirtió en su madre adoptiva, en Arequipa, en 1949, ella tenía veintinueve años, era madre de cuatro hijos legítimos y tenía bajo su amparo a otros cinco producto de los amores fugaces del marido: Eduardo (médico que integró el ejército norteamericano en Vietnam); Raúl (ingeniero); Carmen (ama de casa); Filiberto (abogado); Edgard (abogado y filósofo); Elizabeth (abogada), Gladys Susana (profesora, residente en los Estados Unidos de Norteamérica); Artemio (abogado y filósofo) y Abimael (abogado). Todos crecieron juntos y con igualdad de trato en un hogar en el cual, en confesión de Abimael, «las necesidades de alimentación, ropa, estudios, distracción y propinas estaban bien organizadas, desenvolviéndose una vida sencilla y ordenada, de poca vida social y celebraciones, donde los hijos, aparte de centrar en los estudios, tenían una tarea específica que cumplir responsablemente»[14].

La familia entera vivió siempre en la amplia casona de la calle Ejercicios 307. Tenía un patio a la entrada con habitaciones alrededor, un segundo piso para el comedor, un almacén de víveres y un par de habitaciones más; en la primera planta un pasadizo, con habitaciones para las empleadas y, al fondo, un amplio jardín con un añoso árbol en medio. Hoy es el local en que funciona el Instituto Superior Stendhal especializado en la

14 Ídem.

enseñanza de Gastronomía, Hotelería y Turismo y todo aquel que se acerca a curiosear es echado por un vigilante presuroso que alcanza una razón para el desalojo del visitante: «Hay gente que viene y después habla que fue la casa de Abimael Guzmán y nos malogra el prestigio».

En el año 1949, el comerciante Abimael Guzmán Silva compartía el alquiler de la casona con Cipriano Alarcón, un compadre suyo agricultor en las chacras de El Arenal. Páginas atrás la señora Blanca Valdivia de Álvarez adelantó que había vivido en este inmueble cuando Abimael acudía al colegio y, en esta parte del relato, provista de su memoria de anciana vital, dibuja este recuerdo: «Yo trabajaba en la chacra de Alarcón, como era chiquilla recogía en mi burro con serón guayabas, higos y plátanos; y después me llevaron a Arequipa para trabajar cuidando a la hija de Alarcón. Allí conocí a Abimael. Era flaquito, bien callado, le hacía caso en todo a la señora Jorquera y se encerraba en su cuarto a estudiar. Los sábados y domingos salía a pasear solo, sobre todo cuando su padre volvía de sus viajes». Este carácter solitario y retraído le fue útil cuando, al igual que sus hermanos, fue matriculado en el colegio privado La Salle y se desempeñó como un alumno aplicado capaz de ocupar los primeros lugares en las aulas regentadas por frailes franceses y españoles. En el anuario del tercer año de secundaria se puede leer: «los diez primeros no se dieron descanso, para al fin tener la siguiente colocación: Guzmán, Bouroncle, Rodríguez, Ojeda y Diaz Cano».

Fue una experiencia positiva la de salir del abandono para encontrar un lugar en el mundo y eso está reflejado en dos recuerdos en los que Guzmán deja asomar cierta emotividad:

> El tercer año de secundaria lo cursé el año 1950 con el mismo tutor, el hermano Fermín Luis. Este mi segundo año en Arequipa fue

mucho mejor, ya más ambientado en mis estudios obtuve mejores resultados, salí # 1 de la clase así consta en el palmaré del año 50[15].

Mis condiscípulos en su mayoría eran de la pequeña burguesía acomodada, también los había hijos de terratenientes, burgueses y de la burocracia. Tuvimos el mismo tutor que nos forjó hasta el cuarto año, el hermano Fermín Luís, un vasco de ciertas ideas republicanas; y en quinto, el hermano Justo, prefecto del colegio, nos ayudó a rematar el ciclo. Como en toda aula, diversos grupos de afinidad se desenvolvían y contendían; yo formaba parte de los serios y estudiosos. Los castigos que recibí fueron por no concurrir a la misa o llegar tarde a ella, pues era parte de nuestras obligaciones. (...) A más de ser poco amiguero, mis continuos cambios de residencia, no solo antiguos, no han servido a que entablara amistades prolongadas y, así, no sepa hoy qué ha sido de ellos e igualmente de mis posteriores condiscípulos y amigos universitarios y profesionales. Considero que el colegio de La Salle no influenció religiosamente en mí; si bien vale señalar que mi poca o ninguna preocupación por las prácticas religiosas no implicaron, en modo alguno, ojeriza, represalia o restricción en mi contra. A más de lo dicho debo a ese centro bastante de mí formación en esa maleable etapa de la vida.[16]

Cuando acabó el colegio a los dieciocho años el muchacho dio una sorpresa. Contradiciendo sus inquietudes intelectuales —«No solo estudiaba los cursos escolares; como mis hermanos, considerable tiempo invertí en lecturas de libros de todo tipo, especialmente, obras clásicas y novelas»[17]— Guzmán le anunció

15 Muchas de las citas biográficas provienen de un manuscrito de más de cuatrocientos veinte páginas escrito por Abimael Guzmán Reinoso al que tuvo acceso el autor. En adelante, las citas que provengan de dicho texto se consignarán como Manuscrito sin mención de página por cuanto no fueron numeradas de manera correlativa por Guzmán.

16 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., págs. 31 y 32

17 Ibídem, pág. 32

a la responsable de su educación, su madrastra Laura Jorquera, la insólita decisión de postular a la Escuela de Infantería del Ejército. «Sí, es cierto, quise ser militar, oficial del ejército y específicamente de infantería. Tenía y tengo, y creo que hoy más claramente aún, una idea no solo del papel de toda fuerza armada como columna vertebral del Estado sino, y es insoslayable, de la función de los ejércitos en el surgimiento, desarrollo y transformación de todas las naciones; lo prueba la historia del mundo, la del proletariado, muy claro está, la del país y la de nuestro propio partido»[18].

¿Dónde pudo originarse su repentina vocación militar si en la casa familiar uno de sus intereses era discutir con sus hermanos las lecturas de la *Ilíada*, *El Quijote* o las espléndidas biografías de Stefan Zweig?[19]. En realidad, ese atisbo de vocación había surgido por la admiración que el escolar tenía hacia el teniente de Infantería Manuel Reaño, el encargado del curso de Instrucción Premilitar. Pero lo más sorprendente es que la confesión de su interés por vestir el uniforme de un ejército al que después se enfrentaría de manera brutal y encarnizada, se conoció recién en 1993 en una habitación del penal de El Frontón cuando, tras su captura como líder de la organización terrorista Sendero Luminoso, empezó a recibir las visitas del jefe de facto del Servicio de Inteligencia Nacional, Vladimiro Montesinos Torres. En una de esas charlas, el jefe terrorista recordó su vocación militar, recitó íntegro el himno de la Infantería del Ejército Peruano, «...arma bravía, / es la noble Infantería, / cuna de valientes / de heroica misión...», y descorrió uno de los velos de su memoria escondida para entregar esta confidencia:

18 Ibídem, pág. 33

19 Ibídem, pág. 32

El teniente de Infantería Manuel Reaño era un gran oficial. Era un hombre muy recto y con mucho aplomo y porte militar. Él siempre nos hablaba de la Infantería para aquí y la Infantería para allá. Esta arma es la reina de las batallas, nos decía, y eso marcó en mi juventud la admiración por el arrojo del infante peruano en las guerras.

Los sábados por la mañana, desde muy temprano, partíamos en ropa de faena, vestidos con el uniforme beige con cristina y corbata, del colegio La Salle hacia el cuartel Salaverry, ubicado en el distrito de Miraflores en Arequipa. Hacíamos ejercicios de triangulación con fusiles Mauser que nos prestaban. Nos tendíamos al suelo en grupos de diez y sobre un caballete estaba el fusil con el cual debíamos apuntar pasando el ojo derecho por la línea de mira y alza.

Recuerdo que en esa época el cuartel Salaverry albergaba dos unidades de Infantería, los batallones números 13 y 45; cada uno al mando de un comandante del Ejército, según recuerdo, pues cada cierto tiempo ingresábamos al interior para tomar desayuno en el comedor de tropa. Luego un oficial nos mostraba las principales instalaciones para la instrucción de su personal. Desde muy temprano estábamos en el cuartel para la ceremonia inicial y luego en el evento destinado a la población.

A las seis de la tarde era el paseo de antorchas y en el que participaba la banda de músicos tocando el himno de Infantería durante todo el trayecto por las calles de la ciudad. Detrás marchaba la tropa de los dos batallones cantando su himno y portando cada soldado una antorcha, y nosotros los acompañábamos en el recorrido. ¡Realmente era un evento muy bonito y esperado cada año por la población arequipeña![20]

Además de la influencia ejercida por estas vivencias militares, ocurrieron otros dos acontecimientos que hicieron

20 Vladimiro Montesinos Torres, *Sin Sendero alerta temprana*, Ezer Editores, Lima, 2009, págs. 257-259.

germinar el espíritu bélico en aquel muchacho que dejaba las aulas escolares. Uno fue la lectura de la novela *La hora 25* del rumano Virgil Georghiu que refiere la trágica historia de un jornalero rumano en la II Segunda Guerra Mundial; la otra influencia provino de los despachos radiales del conflicto. «De esos tiempos guardo no solo imborrables recuerdos, sino acicateantes experiencias e ideas nuevas que fueron modelándome. Así, las noticias de la parte final de la guerra, la toma de Berlín por el Ejército Rojo, la celebración del Día de la Victoria cuando la derrota de Alemania, los periódicos que en primera plana traían las imágenes de Roosevelt, Churchill y el gran camarada Stalin, los bombardeos sobre Nagoya y la bomba atómica»[21].

No lo repelía el horror de la guerra, le parecía más bien una fuente de enseñanza y una opción para generar cambios, y esa visión no fue un fugaz entusiasmo adolescente sino una convicción que lo habría de acompañar a lo largo de su existencia. En julio de 1988, protegido por la bruma de la clandestinidad y con centenares de miles de muertos a causa de sus órdenes, Abimael Guzmán reiteró su mortal afición a la barbarie bélica en una célebre entrevista bautizada por sus feligreses como «La entrevista del siglo» en la cual afirmó: «Creo que la Segunda Guerra Mundial me ha marcado profundamente (...) Tuve ocasión de ver en los periódicos a los llamados cinco grandes, al camarada Stalin entre ellos, por eso diría que estos hechos han ido marcándome e imprimiéndome la idea del poder, de las masas y de la capacidad transformadora de la guerra»[22].

Aunque al final optó por ingresar a la universidad para estudiar Derecho —«simple y concretamente para tener un

21 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág. 29

22 «La entrevista del siglo», publicada por *El Diario Marka*, vocero del senderismo, el 24 de julio de 1988.

instrumento profesional que sustentara mis necesidades y me diera independencia»—[23], la vocación militar de Abimael Guzmán Reinoso terminaría concretándose en el año 1980 al organizar y encabezar una desquiciada milicia propia, Sendero Luminoso, que asoló al país por más de una década con feroces ajusticiamientos de población civil en el campo, brutales atentados terroristas en las ciudades y salvajes emboscadas al ejército y la policía. Pero aún faltaba un largo trecho, mientras tanto, en 1952, aprobó el examen de ingreso a la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa y arribó a esas aulas portando lo que Guzmán denominaba «el despertar de su conciencia social» en referencia al impacto que había tenido sobre él un episodio que la historia peruana tiene anotado como el levantamiento de Arequipa.

Ocurrió el 12 de junio de 1950 con el estallido de una huelga de los escolares del Colegio Nacional de la Independencia Americana que las autoridades decidieron sofocar enviando un pelotón militar que terminó agrediendo a los menores y a los padres de familia. La reacción inmediata fue la solidaria protesta de los estudiantes universitarios que ya venían encendidos contra la dictadura del general Odría que, tras haber propinado al país un golpe militar, pretendía legitimarse a través de una farsa electoral. De modo que los universitarios tomaron las calles con una enorme manifestación repelida a sablazos por la policía montada y, entonces, se sumaron las organizaciones sindicales de empleados y obreros y, en pocas horas, la población civil inundó las calles. El centro de la ciudad de Arequipa se llenó de barricadas levantadas con los adoquines de las calles y una masa compacta de estudiantes, trabajadores y ciudadanos tomó por asalto el casino militar, los

23 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág. 34.

locales del municipio y la prefectura, capturó el aeropuerto para evitar la llegada de tropas de refuerzo y se adueñó de varias estaciones de radio para avivar la trifulca. Toda la semana útil, entre el lunes 12 y el viernes 16, las calles mistianas fueron escenario de una contienda feroz y desigual entre civiles y el ejército desplegado por todas las calles. Al finalizar la madrugada del viernes 16, un armisticio acordado entre un grupo de parlamentarios y el mando militar, apagó las hostilidades, las gentes enterraron a sus muertos, atendieron a sus heridos y el dictador Manuel A. Odría, que había ordenado la represión, proclamó su candidatura única y los peruanos, ejerciendo su tenaz vocación por el disparate, lo eligieron como presidente constitucional.

Aquella sangrienta revuelta arequipeña fue una epifanía para Abimael Guzmán Reinoso. Esos días de fuego cruzado, de calles erizadas de violencia, de víctimas tendidas en las calles con orificios de balazos, tajos de sables y heridas abiertas a pedradas, marcaron, en sus palabras, «el desarrollo de mi conciencia social y principalmente de clase»[24]. Entusiasmado por el fervor de los días de revuelta, solicitó su afiliación al Partido Comunista de Arequipa, pero tropezó con un requisito de burocracia clasista: se requería la condición de obrero y Guzmán era, para esa organización, apenas un pequeño burgués. Sin embargo no aceptó dar media vuelta porque estaba convencido de que allí se hallaba la señal de identidad desde la cual expresar todas las protestas que habitaban en él. Esperó con paciencia y logró convertirse en militante. «Entonces había una tendencia obrerista, no querían o no debían ingresar personas que no fueran parte del movimiento obrero. Eso me llevó a tener que estar esperando buen

24 Ibídem, pág. 35.

tiempo»[25]. «¿Por qué ingresé al Partido? Concretamente: la lucha de clases que me forjó y mi desenvolvimiento ideológico me hicieron devenir marxista, y si uno es marxista verdadero, necesariamente debe militar, ser miembro del partido y no se detendrá hasta conseguirlo; no cabe marxista fuera de filas. Por eso decidí libre y voluntariamente ser comunista»[26].

Su acceso a la militancia comunista lo inició en la admiración hacia Josef Stalin, el tirano de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Fue una devoción que se mantuvo invariable a lo largo de su vida, incluso en 1989, con el Perú ensangrentado por las acciones senderistas, Guzmán recordaba con orgullo haber participado en las disputas ideológicas defendiendo con vehemencia a Stalin frente a los seguidores del otro líder soviético, Vladimir Illich Ulianov, camarada Lenin. Tenía una frase que resumía el motivo por el cual defendía con furor a Stalin: «Quitárnoslo entonces era como quitarnos el alma»[27]; pero, en realidad, más que una frase fervorosa es un sombrío trazo del espíritu de Guzmán porque aquel hombre, al que admiraba desde el alma, era el sanguinario dictador que aniquiló a millones de personas enviándolas a campos de concentración y presidios, ordenando fusilamientos y asesinatos; había sido también el autor del programa que impuso la sustitución de las granjas de propiedad individual por granjas colectivas, un irracional experimento agrícola que terminó ocasionando una hambruna tan insondable y bárbara que «los campesinos desesperados devoraban los cadáveres de sus hijos muertos de inanición»[28]. Ese individuo admirado desde el alma

25 Comisión de la Verdad, sesión del 28 de mayo de 2002, casete 75.

26 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág. 35.

27 «Entrevista del siglo».

28 Ver Robert Service, *Stalin. Una biografía*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

por Guzmán —que sustituyó su apellido Dzhugashvili por el apelativo Stalin, hombre de acero— había resumido aquella espantosa desventura con una despiadada frase: «Una muerte es una tragedia, pero un millón de muertes es solo estadística»[29].

AL IGUAL QUE EL DESCUBRIMIENTO de la militancia comunista, el ingreso al mundo universitario fue para Guzmán el hallazgo de un espacio que jamás había imaginado: «(...) las ideas bullían, los debates y discusiones eran pan cotidiano y la política latía en todas partes. Conferencias, charlas e interminables conversaciones sobre mil y un temas; cientos de jóvenes, hombres y mujeres, parecían haber descubierto el arte de hablar y pensar y que al unísono hubieran roto un largo voto de silencio impuesto»[30]. En esta evocación de Guzmán asoma otra de sus claves vitales: la elección de las aulas universitarias como el lugar esencial para su quehacer en las décadas siguientes. Precisa y concisa, la frase «un largo voto de silencio impuesto» retrata lo que había ocurrido en su vida hasta antes del feliz descubrimiento del mundo universitario. En efecto, Guzmán había habitado en *un silencio impuesto* en la medida en que estuvo obligado a acatar las decisiones de terceros. El silencio le había asegurado la sobrevivencia, pero lo había privado de todo lo demás; y, de pronto, las aulas universitarias le abrían un mundo encendido de juventud con las voces que expresaban al viento todo lo que quisieran decir o sentir, un mundo muy distinto al silencio gris de su vida. Era imposible que no se viera cautivado. Fue la universidad el

29 La Enciclopedia Británica manifiesta que entre 6 a 8 millones de personas murieron por hambruna, y entre 4 a 5 millones de esos muertos fueron pobladores de origen ucraniano.

30 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág. 33.

ámbito para el renacimiento de aquel Abimael que ingresaba a la veintena de sus años. Por elección propia su destino quedó atado a los claustros universitarios desde los cuales empezaría a organizar sus aspiraciones personales, sus proyectos profesionales, sus objetivos políticos y también su delirio final: la construcción, desde una universidad, del movimiento que terminaría convirtiendo la vida cotidiana de los peruanos en una sangrienta pesadilla.

Su juvenil entusiasmo universitario tiene también un sello de reivindicación. Fue en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa donde pudo estrenar la autoestima que había logrado reconstruir a partir de la bondad solidaria de su madre postiza, Laura Jorquera. Así, el escolar taciturno logró convertirse en delegado estudiantil de la Facultad de Letras ante la Federación Universitaria.

Testimonios de esa época lo recuerdan no con el estilo de un dirigente combativo sino con los gestos y formas de quien ocupa un cargo desde la solemnidad y el protocolo; también lo describen como ansioso por iniciarse en las lecturas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. En efecto, fue el propio Guzmán, ya adulto mayor, quien recordó que, al inicio, su afán por conocer las lecciones del comunismo tropezaba con la ausencia de «profesores marxistas que me pudieran formar», pero, al menos, existían alumnos «que tenían sus ideas y que obviamente las comentaban. Así fui conociendo algunas ideas y leyendo algunos libros»[31].

También fue generosa la universidad en proveerle aquello que la vida no le había otorgado y, esta vez, como un guiño de recompensa, el destino lo puso en contacto con alguien

31 Comisión de la Verdad, sesión del 28 de mayo de 2002, casete 75.

dispuesto a prestarle atención al silencioso muchacho para darle un cauce a sus inquietudes. Fue un catedrático de la universidad San Agustín el que se convirtió en su mentor. Se llamaba Miguel Ángel Rodríguez Rivas, había nacido el 29 de septiembre de 1920; y criado con esfuerzo por su madre Rosa, logró sortear con tesón los escollos de la pobreza con el único recurso que tenía: su inteligencia. Estudió en la Escuela Normal Muñoz Nájar y logró a los dieciséis años el título de profesor normalista que lo habilitó para ejercer como un modesto docente escolar. Así conoció el sacrificio del magisterio ejerciendo en pobres y pequeños poblados de Puno hasta lograr su objetivo de conseguir una plaza de maestro en Arequipa para poder ingresar a la Facultad de Letras de la Universidad del Gran Padre San Agustín. Se pagó los estudios universitarios trabajando como «docente de educación secundaria que salía de impartir clases corriendo por los bordos de las chacras para no llegar tarde a tomar clases en la universidad»[32]. Logró obtener el grado *summa cum laude* de doctor en Filosofía y durante más de medio siglo fue catedrático «en las aulas universitarias de San Agustín, en Arequipa; y Nacional Mayor de San Marcos, Federico Villarreal, Católica, Cayetano Heredia, San Martín de Porres e Inca Garcilaso, en Lima, así como en las escuelas superiores y en los centros de altos estudios de todos los institutos militares y de policía»[33].

Fue este catedrático, Miguel Ángel Rodríguez Rivas, quien condujo las lecturas marxistas de Abimael Guzmán y lo introdujo también en el interés por la filosofía, en especial en los escritos de Inmanuel Kant y fue por esa influencia que Guzmán,

32 «In memoriam Miguel Ángel Rodríguez Rivas», texto publicado por su hijo Miguel Ángel Rodríguez Sosa el 15 de agosto del 2012. https://es.scribd.com/doc/102988635/In-Memoriam-Miguel-Angel-Rodriguez-Rivas.

33 Ídem.

luego de obtener el bachillerato en leyes presentando la tesis «El Estado democrático-burgués», se matriculó en la diminuta Facultad de Filosofía —su promoción tuvo apenas tres alumnos: él y dos compañeras que venían de la Facultad de Educación— y se graduó con una tesis que tituló «Acerca de la teoría kantiana del espacio» en cuyas 178 páginas desarrolla una teoría de difícil comprensión destinada a «demostrar la insostenibilidad de la posición idealista subjetiva de Kant sobre el espacio; y en contrario reafirmar la posición filosófica marxista del espacio como manifestación de la materia en movimiento»[34].

En un texto escrito por el periodista inglés Simón Strong se retrata al maestro de Abimael como «un disciplinario riguroso y hasta masoquista que estaba en su puesto desde las seis de la mañana por creer que dormir demasiado debilitaba las neuronas. Inflexible y autoritario, tenía un ansia mística por la verdad. Sus clases eran teatrales y eruditas; cautivaban y subyugaban»[35]. Fue este maestro —que pensaba que los hombres eran superiores a los ángeles porque éstos solo podían ser buenos mientras que los hombres tenían por igual infierno y cielo—[36] el que ejerció las influencias que calaron hondo en el discípulo. Le descubrió la filosofía, una disciplina que para Abimael significó hallar «la médula misma de la ideología que late en todas las acciones»[37] y, en simultáneo, lo internó, en un viaje sin retorno, por la senda de los libros mayores de la doctrina comunista. Acaso por el amparo protector que halló en su mentor, Abimael Guzmán consideró las lecciones de Miguel Ángel Rodríguez

34 Tesis para optar el grado de Bachiller en Filosofía, presentada a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa, enero 1961.

35 Simon Strong, *Sendero Luminoso, el movimiento subversivo más letal del mundo*. Perú Reporting, Lima 1992, pág. 23.

36 «In memoriam Miguel Ángel Rodríguez Rivas».

37 Abimael Guzmán Reinoso, *De puño y letra*, op. cit., pág. 34.

como el pétreo cimiento sobre el cual habría de construir su futuro fanatismo. Los cuentos infantiles que ningún padre le había leído en la niñez fueron sustituidos por la afectuosa cercanía de aquel maestro y guía que lo embarcó en la travesía por las incitantes páginas de El Manifiesto del partido Comunista de Karl Marx y Friedrich Engels y otros textos fundamentales.

Pero el vínculo entre maestro y discípulo no se limitó a los intereses académicos también compartían alegres incursiones al bar El Crillón Serrano que, en febrero de 1956, inauguraron los esposos Segundo Quico Torres y Domitila Rivera en la calle Perú 109, a pocas cuadras de la universidad San Agustín. En ese local, el maestro Rodríguez y sus contertulios tenían al fondo un ambiente privado para sus celebraciones y este dato es la primera mención que existe respecto de una afición por el licor que Abimael Guzmán cultivaría en los años siguientes y hasta su captura.

El profesor Rodríguez tuvo una larga vida. Falleció en Lima a los 92 años un 13 de agosto de 2012 y sus longevos días le permitieron ver las acciones terroristas desplegadas por el alumno que le había dedicado su tesis de grado en filosofía con esta frase: «A mi maestro y dilecto amigo».

Al concluir sus estudios, Abimael Guzmán Reynoso encontró una plaza como amanuense en el Estudio del abogado Julio Gómez de la Torre, pero era apenas un trabajo alimentario porque su real aspiración era dedicarse a la docencia universitaria. Trató de integrarse a los círculos académicos pero no tuvo acogida porque vinculaba, de manera obsesiva, todo tema de conversación al marxismo y, además, carecía de formación en otras áreas como la literatura o la historia. Guzmán consideró su fallida integración como un rechazo de «los ambientes elitistas

de la intelectualidad arequipeña» y, en este punto, alguna razón tenía. En una ciudad de catedráticos con producción bibliográfica propia, intelectuales con intereses variados, abogados ilustres, destacados políticos en el parlamento nacional, era muy difícil que pudiese tener cabida un hombre cuya única obsesión eran Stalin, Marx y Lenin.

En cambio, consiguió el apoyo de su maestro Rodríguez Rivas que lo ubicó en el plantel de profesores de la Facultad de Letras de la Universidad San Agustín y, según Guzmán, su interés político lo llevó a participar en «las luchas en la Facultad de Sociología»; en realidad, fueron operativos de intriga para incorporar a maestros con ideología marxista dejando fuera a profesores capaces con el perverso argumento de la depuración para mejorar la enseñanza. Al final, en el inicio del verano de 1962, Guzmán perdió el empleo. «Yo estuve en la lucha, en ella participé en la depuración de algunos profesores para mejorar la enseñanza. Participé en un congreso, triunfamos en nuestros objetivos pero (...) me quedé fuera. A raíz de eso me presenté para postular en Ayacucho»[38].

El último día de marzo de 1962, se despidió de su madre adoptiva la señora Laura Jorquera, dejó la única casa donde lo habían albergado con afecto y emprendió, una vez más, otro viaje de desarraigo. En cuanto a la señora Jorquera, más allá de alguna leyenda urbana, nadie sabe las reacciones que pudo haber tenido cuando, dieciocho años después de su partida, aquel hijo postizo empezó a ejercer su mortal oficio de terrorista; tampoco se sabe cuál habrá sido el sentimiento suyo el día en que vio, en la televisión y en los diarios, al muchacho que acogió para darle una mejor vida, convertido en un adulto con

38 Comisión de la Verdad, sesión del 28 de mayo de 2002, casete 75.

traje de presidiario mientras un país fatigado de dolor celebraba su captura. Doña Laura Jorquera Gómez, falleció en 1996 a los 76 años. Está sepultada en el pabellón San Benito C, fila 4, nicho 570 del Cementerio General de Arequipa y, junto a la placa de cemento que lleva su nombre, no existe ni una flor ni el rastro de alguna visita.

EL INEVITABLE DESTINO

Dentro de nosotros existe algo que no tiene nombre
y eso es lo que realmente somos.
JOSÉ SARAMAGO

El diario que en una calle de Arequipa tuvo en sus manos Abimael Guzmán Reinoso, un día de febrero de 1962, fue la primera cerilla con que habría de encender el fuego terrorista dieciocho años más tarde. Un hombre que en un día cualquiera lee un aviso en un diario es una nimiedad, sin embargo, aquella vez, esa simpleza, en realidad, activó un destino pavoroso que nadie podía descifrar. Cuando el hombre terminó su lectura y cerró el diario, se había empezado a modificar la vida de millones de peruanos, incluso la de aquellos que aún no habían nacido.

El aviso solicitaba profesores para la Universidad San Cristóbal de Huamanga, en Ayacucho, y Guzmán, que había perdido su puesto en la universidad San Agustín, envió su hoja de vida sin mayor esperanza. La respuesta que le dieron en 1962 recién la revelaría en 1993 cuando el azar, que siempre manejó su vida, lo puso frente a un paisano suyo en el presidio de la isla San Lorenzo. Allí, Abimael le confesó al arequipeño Vladimiro Montesinos que se sorprendió al recibir la noticia de que había sido aceptado como catedrático de Historia de la Filosofía y que esa fue la única razón por la que llegó a radicar en Ayacucho y si bien pensó quedarse apenas un año,

se fue quedando por haberse enamorado de Augusta La Torre Carrasco[39].

Su salida de Arequipa obedeció, además del desempleo, a la soledad que lo empezaba a envolver por su obstinación en dedicarse por sobre todas las cosas a la tarea política. Se iba quedando solo porque «camaradas que despuntaban eran ganados por los puestos, el ejercicio profesional y las posibilidades de ascenso social, olvidando el Partido. Era, pues, necesario partir; es real, hay momentos en que se siente estar de más y los otros, aunque no lo digan, hacen sentir que les estorbas y echas sombras, por eso: una nueva realidad y mejor siendo serrana, ganarse la vida, dejar que el tiempo transcurriera y proseguir en el empeño: marxismo, partido, revolución. Recibí la comunicación: nombrado profesor a dedicación exclusiva a prueba por un año; hice maletas, una y marché. El Partido no tuvo que ver en esto, salvo extenderme credencial: "El camarada Álvaro es ..."; mi nombre de batalla entonces»[40].

El lunes 2 de abril de 1962,[41] Rubén Manuel Abimael Guzmán Reinoso, solitario y en silencio, con veintisiete años de edad, arribó a la ciudad de Huamanga. «En noche de intensa lluvia, llegué a mi nueva ciudad de residencia: Ayacucho. Una vez más, pero tras largos años, llegaba donde no conocía a nadie con excepción del doctor Armando Barreda Delgado, mi profesor de Filosofía en Arequipa, con él había enviado mis documentos para postular a una cátedra de Filosofía y Psicología en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga»[42]. «Me presenté al doctor Álvaro

39 Vladimiro Montesinos Torres, *Sin Sendero, alerta temprana*, op. cit., pág. 187.

40 Manuscrito de Abimael Guzmán.

41 La precisión en la fecha corresponde al testimonio de Guzmán ante la Comisión de la Verdad, sesión del 28 de mayo de 2002, casete 75.

42 Manuscrito de Abimael Guzmán.

Villavicencio Whittenburg a cuyas órdenes trabajé en Educación, este me presentó al doctor Luis Lumbreras Salcedo quien dirigía Ciencias Sociales; con ellos desarrollé buena amistad en esa primera estadía como profesor hasta febrero de 1965. Y ambos, luego, me llevaron ante el doctor Efraín Morote Best de cuyo despacho dependía nuestra actividad universitaria»[43]. «¿Cuánto ganaba? Seis mil soles[44]; era, para mí, un buen sueldo. Como referencia, para mejor comprensión, por pensión pagaba quinientos soles: desayuno, almuerzo y comida, en el mejor restaurante de esos años; claro está la comida solo se servía hasta las ocho de la noche y para ir al cine había que comer antes, o ir al único lugar donde se podía hacerlo después: La Colmena y servirse un churrasco con papas y huevo frito, más pan, té o café por diez soles, único plato que preparaban a esa hora. Vivía en el jirón Bellido, un cuarto amoblado que alquilé a la señora quien entonces era dueña del cine Cáceres, uno de los dos que había en Ayacucho en aquellos tiempos. Posteriormente viví en el jirón Asamblea»[45].

Los apurados despachos de prensa de los años del terror, no se detenían a precisar el nombre de la ciudad capital de la región y de tanto hacerlo impusieron el nombre Ayacucho como sinónimo de Huamanga. En realidad, la ciudad de Huamanga es la capital del departamento de Ayacucho, una de las localidades más antiguas del Perú, fundada por orden del conquistador Francisco Pizarro el 9 de enero de 1539 bajo el nombre de San Juan de la Frontera. La eligieron porque además de buen clima con un

43 Manuscrito de Abimael Guzmán.

44 En el año de 1962, seis mil soles equivalían a US$ 223.88 (tipo de cambio S/. 26.82 por dólar). Ese monto actualizado al año 2017 equivale a un sueldo de US$ 1,800 mensuales.

45 Manuscrito de Abimael Guzmán.

cielo soleado todo el año y lluvias estacionales, se ubicaba a mitad de camino entre Lima y Cusco, estación ideal para la pausa de las tropas, comerciantes y viajeros que peregrinaban entre Lima y el Cusco. Durante el imperio incaico había jugado el mismo papel: comarca de descanso en los desplazamientos del Inca.

Con el virreinato, San Juan de la Frontera mudó su nombre al de Huamanga y obtuvo fulgor económico al convertirse en la ciudad de descanso de los mineros que venían con el oro de las minas de Potosí y los mercantes que acarreaban el mercurio extraído en los yacimientos de Huancavelica. Entonces surgieron las haciendas en los campos y, en la ciudad, bellas casonas con patios, huertos, portales y balcones coloniales, junto a numerosas iglesias: hoy se mantienen treinta y tres de las tantas que mandaron edificar los tocados por la riqueza como un tributo para persuadir a un Dios que les anunciaba que era más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja antes que un rico acceda al reino de los cielos.

El auge económico impulsó el crecimiento de la ciudad y aquellos que ostentaban títulos de aristócratas y los otros que tenían el fundamento del dinero, necesitaron un centro de estudios en el cual formar a sus hijos. Así, el 3 de julio de 1677, el obispo de la diócesis, don Cristóbal de Castilla y Zamora, fundó la Real y Pontificia Universidad de San Cristóbal de Huamanga con refrendo del rey Carlos II de España y Bula Pontificia del papa Inocencio XI.[46]

La universidad estuvo en funciones durante dos siglos hasta que fue clausurada en 1886 tras el descalabro del país en la Guerra del Pacífico. Después, siglo y medio más tarde, el 3

46 La invocación a San Cristóbal tuvo directa relación con el origen de la ciudad: fue fundada para acoger el descanso de los hombres que marchaban por los caminos; se tenía que elegir a San Cristóbal que, en el santoral cristiano, es el patrón de los viajeros.

de julio de 1959, se reabrió con el nombre de Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga y con 228 alumnos matriculados en las carreras de agricultura, minería, educación y humanidades.

Para lograr la reapertura fue vital el impulso de una Comisión de Gobierno y Organización integrada por ilustres personajes de la cultura peruana: los historiadores Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, Luis Valcárcel y el escritor José María Arguedas. En sus primeros tres años la universidad, bajo el rectorado del jurista Fernando Romero Pintado, tuvo una magnífica nómina de catedráticos: los escritores Julio Ramón Ribeyro, Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez; los poetas Antonio Cisneros y Marco Martos; los historiadores Juan José Vega y Luis Guillermo Lumbreras; el sociólogo Luis Millones; el director de teatro Hernando Cortés; el pintor Enrique Camino Brent; el antropólogo holandés Tom Zuidema y un científico australiano, John Earls, que aprendió a cantar huaynos en quechua y vivía en una iglesia abandonada.

Pero en 1962 el plantel de catedráticos se empezó a marchar porque su recién electo rector, Efraín Morote Best, decidió torcer el rumbo de la universidad. Logró acceder al cargo tras ser electo por una Asamblea Universitaria conformada por profesores y alumnos, en la cual tuvo un papel crucial el apoyo del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), una organización formada por militantes de la Juventud del Partido Comunista de Ayacucho. El propio Guzmán admite que «la elección fue en medio de candente lucha política que repercutió en toda la ciudad, pues la universidad estaba íntimamente ligada a la colectividad»[47]. Esta afirmación significa que los estudiantes

47 Manuscrito de Abimael Guzmán.

presionaron y hostigaron a los rivales con acciones violentas que, en esos años, eran frecuentes: salones de clase tomados y acoso en calles o domicilios a los opositores.

Morote Best anunció como objetivo convertir a la Universidad San Cristóbal de Huamanga en un centro de estudios orientado a brindar una oportunidad educativa a los jóvenes de hogares pobres de la zona y a otros venidos de provincias cercanas. Pero se trataba de un discurso oficial, lo cierto es que detrás había un proyecto político, el de crear una universidad marxista en la cual las tareas proselitistas estuviesen por encima de la formación profesional con la finalidad de crear una masa estudiantil marxista capaz de impulsar «una revolución popular para traer abajo el Estado burgués explotador de los pobres».

El rector Morote —uno de cuyos hijos, Osmán Morote Barrionuevo, se convertiría en uno de los cabecillas de Sendero Luminoso— empezó a desactivar al magnífico plantel de docentes para reemplazarlo con profesores de bajo nivel intelectual y alto grado de politización procedentes, en su mayoría, de la Escuela Normal Enrique Guzmán y Valle, conocida como La Cantuta. Pusieron la mira en la facultad de Educación porque concentraba al 40 % de los alumnos matriculados que provenían de las zonas más pobres de Ayacucho, Huancavelica y Apurímac y la eligieron, sobre todo, por una finalidad siniestra: si concientizaban a los futuros maestros estos se encargarían de inocular a los escolares las ideas marxistas para formar una «masa revolucionaria». Fue a ese contingente que se sumó, en abril de 1962, Abimael Guzmán Reinoso y apenas dos años después de su incorporación ocupó el cargo de Director del Ciclo Básico de Estudios Generales, luego accedió a la posición clave de jefe de personal y pasó a tener una marcada influencia en la Facultad de Educación. «Serán precisamente estos docentes

conocidos como "cantuteros" los que impulsarían en 1964, la creación de los Planteles de Aplicación Guamán Poma de Ayala»[48], entidades escolares creadas bajo el pretexto de que los estudiantes de Educación necesitaban colegios en los cuales realizar sus prácticas preprofesionales. En realidad, existió detrás la perversa estrategia de captar escolares para sus fines políticos. Así, «el fruto de esta labor proselitista fue la formación del Frente Revolucionario Estudiantil Secundario (FRES), que posteriormente permite la articulación de una federación de estudiantes secundarios denominada FUESA, que posteriormente tendría una importante participación en los sucesos de Huanta en junio de 1969»[49]. Esta es una de las explicaciones a la presencia de adolescentes en las huestes del senderismo.«Este primer contacto inicia una larga relación entre la Universidad de Huamanga y la Cantuta, que permitirá el flujo de docentes entre los «60 y 70, relación que será utilizada más tarde por el Partido Comunista Peruano-Sendero Luminoso (PCP-SL) para su expansión política en Lima. Entre el grupo de "cantuteros" que llega a Huamanga se encuentra el profesor de teatro Víctor Zavala Cataño, el cual se integraría a la organización del PCP-SL en la Universidad La Cantuta y posteriormente en la década de los ochenta sería uno de los principales dirigentes de Socorro Popular en Lima, organismo de apoyo al trabajo político-militar del PCP-SL»[50].

De esta manera, desde su posición primero como Director de la Facultad de Letras y luego como rector, Efraín Morote Best —que estuvo vinculado a la universidad San Cristóbal

48 Informe Comisión de la Verdad, 2.18. la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, pág. 576.

49 Ídem.

50 Ídem.

durante doce años— puso las bases e impulsó las tareas políticas que culminarían años mas tarde en la eclosión del bárbaro movimiento terrorista Sendero Luminoso.

Era un hombre de pequeña estatura, contextura delgada, nariz prominente y un cuidado bigote, dueño de maneras corteses y una inquietud intelectual que lo llevó a tener formación en disciplinas como la historia, el derecho, la sociología y la antropología. Nació en Huamanga el 8 de julio de 1921 y se crio en el campo donde vivió «en estrecho contacto con esos campesinos pauperizados; en tal medida estrecho, que mi primera lengua resulta ser el quechua y no el español en el que habitualmente se comunican mis padres y hermanos».[51] A esa lengua añadió después el español, el inglés y el francés además de tres profesiones logradas entre los años 1945 y 1955: bachiller en Humanidades y doctor en Historia por la Universidad San Antonio de Abad del Cusco; bachiller en Derecho por la Universidad Nacional de Arequipa y Abogado por la Universidad Nacional de Trujillo. Luego, ya sin títulos, enfocó sus intereses en la Antropología y la Sociología hasta convertirse en uno de los principales estudiosos del folklore peruano con invitaciones y conferencias en diversas universidades de Sudamérica, los Estados Unidos de Norteamérica, Europa y Asia.

Mario Vargas Llosa lo conoció el año 1957 en una expedición al Amazonas relatada en un pequeño y notable libro titulado *Historia secreta de una novela,* en cuyas páginas traza un expresivo retrato de Morote Best y da buenas luces sobre su personalidad:

> Durante dos años Morote había recorrido prácticamente toda la selva en condiciones muy difíciles. Acompañado a veces por un guía y a veces solo, remontó en canoa los ríos amazónicos,

51 Efraín Morote Best, *Pueblo y Universidad,* Editora Integral, Lima, 1990, pág. 12.

> durmiendo donde lo sorprendía la noche, en medio del bosque o en las playas, y alimentándose de lo que los indígenas le ofrecían. Se vanagloriaba de haberse rasurado todos los días durante esos viajes, de no haber cedido nunca a la tentación de adoptar una apariencia de "aventurero" o "explorador". (...) gracias a él pudimos charlar con los aguarunas, los huambisas y los shapras, que lo conocían y le tenían confianza. Si en los pocos días que duró nuestro viaje por la selva vimos tanto dolor, resultaba vertiginoso imaginar todo lo que habría visto Morote en sus dos años amazónicos. Pequeñito, ceremonioso, viciosamente perfecto en su dicción como todos los intelectuales cuzqueños, con unos ojos vivos que delataban su energía, más que un inspector de educación Morote había sido en esos dos años un cruzado de las tribus. Los Ministerios de Educación y de Guerra y las prefecturas y sub-prefecturas de la selva habían sido bombardeados durante esos veinticuatro meses con cartas e informes de Morote denunciando raptos, robos, abusos de autoridad, atentados contra las escuelas. (...) Era conmovedor ver cómo lo recibían en las aldeas. Aguarunas, huambisas, shapras lo rodeaban, ruidosos y gesticulantes, comenzaban a darle sus quejas y a pedirle cosas, y ese espectáculo duraba todo el tiempo que permanecíamos en el lugar.[52]

Entre ese singular personaje que era el rector Morote y el joven profesor arequipeño que había contratado, surgió una curiosa relación de respeto y afinidad a pesar de sus formas distintas o, tal vez, hayan sido, precisamente, sus personalidades disímiles las que dieron lugar a la cercanía. Abimael Guzmán era parco, ajeno a socializar, vestía ternos holgados y nunca usaba corbata, mientras que Morote era comunicativo, elegante en su apariencia

52 Mario Vargas Llosa, *Historia secreta de una novela*, Tusquets, Barcelona, 2001, págs. 35-38.

y sabía manejar las relaciones públicas, no en vano apenas tres años antes, en 1959, con su rol de colaborador muy cercano de la Comisión de Gobierno y Organización que reabrió la universidad, logró ganarse la confianza de personalidades como Basadre y Arguedas y obtuvo el cargo de Director de Letras aunque después no tuvo reparos en dar el zarpazo para obtener el rectorado con un proyecto absolutamente distinto con el que había colaborado.

Quizá una razón por la cual las maneras de ser tan opuestas no los hayan distanciado y más bien generado una relación estrecha al punto que solían molestar a Guzmán diciéndole «tu papá Morote», se deba a que el arisco profesor venido de Arequipa encajaba muy bien en el proyecto del rector no solo porque era un convencido de las lecciones marxistas sino sobre todo porque conocía el valor del silencio y estaba dispuesto a trabajar de manera obsesiva en el proyecto de universidad revolucionaria. Y así lo confirma el propio Guzmán: «Al doctor Morote Best lo conocí, meses antes, en Arequipa cuando llegó a promover la presentación de jóvenes profesores a los concursos de plazas de la universidad huamanguina; con él tuve ocasión de trabajar y conversar muchas veces, más aún cuando devine miembro del Consejo Universitario»[53].

Morote ubicó a Guzmán en una facultad clave, la de Educación —sembrando las ideas en los alumnos futuros profesores, tendrían a los predicadores del mañana— y le entregó el cargo de Director del Ciclo Básico, equivalente a Estudios Generales, para que tuviera un mayor margen de acción en la consigna central de crear militantes a partir de la educación. La tarea emprendida pronto revelaría sus logros: a inicios de los años setenta un buen número de estudiantes de la Facultad de Educación provenían de Cangallo, Vilcashuamán y Víctor Fajardo, zonas que llegaron a tener

53 Manuscrito de Abimael Guzmán.

temprana presencia de Sendero Luminoso y fueron escenario de sus primeras acciones violentas. Pero Guzmán no se limitó al ámbito académico, también logró capturar el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) hasta convertirlo en la organización más radical de la universidad capaz de cerrar el camino a otras formaciones estudiantiles en un tiempo en que la izquierda era una suma de grupos que contendían uno contra el otro.

Así, la universidad San Cristóbal de Huamanga dejó de ser un centro de estudios académicos para convertirse en un centro de formación de política comunista que le abría las puertas a hijos de campesinos pobres esperanzados en romper su herencia de pobreza y a muchachos venidos de ciudades cercanas con poco, casi nada, en los bolsillos y obligados a conseguir trabajos de sobrevivencia. Todos ellos constituían un contingente insuperable para sembrar las ideas de una «revolución» en una coyuntura favorable que describe con precisión Carlos Iván Degregori, el mayor estudioso de Sendero Luminoso: «por esos mismos años y de manera desigual, la situación de los indios comenzaba a cambiar, tanto en Ayacucho como en el resto del país. El avance del mercado, los medios de comunicación y las migraciones favorecieron procesos de organización campesina. Entre 1958 y 1964 una oleada de tomas de tierra remeció los Andes peruanos. En Ayacucho el movimiento fue débil, pero el resquebrajamiento de la vieja estructura señorial se iba haciendo cada vez más evidente»[54].

Abimael Guzmán Reinoso, el hombre que admiraba a Josef Stalin y a Mao Tse-tung, había llegado al lugar adecuado para sus ambiciones. Un académico, su maestro Miguel Ángel Rodríguez Rivas, le había enseñado, en Arequipa, el camino de la docencia y el marxismo, y, esta vez, en Ayacucho, otro hombre con

54 Carlos Iván Degregori, *El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979*. IEP, Lima, 1990, pág. 35.

formación intelectual, Efraín Morote, le concedía las armas para construir desde las aulas un proyecto comunista que habría de derivar en un terrorismo inclemente.

En 1987, Efraín Morote Best, con el senderismo en pleno fragor activando coches bomba, triciclos bomba y niños bomba; con torres de alta tensión dinamitadas para dejar a oscuras a ciudades enteras; y mortales ataques a negocios de civiles indefensos o a desprevenidas comisarías de barrio; fue entrevistado y declaró: «Pocas veces el Perú ha visto un hombre de la inteligencia y talla del doctor Guzmán. Junto con su elevado intelecto, era una persona sencilla, llena de virtudes, de ideas sólidas y convencida de los cambios revolucionarios que le deparaban al Perú, una personalidad como ninguna otra, digna de aprecio»[55]. Estos elogios de Morote a Guzmán fueron vertidos el 12 de julio de 1987 y en lo que iba de aquel año Sendero Luminoso había cometido 1254 atentados[56] y estaba vigente, desde «el 8 de febrero de 1986 el toque de queda más largo de la historia de nuestro país (se prolongó hasta el 28 de julio de 1987). La vida nocturna en Lima simplemente desapareció, la noche comenzó a ser sinónimo de peligro. Durante los diecisiete meses de toque de queda las estadísticas registraron cuarenta y un muertos. Quienes más sufrieron fueron los civiles; los terroristas simplemente acomodaron sus atentados a los nuevos horarios»[57].

Cuatro años después, en 1991, Efraín Morote Best falleció en su cómoda casa de la calle Los Eucaliptos 586 en Chaclacayo; su hijo, Osmán, segundo en la jerarquía senderista, había sido capturado el 11 de junio de 1988; su nieta, Elena Morote Durand,

55 Entrevista publicada en el diario *Cambio*, 12 de julio de 1987.

56 Desco, *Violencia Política en el Perú 1980-1988*, Tomo I, Septiembre de 1989. Cuadro atentados registrados por mes 1987: enero245, febrero 228, marzo 202, abril 173, mayo 273 y junio 133, pág. 24.

57 Ana Núñez: diario *La República*, 17 de agosto de 2003.

estudiante de la Universidad de la Cantuta, había caído en manos de la policía cargando explosivos el 5 de abril de 1991; y su amigo «el doctor Guzmán de elevado intelecto» preparaba el cruento asalto de Lima que ocurriría un año después.

Cuando Abimael Guzmán se incorporó a la universidad San Cristóbal, su primera actividad no fue una de carácter docente. Tenía la libertad otorgada por el rector Efraín Morote Best para dedicarse al trabajo político y, al descubrir que el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) era la organización más activa y radical, se empeñó en acercarse a ellos dándoles apoyo desde su privilegio de catedrático cercano al rectorado. A la vez, se integró también al Comité Regional del Partido Comunista.

> Me reuní con el comité de dirección, entonces Ayacucho era una zonal; presenté mi credencial: militante del Comité Regional de Arequipa y miembro de la Comisión regional de organización, con las especificaciones y recomendaciones pertinentes. Fui incorporado. La reunión fue fructífera; analizada la situación internacional y nacional, como era usual, fui informado de cómo se encontraba el Comité y su trabajo.
>
> No había células, por tanto no existía la estructura partidaria básica; se reunían en asambleas amplias, de vez en cuando, especialmente cuando alguien venía de fuera, por lo general de Huanta y pueblos cercanos; la reunión se reducía a una exposición, más exactamente un discurso, seguido de otros, todos llenos de esperanzas, buenas intenciones y saludos (...). En síntesis, una dirección formal y esporádica sin célula alguna; no existía, pues, Partido organizado sino solo camaradas dispersos, si cabe el término. Esa era la realidad.[58]

58 Manuscrito de Abimael Guzmán.

Entonces Guzmán se dedicó a la tarea de construir una organización con estructura dirigencial y captación de militantes con un entusiasmo afiebrado porque lo que había anhelado en Arequipa se le empezaba a dar a manos llenas en Ayacucho: la ocupación política como tarea principal para poder cumplir, en los hechos, su utopía de implantar las ideas marxistas-leninistas-maoístas. De ese modo, ha contado el propio Guzmán, luego de ser incorporado a la dirección zonal asumió llevar a cabo la organización de la que carecía el Comité Regional del Partido Comunista. «Elaboramos un plan de trabajo con cronograma y dividimos la ciudad en zonas para que, en una próxima reunión, se presentaran listas de los considerados "comunistas" a fin de que el Comité evaluara a cada uno individualmente y determinar si merecían o no la militancia para proceder a organizar las células»[59]. Este es un rasgo que a lo largo de toda su actividad política, y luego terrorista, caracterizará a Guzmán, el comportamiento sectario para determinar quien «merece o no» la militancia, es decir, quién piensa como él y quién razona de modo distinto. Esa intolerancia e intransigencia a todo aquel que pudiese opinar de distinta manera se iría acrecentando con el tiempo. Quienes tuvieron trato con él recuerdan que en un inicio tildaba a los discrepantes como reaccionarios pero al volver de su viaje a China el término para descalificarlos cambió a revisionistas, de acuerdo con la jerga maoísta.

La tenacidad, la laboriosidad, el empeño constante para llegar a una meta suelen pertenecer a quienes se esfuerzan vitalmente en busca de un logro razonable o al fanático que pugna por llegar a su objetivo; la línea divisoria entre la razonable perseverancia o el apasionamiento desbocado se define por el resultado final

59 Manuscrito de Abimael Guzmán.

de los actos humanos. Con el transcurso de los años, cuando Abimael Guzmán terminó construyendo su delirante ejército, se supo recién que aquella persistencia suya en los arduos meses del año 1963, estaba motivada por el fuego interno que moviliza al fanático, pues, «en corto tiempo relativamente, se organizaron las células, normándose su composición y programando sus reuniones y modo de desenvolverlas. Sobre esta base se planificó y cumplió una sistemática campaña de formación ideológica política, pues la cuestión no era, ni es, la incorporación orgánica sino principalmente la ideológica, como bien sabe todo comunista. De esta manera el Comité Zonal de Ayacucho comenzó a marchar y la dirección a reunirse regularmente; mas la tarea recién empezaba y todo estaba por hacer. Pero toda casa comienza por los cimientos y así se inició»[60]. En apenas pocos meses Abimael Guzmán logró construir un partido allí donde, hasta antes de su llegada, apenas existía un puñado de simpatizantes dedicados a las charlas efímeras.

El joven catedrático apuntó también, y en simultáneo, a otra tarea:

> Poco después, y casi paralelamente, empezó similar trabajo con la Juventud acentuándose más e intensificándose la formación ideológica y política; a partir de una comisión de la cual se me encargó. El resultado fue bueno: la Juventud Comunista de Ayacucho quedó organizada en considerable número de círculos, con su correspondiente dirección. De esta manera la «correa de transmisión» comenzó a marchar con tareas específicas, trabajo planificado y cronogramada. Su desarrollo, naturalmente, fue más rápido; el terreno era fértil y el contingente creciente, y las perspectivas abiertas de trascendencia para el Partido. Y en ella

60 Manuscrito de Abimael Guzmán.

> iniciaron su forja muchos que devinieron valiosos camaradas en su posterior militancia partidaria.[61]

Fue tan eficiente el torbellino de las actividades sin pausa de Guzmán, que terminó logrando que la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga se convierta en la anfitriona del IX Congreso de Estudiantes del Perú celebrado en octubre de 1963. El Comité presidido por él tuvo a su cargo la tarea de alojamiento y alimentación de las decenas de visitantes, el definir e implementar toda la logística de locales, implementos de trabajo y seguridad. Para ello puso en acción «a toda la militancia, partidaria como juvenil, al Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y a la Federación local». A raíz de este congreso de estudiantes de izquierda venidos de distintas ciudades del país, asoma un dato histórico que revela la inmensa ineptitud de Fernando Belaunde Terry, un presidente que para un sector de peruanos, aficionados a las frases de cliché, es una especie de símbolo de la democracia, y, sin embargo, fue uno de los principales responsables, en sus dos gobiernos, del avance del terrorismo en el Perú. Guzmán al referirse al congreso estudiantil de 1963 escribe que:

> El Congreso se realizaba en medio de los inicios del gobierno de Belaunde, la agudización de las contradicciones entre el Ejecutivo y la oposición que controlaba el Parlamento. Asimismo en el creciente movimiento popular atizado por dos campañas electorales, las del 62 y 63, que habían ventilado hasta la saciedad la necesidad de reformas agraria, industrial, bancaria, educacional, gubernamental y de todo tipo sembrando ilusiones y esperanzas que pronto se estrellarían contra la realidad y la represión descargada, cuándo no, sobre las masas. Siendo lo medular de este movimiento el ascenso de la lucha campesina y las invasiones de

61 Manuscrito de Abimael Guzmán.

tierras, en la Sierra centro-sur principalmente, que desde julio del 63 remeció el país.[62]

En síntesis, buena parte del país estaba tan revuelto que apenas dos años después, el 9 de junio de 1965, irrumpió el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), un grupo guerrillero cuya actuación abarcó tres frentes: en el norte, el frente Manco Cápac, dirigido por Gonzalo Fernández Gasco; Pachacútec, en el sur, liderado por Rubén Tupayachi Solórzano; y Túpac Amaru, en el centro, guiado por Guillermo Lobatón. El preanuncio de esta guerrilla estaba a todas luces en lo que Abimael Guzmán señala: las invasiones de tierras por los campesinos que se rebelaron en la sierra centro y sur, episodios que también fueron el combustible propicio para ir generando las bases del que después sería el Partido Comunista Peruano-Sendero Luminoso. A pesar de estos datos de la realidad, Fernando Belaunde Terry, elegido presidente en 1963, nada hizo para, al menos, disponer una investigación sobre lo que acontecía en la universidad San Cristóbal. La evidencia era notoria: un congreso de estudiantes de filiación comunista no era, precisamente, un evento clandestino.

Poco antes del congreso de estudiantes, ocurrió un episodio que fue muy útil en el posicionamiento de Guzmán como dirigente: la expulsión del Cuerpo de Paz, una organización que el gobierno norteamericano lanzó al mundo en la gestión del presidente John F. Kennedy, en 1961, y cuya labor consistía en enviar ciudadanos americanos como voluntarios a más de setenta países, con el objetivo central de tener presencia americana para hacer frente al avance de posiciones de izquierda en el tercer mundo y, por esa razón, sus adversarios catalogaron al

62 Manuscrito de Abimael Guzmán.

movimiento como una organización «diseñada para fomentar el neocolonialismo». Un grupo de voluntarios yanquis se había instalado en Ayacucho y uno de sus integrantes protagonizó un incidente al que Guzmán supo sacarle gran provecho político:

> Este instrumento del imperialismo yanqui actuaba en Ayacucho, sus miembros comandados por Scott Palmer (quien años después se presentara como «senderólogo») enseñaban inglés en la Universidad. El hecho fue insolente y prepotente: una de las integrantes de ese Cuerpo cacheteó a una alumna en plena clase, ante los atónitos ojos de sus condiscípulos que repletaban el aula. La indignación estudiantil fue general, inmensa y totalmente justa; el repudio a esta infame humillación fue inmediato, rotundo y firme: expulsión del Cuerpo de Paz de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. El Comité Regional a través del FER dirigió esta lucha que, como una explosión, hizo hervir el antiimperialismo extendiéndose al pueblo que masivamente apoyó la lucha estudiantil. Se desarrolló una creciente jornada contra el imperialismo yanqui; la agitación, la propaganda, la movilización, los mítines, la huelga transformaron la vida universitaria y la ciudad toda fue remecida por la cabal, completamente justa y muy razonable protesta que rebasando los claustros convirtió las plazas, calles y principalmente los barrios de Ayacucho en tribunas de denuncia y campos de lucha antiyanqui. (...)
>
> Es obvio, la embajada yanqui era absolutamente contraria a la expulsión del Cuerpo de Paz alegando que este nunca había sido expulsado de ninguna parte, salir de Ayacucho implicaría, sostenían, comenzar a ser botado de todas partes; por ello ofrecían desde las más solemnes y públicas disculpas hasta la más grande «ayuda» a condición de seguir en la universidad. (...)
>
> La resuelta combatividad estudiantil y el decidido apoyo del pueblo alcanzaron la victoria: el Cuerpo de Paz fue expulsado de

> la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga; el Cuerpo de Paz instrumento del imperialismo yanqui y creación de John F. Kennedy fue por vez primera en el mundo arrojado de una institución en que había sentado sus reales. La noticia dio la vuelta al globo y, también, Radio Habana festejó el triunfo antiimperialista.[63]

De ese modo, el año 1963, fue para Guzmán un año exitoso. Estableció un nuevo Comité Regional del Partido Comunista, impulsó el trabajo político con los estudiantes dándole solidez al Frente Estudiantil Revolucionario, tuvo un papel central en la organización del IX Congreso Nacional de Estudiantes y fue un activista destacado en la expulsión del Cuerpo de Paz. El balance le permitió afincarse como un catedrático con influencia política con el añadido de un comportamiento reservado, sin estridencias que le permitía esquivar las inquinas usuales en el ámbito universitario. El año anterior había viajado a Arequipa a visitar a su familia para las fiestas de fin de año, pero aquel 1963, para la Navidad y el Año Nuevo, se quedó en Huamanga y no por motivos de trabajo, sino porque había conocido a una muchacha militante de la Juventud Comunista.

63 Manuscrito de Abimael Guzmán.

UNA BODA SIN DIOS

La única cosa que me precio de haber comprendido muy pronto, antes de cumplir los veinte años, es que no había que engendrar.

E. M. CIORAN

APENAS A UNA CUADRA DE LA PLAZA DE ARMAS de Huamanga y a media del local de la Universidad San Cristóbal, se encuentra la calle Tres Máscaras. En el número 312 hay una pequeña casa, discreta en su fachada, con una pequeña puerta de ingreso a un patio alrededor del cual se distribuyen las habitaciones. En abril de 1962, esa casa estaba alquilada a Carlos Rolando La Torre Córdova que hacía pocos meses se había establecido en Huamanga con su esposa y sus cuatro hijos: Carlos, Boris Augusta y Gisela. Su familia materna era propietaria de la hacienda Iribamba cuyas trescientas hectáreas se extendían en el valle de Luricocha, cercano a la ciudad de Huanta pero él no se dedicaba al agro, pues, esa tarea estaba a cargo de su hermano Luis, odontólogo graduado en Alemania que, a su retorno, dejó de lado la profesión para administrar la hacienda. Alejado de las laboriosas tareas del campo por voluntad propia, Carlos La Torre trabajaba en la sucursal del Banco Popular en Huanta —una cálida ciudad situada a cincuenta kilómetros de Huamanga— y se había mudado a raíz de un confuso episodio en el cual resultó acusado de un desfalco en su lugar de trabajo; ya en Huamanga obtuvo una plaza en la oficina del Seguro Social.

Siendo hijo de hacendados tenía la curiosa peculiaridad de ser un comunista seguidor de las ideas de Vladimir Illich Ulianov, camarada Lenin[64], utilizaba el apelativo de camarada Espartaco y había sido iniciado en el marxismo por un tío suyo, Adrián Córdova, que padecía de insomnio y acompañaba sus horas de desvelo descifrando las arduas páginas de *El Capital* de Carlos Marx.

Cuando se implantó la reforma agraria la hacienda Iribamba fue expropiada en 1976 y, en marzo del año 2012, cuando en el país ya habían ocurrido los terribles sucesos que él llamaría «revolucionarios y de justicia social», su familia participó, desde el agradable refugio en la ciudad de Estocolmo, Suecia, en la demanda ante la Corte Suprema de Justicia del «Estado burgués peruano» logrando una sentencia que les restituía la hacienda cuyas tierras Carlos La Torre no había cultivado nunca ni visitado desde hacía treinta y seis años. La protesta de los campesinos —que habían soportado el asedio del terrorismo y, después, a punta de sacrificios, habían logrado que la tierra produjera cultivos de paltos, tunas, maíz y cítricos— logró desactivar un acto que carecía de fundamento, sobre todo porque favorecía a alguien que apoyaba a Sendero Luminoso a pesar de que una de las consignas centrales del senderismo era dar «muerte a los gamonales y latifundistas». A fin y al cabo, La Torre, como tantos en Perú, ejercía esa contradicción tan presente en la política peruana, la de quienes intentan hacer convivir al «revolucionario» y al «capitalista» según la coyuntura favorable a sus intereses. Pero en 1962, Carlos La Torre Córdova era apenas un vecino de la ciudad de Huamanga y aún no había

64 Ideólogo que dirigió la Revolución de Octubre y fundó el régimen comunista en la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La URSS fue un estado federal conformado por diecinueve repúblicas que se disolvió en 1991 dando lugar a diecinueve países: Rusia, Azerbayan, Estonia, Ucrania, Kazajistán, Turkemistán, entre otros.

conocido al individuo que cambiaría por completo el destino de una de sus hijas.

Una joven alumna de la facultad de Educación se destacaba por sus intervenciones radicales en las reuniones de la Fracción Roja, una célula creada por Abimael Guzmán para impartir «ideas claras de que el Partido existe para tomar el Poder y debe basarse en la teoría marxista y con el trabajo campesino como principal aliado»[65]. Se llamaba Augusta Deyanira La Torre Carrasco. Un año antes, en 1962, al culminar su educación escolar bajo la tutela de las monjas del colegio privado María Auxiliadora en Huanta, había ingresado a la Escuela Normal de Mujeres para seguir la misma carrera que su madre Delia Carrasco Galdo: profesora de educación primaria. Sin embargo, insatisfecha con la educación formal del centro de estudios al que postuló por mandato familiar, decidió desertar para ingresar a la Universidad Nacional San Cristóbal atraída por la efervescencia política que se vivía.

Había nacido en la ciudad de Huanta el 29 de agosto de 1945 y a los dieciocho años de edad ya tenía una definida opción política hacia el comunismo, pues había crecido escuchando a su padre, Carlos La Torre, declamar las lecciones de Lenin y el avance de la revolución rusa. El periodista ayacuchano Carlos Valdez Medina —uno de los pocos que realmente siguió el proceso del senderismo, al principio como estudiante de la universidad San Cristóbal y, luego, como corresponsal de guerra cuando estalló el conflicto— conoció a Augusta en los claustros universitarios cuando Valdez, en 1964, fue propuesto para

65 «Homenaje a la memoria de la camarada Norah», Miembros del Buró Político del Partido Comunista del Perú en http://www.bandera-roja.com/norah.html

integrarse al Frente Revolucionario Estudiantil en su calidad de Presidente del Centro de Estudiantes de Educación Primaria. «Cuando me incorporé —relata Valdez— Augusta, a la que ya conocía porque era amigo de su hermano y de su tío Virgilio, me dijo "me da gusto que estés con nosotros y no olvides nunca que la universidad es para los hijos de los pobres" y esa es una de las razones de la ascendencia que llegó a tener en la gente porque siendo hija de un hogar de la pequeña burguesía se preocupaba por los pobres; también lograba ganar simpatías porque era una mujer bonita, pero sencilla en su vestir y en su manera de ser, pero no hay que imaginarse a una chica dulce, al contrario, era frontal, tajante y muy directa»[66].

En efecto, a pesar de su juventud, su carácter era férreo en sus determinaciones sin importarle la consecuencia de sus actos, para algunos podía parecer silenciosa, pero, en realidad, era observadora además de astuta y sus actitudes montaraces procedían de su crianza en el campo acentuadas por una personalidad audaz marcada por la ausencia de temores. Terca y autosuficiente se sentía capaz de enfrentar cualquier reto que le impusieran y no le interesaba observar las reglas sociales ni preocuparse por los comentarios de los demás. Lo sorprendente es que su apariencia no mostraba para nada su arisca rebeldía ni los ribetes severos de su carácter: bonita, de ojos pardos, una nariz bien delineada y una sonrisa de muchacha dulce en un cuerpo delgado y bien proporcionado.[67]

Su desapego a las convenciones sociales y a la opinión de los demás abrió la puerta a una relación de pareja con el profesor

66 Entrevista con el autor en la ciudad de Huamanga, 3 de agosto de 2017.

67 Las referencias sobre la personalidad de Augusta La Torre han sido proporcionadas por tres compañeras suyas en la facultad de Educación. Dos de ellas continúan viviendo en Ayacucho; otra reside en Lima y, a pesar del tiempo transcurrido, prefieren mantenerse en el anonimato.

Guzmán, en una época y en una ciudad tradicional en la cual la diferencia de edad y, sobre todo, la circunstancia de ser su alumna, eran materia de reparo social. Lo que le importaba a ella es que estaba subyugada por el sugerente discurso político de un hombre que, además, conducía las tareas en las que la muchacha participaba con entusiasmo: la construcción del Comité Regional en contacto con las barriadas y el campo, la reorganización del Frente Estudiantil Revolucionario y el rol que le otorgaba al trabajo femenino, una característica que, a futuro, sería un rasgo distintivo de Sendero Luminoso: la participación de las mujeres en la dirección y en las acciones donde demostraron una decisión terrorífica a la hora de los ataques, emboscadas y ajusticiamientos.

Fue Augusta quien vinculó a Abimael con su padre Carlos La Torre. La casa de la joven estudiante quedaba apenas a media cuadra de la universidad y ella llevó al catedrático al hogar paterno con el pretexto del encuentro de dos comunistas, sin revelar, en un principio, la relación amorosa que había surgido entre ambos. La familiaridad que afloró entre los dos hombres solo pudo ser posible por la atracción de Guzmán hacia la hija de La Torre porque su futuro suegro, al ser un partidario de la revolución soviética, era, para los cánones del catedrático, un despreciable «revisionista», es decir, alguien que tenía el desatino de no seguir las enseñanzas del Partido Comunista Chino y su líder Mao Tse-tung. En ese entonces, Guzmán ya tenía, y siguió teniendo a lo largo de su vida, una indómita intolerancia hacia los «revisionistas» a los que combatió siempre con encono, pero ante el padre de la jovencita que lo había seducido aplacó su desprecio político y personal y se convirtió en asiduo concurrente a la casa de la calle Tres Máscaras; ya se sabe que las mujeres tienen el poder de derrotar principios, convicciones y hasta posiciones revolucionarias.

Guzmán fue ganando la confianza de la familia y logró el consentimiento para convertir a Augusta en su esposa. Fue un noviazgo breve, de apenas unos meses, y un lunes 3 de febrero de 1964, Augusta La Torre Carrasco de diecinueve años y Abimael Guzmán Reinoso de treinta y uno contrajeron matrimonio civil. Ese día, además de la boda, se definió el destino de toda la familia: Augusta, con el apelativo de camarada Norah, se habría de convertir en fundadora y cabecilla de la organización terrorista Sendero Luminoso. Los padres, partidarios de las actividades de la hija y del yerno, les dieron protección hasta el momento en que abandonaron Ayacucho para siempre, el año 1982, con el estatus de refugiados políticos concedido por el gobierno de Suecia.

¿Por qué accedieron al matrimonio los padres de Augusta? El periodista Carlos Valdez tiene una válida explicación.

> En la ciudad los personajes con prestigio social eran el abogado, el cura, el militar pero cuando se reabre la universidad, el catedrático se convierte en un personaje de gran prestigio e influencia por su intelecto y por el buen sueldo. Para la familia era sumar a alguien que les daba lustre y, además, seguridad para la hija. No hay que olvidar que, en ese tiempo, la mayoría de edad se adquiría a los veintiún años, entonces, los padres tenían que estar de acuerdo para dar su consentimiento y ella tenía diecinueve años. Además, hay un punto muy importante. No hay que olvidar que Augusta ya era comunista, entonces, para ella Abimael era el marido ideal: un catedrático arequipeño que hablaba de filosofía y de marxismo, que era autoridad en la universidad y estaba metido en las mismas actividades de militancia que ella. Y algo más, y quizá es lo principal: cuando a Augusta algo se le metía a la cabeza no había forma de convencerla de lo contrario.[68]

68 Entrevista antes citada.

En cuanto a la ceremonia matrimonial existe un testigo privilegiado. Se llama Walter Alejos Calderón, un ingeniero químico hoy de setenta años, graduado en la Universidad San Cristóbal y que en sus años mozos fue director y primera guitarra del grupo de rock Telstar's y más tarde congresista de la República electo el 2001 en representación de Ayacucho. El día del matrimonio de Abimael y Augusta era un jovencito de diecisiete años a quien su padre Baldomero Alejos —el legendario fotógrafo ayacuchano que, al igual que el cusqueño Martín Chambi, ha dejado un amplio archivo como testimonio visual que abarca gran parte del siglo XX[69]— le encargó una tarea que, en el año 2015, habría de relatar como un testimonio escrito bajo el título «Testigo circunstancial de una boda».

> Eran las 11 a.m. del día 3 de febrero de 1964. Walter, alístate, tienes que ir a tomar fotos del matrimonio de un profesor universitario, será una ceremonia civil muy reservada en la casa de la novia. Mi padre Baldomero me comprometió de esta manera a cumplir con el trabajo que le habían solicitado. (...) Ya había aprendido trabajando, a su lado, no solo a imprimir fotografías, revelar rollos sino también a tomar fotos con su cámara portátil marca Voigtländer, de fabricación alemana. (...) ingresé a la sala de estar de la casona, donde ya estaban algunas personas a quienes yo conocía de vista, entre ellas, el profesor universitario Abimael Guzmán y la señorita Augusta La Torre, una mujer muy joven y agraciada, provista de una sonrisa muy dulce y amigable, quizá no tenía más de 18 años a diferencia del novio que sí era una persona mayor; robusto, de estatura mediana, rostro cuadrado que hacía juego con sus lentes cuadrados y cabello ondeado y bien peinado con gomina.

69 Existe un libro que recoge parte de su obra. Ver Baldomero Alejos, *Ayacucho 1924-1976*. ICPNA, Lima, 2001 (dirección de la fotógrafa Mayu Mohana).

Estaban los padres de la novia, el señor Carlos Rolando La Torre Córdova y su madre doña Delia Carrasco Galdo y dos personas más que eran los testigos, probablemente familiares cercanos a la familia La Torre, la señora Delia Cabrera Rocha y Hugo Cabrera Rocha. Aún no había llegado el representante del alcalde de la ciudad. Esperamos unos minutos hasta que finalmente hizo su entrada el archiconocido señor Ildauro Amorín, datario del municipio, que los ayacuchanos conocían con el nombre de «cura sin sotana», porque era el encargado oficial de casar a casi todos los ayacuchanos. Minutos después de acomodar sus cosas, el señor Amorín empezó la ceremonia que contó con toda mi destreza para plasmar en la celulosa blanco y negro las mejores fotografías, considerando que solo tenía dos rollos de 8 fotos y 8 lámparas, se dieron el sí, intercambiaron aros y firmaron el libro de matrimonio de los registros públicos del municipio y al final el señor Amorín les invitó a que se dieran un beso. Logré tomar las 8 fotos. (...)

Como era norma en el estudio de mi padre, los negativos tamaño 120 y de formato 6 x 9 cm. se quedaron en el archivo fotográfico. Y allí permanecieron por muchos años. Sin embargo, cuando se desató la violencia socio política en el año 1980, con Abimael Guzmán y Augusta como los principales líderes de Sendero Luminoso [había] allanamientos de domicilios [y] decidí, tal vez apresuradamente, destruir dichos negativos.[70]

Sin embargo, aquellas fotografías no se destruyeron para siempre; volvieron a aparecer cuarenta y ocho años después del día en que fueron tomadas. En el mes de enero de 2012, Walter Alejos recibió la visita de una ciudadana sueca llamada Josefin Augusta Ekermann La Torre. Era la sobrina de Augusta y sus abuelos,

70 El texto consignado es una versión abreviada. El texto íntegro se encuentra en Walter Alejos Calderón, *Casualidad o propósito, de rockero a congresista*, edición del autor, Lima, 2015 (ver capítulo V «Testigo circunstancial de una boda»), págs. 61-66.

Carlos La Torre Córdova y Delia Carrasco Galdo, refugiados políticos con residencia en la ciudad de Estocolmo, se las habían entregado para la grabación del documental *Tempestad en los Andes* dirigido por Mikael Wiström y basado en la historia de Josefin Augusta. Alejos pudo tener entonces una copia de sus fotografías para poder probar la historia que contaba y nadie le creía: «Yo fui el fotógrafo de la boda de Augusta y Abimael».

Los recién casados, al día siguiente, incurrieron en una costumbre burguesa: se fueron de luna de miel. A bordo de un bus visitaron Cusco, Puno y Arequipa. Guzmán guarda en su memoria el recuerdo de ese viaje y en un texto biográfico lo relata con un estilo rebuscado y con atisbos de sentimiento.

> Ayacucho tarde de abril, corredor de casona antigua, patio empedrado y aire de jazmín; falda azul, blusa beige y la hermosa mujer emergiendo de ti, niña aún caminando a los diecisiete. Y se abrió nuestra vida juntos, amor y lucha, lucha creciente y más amor hondo, sólido, fértil. Y maduró tu militancia: bregar con estudiantes y campesinos; redactar, imprimir, difundir Bandera Roja; y sobre todo impulsar la Fracción, construir el Partido y combatir el revisionismo hasta barrerlo. Ya eras antirrevisionista. Y nos unimos totalmente y para siempre. Te desposé: corrían los días iniciales de febrero del sesenta y cuatro; y Cuzco en la piedra hecha historia de Machupicchu, Puno en la tersura azul del lago y la altiplanicie ahíta de manos empeñosas y Arequipa verde, mestiza y fuerte, sobre el embravecido oleaje campesino que remecía la sierra y más el sur, fueron testigos de nuestra luna de miel e inicio de intenso batallar.[71]

Al pasar el tiempo, la visión que Augusta y Abimael tenían sobre la ceremonia matrimonial se iría modificando conforme avanzaba su fanatismo a tal punto que, a pesar de haberse unido bajo el ritual

71 Abimael Guzmán, «In memoriam Norah», texto escrito en el Penal Militar Naval Base Callao, 3 de noviembre de 1995.

de las leyes occidentales, impusieron a los campesinos un protocolo delirante creado por la pareja. Se llamaba «Procedimiento para la celebración de matrimonios ante el Partido o ante el Nuevo Estado». El encargado del matrimonio, un jefe senderista, debía iniciar la ceremonia utilizando una pauta en cuyo inicio decía: «Los aquí presentes estamos reunidos para celebrar la ceremonia de matrimonio ante el Partido». Y, a continuación, leía una larga cita tomada del libro *Escritos Económicos* de Karl Marx y Friedrich Engels, publicado en Alemania en 1884. Una parte de esa cita dice: «Marx nos enseñó: la relación entre un hombre y una mujer es la más directa y estrictamente humana, constituye una relación social. Cuando quienes contraen esa relación son comunistas (o revolucionarios) esa unión debe coadyuvar a la brega que ambos realizan por el Comunismo (o por la revolución)». A continuación el que hacía las veces de autoridad leía: «Hoy, que vivimos el III Momento de la sociedad peruana contemporánea y que nuestro pueblo se levanta en armas bajo la dirección del PCP para transformar la sociedad a través de la Guerra Popular del campo a la ciudad, los camaradas (o compañeros) .... han decidido contraer matrimonio para que su unión sirva al desarrollo de nuestra revolución. En nombre del PCP (o Nuevo Estado) que representa la nueva sociedad, y ante los testigos cc .... los declaro marido y mujer para que se apoyen, ayuden y asistan y así sirvan más y mejor a la revolución»[72].

Los novios obligados al nuevo ritual se sentían confundidos o molestos porque un acto trascendental en sus vidas regido por costumbres transmitidas de generación en generación era

72 Publicado por la revista Sol Rojo bajo el título Acta de celebración de matrimonio, Comité Central Partido Comunista del Perú. http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_actadec.htm

suplantado por un desvarío en el cual aparecían un tal Marx y un tal Engels inmiscuyéndose en sus ancestrales costumbres andinas. En tal sentido, el historiador Ponciano del Pino es certero al señalar que uno de los grandes errores de Guzmán consistió en que «Los valores clasistas y revolucionarios se impusieron a los valores afectivos, a las relaciones familiares tradicionales y a la vida cotidiana. Es decir, Sendero Luminoso dejó de responder a las necesidades básicas y sentidas de la población. (...) buscó imponerse arrasando a las autoridades tradicionales. El partido fue incapaz de percibir el grado de legitimidad que tenían estas autoridades en la población, en su organización social jerarquizada y ritualizada»[73].

Al retorno de su viaje nupcial, Abimael y Augusta pasaron una temporada en la casa de los suegros y, cuando se mudaron, no dejaron de asistir a la casa familiar para tomar sus alimentos porque Augusta nunca ejerció el rol de ama de casa aunque sí manifestó su deseo de ser madre, situación que la enfrentó a un diagnóstico que habría de influir de manera determinante en su vida. Ante la ausencia de menstruación la pareja acudió a más de un especialista y cada uno de los ginecólogos coincidió en señalar que Augusta tenía ovarios infantiles una condición genética que impide que los ovarios se desarrollen permaneciendo como los de una niña, es decir, sin producción de óvulos y, por tanto, haciendo imposible un embarazo.

Cuando recibió la noticia, Augusta La Torre había cumplido veinte años y tomó una decisión drástica: anunció, sin admitir réplicas, que si no podía tener un niño no había razón

73 Ponciano del Pino, «Familia, cultura y "revolución". Vida cotidiana en Sendero Luminoso», ensayo publicado en *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*, IEP, Lima, 1999, págs. 163,165. Cabe anotar que los escritos de Del Pino sobre la materia constituyen un magnífico material por su seriedad, rigurosidad y su conocimiento de la idiosincrasia andina.

entonces para educar a otros en las aulas infantiles. Abandonó sus estudios de maestra y se volcó exclusivamente al trabajo político tarea que la llevaría a fundar, junto a su marido, el que llegaría a ser el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso. Su carácter siguió asentando sus ribetes inclementes hasta llegar al convencimiento de que la violencia era la única arma política eficaz y, así, las tareas que terminaría desarrollando fueron tan influyentes que, sin ella, Guzmán no habría podido convertirse en un mito para sus seguidores y tampoco habría sido capaz de dar inicio a su sangrienta «lucha armada».

Los padres de Augusta La Torre, además de aceptar su decisión, optaron por colaborar con el proyecto político. Y así, por ejemplo, la hacienda familiar, Iribamba, se convirtió en un excelente lugar para organizar y entrenar a los cuadros que iban formando. En esos años, el triunfo de los guerrilleros de Fidel Castro y el Che Guevara en Cuba, generó enorme influencia en Latinoamérica porque el enorme mensaje que trajo la revolución cubana fue este: no era una utopía tomar el poder, lo había logrado la pequeña milicia castrista utilizando la guerra de guerrillas. Entonces, aparecieron los emuladores. En Perú, en 1962, en la ciudad de Jauja, un muchacho llamado Francisco Vallejo, de apenas veintitrés años, subteniente de la Guardia Republicana, encandilado por la proeza cubana decidió levantarse en armas con un pelotón de quince efectivos con los cuales custodiaba la cárcel jaujina, el apoyo del dirigente campesino, Humberto Mayta, un sindicalista limeño, Jacinto Rentería, y doce escolares secundarios. Su objetivo era sumar campesinos y convertirse en un foco guerrillero que encendería a otros dispuestos a la aventura en la región. Era la tesis cubana del «foquismo». El 29 de mayo de 1962, abrieron las puertas de la cárcel, atacaron dos comisarías y asaltaron un banco. La

aventura fue un fracaso. Fueron cercados por un destacamento policial; el subteniente Vallejo y el campesino Mayta resultaron muertos y de esta historia apenas quedó el material que le sirvió a Mario Vargas Llosa para escribir su novela *Historia de Mayta*.

Al año siguiente, fue el turno de Hugo Blanco, histórico dirigente trotskista, importante líder de los campesinos de Chaupimayo, Cusco, quien encabezó una enorme asonada para la recuperación de tierras en los valles de La Convención y Lares. El ejército sofocó su movimiento y Blanco terminó recluido en el penal de la isla de El Frontón. Finalmente, el 9 de junio de 1965, irrumpió el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) al mando de Luis de la Puente Uceda, que estuvo en acción durante varios meses hasta ser aniquilado a inicios de 1966 por fuerzas combinadas del ejército y la unidad antiterrorista policial Los Sinchis.

Guzmán consideró las experiencias guerrilleras como un error porque la tesis del «foquismo» era, para él, inútil por un error de base: no se puede insurgir sin un amplio «apoyo de las masas». Entonces, Abimael y su mujer Augusta, sin proyecto de familia, se dedicaron con esmero, con ahínco, cada día y a toda hora, a edificar un partido. Lo habrían de lograr extraviando las ilusiones de estudiantes y campesinos.

CONVERTIRÉ EN FUEGO TU ESPERANZA

El nuestro es el país de los buenos vasallos siempre fieles,
siempre traicionados, que nunca encuentran buen señor.
ARTURO PÉREZ-REVERTE

Ningún acto humano proviene de la casualidad, incluso aquellos que parecen espontáneos tienen un motivo, una raíz, una causa. Con mayor razón los cambios que experimenta una sociedad o los movimientos que nacen en ella tienen siempre antecedentes que los motivan, episodios que se van acumulando uno tras otro hasta terminar produciendo una revolución o una insurgencia o movimientos diversos o modificaciones en las costumbres, en fin, cualquiera sea la expresión que se manifieste siempre existe un motivo que la origina. En tal sentido, el movimiento terrorista Sendero Luminoso no brotó por generación espontánea y menos por obra de un solo hombre. Fue posible por la existencia de un antiguo malestar que concluyó en una ruptura social. Hubo un contexto que le permitió a Abimael Guzmán forjar, durante extensos dieciocho años (1962-1980), un partido y un aparato militar. Tampoco fue obra del azar que Ayacucho haya sido el territorio en que se incubó y en el cual insurgió su organización terrorista.

Hasta finales de la década del 50, los campesinos en el Ande eran considerados una especie inferior a la del ser humano. No es una metáfora: eran, en el sentido pleno de la palabra, siervos, es decir, esclavos de un señor y, como si la Edad Media se

hubiese detenido en las serranías peruanas, eran seres sometidos a la voluntad de férreos gamonales y obligados a trabajar para ellos generación tras generación. Despojados de las tierras que les habían pertenecido desde sus ancestros, obligados a cultivar los campos en arduas jornadas a cambio de mendrugos que acentuaban su pobreza, sobrevivían bajo una rigurosa dependencia sin esperanza alguna de alcanzar un estatus con dignidad y derechos. A ellos no les alcanzaban los privilegios de la educación, de la vestimenta adecuada o la alimentación nutritiva, ni siquiera tenían la opción del idioma castellano; su destino estaba sellado porque sus vidas estaban confinadas a una larga servidumbre y, además, del yugo ejercido por los terratenientes, debían soportar la ofensa de la discriminación racial que, todavía pervive con el uso del término «serrano» en sentido despectivo.

En aquel Perú andino con costumbres feudales, había tres departamentos con los índices mayores de pobreza y explotación: Ayacucho, Apurímac y Huancavelica. Eran épocas oscuras en estas regiones y en 1972, cuando el Banco Central de Reserva elaboró un Mapa de la Pobreza del Perú, reveló que «entre las diez provincias más pobres del país, figuraban tres de Apurímac, una de Huancavelica y dos de Ayacucho: Cangallo en el segundo lugar y Víctor Fajardo en el séptimo, precisamente las provincias donde en 1980 se inició la acción armada de Sendero Luminoso»[74].

El escenario de terratenientes y siervos, de gamonales y vasallos empezó a resquebrajarse al despuntar la década de los años sesenta, una década prodigiosa porque en vastos sectores del planeta, a través de distintos movimientos, expresiones y rupturas, ocurrieron cambios sustanciales, para bien y para mal, en el

74 Carlos Iván Degregori, *El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979*. op cit., pág. 20.

quehacer humano. En el Perú «por esos mismos años y de manera desigual, la situación de los indios comenzaba a cambiar, tanto en Ayacucho como en el resto del país. El avance del mercado, los medios de comunicación y las migraciones favorecieron procesos de organización campesina. Entre 1958 y 1964 una oleada de tomas de tierra remeció los Andes peruanos. En Ayacucho el movimiento fue débil, pero el resquebrajamiento de la vieja estructura señorial se iba haciendo cada vez más evidente. (...) "Indio" comenzaba a dejar de ser sinónimo de siervo»[75].

En este punto sería de una simpleza inadmisible llegar a la conclusión de que, al quebrarse la opresión del terrateniente, la masa de campesinos pobres encendió el fanatismo ejercido por Sendero Luminoso. La pobreza no siempre es sinónimo de violencia como tampoco la esencia del campesino es la de un ser violento. Hubo algo más que hizo posible encender el fuego senderista. Los hijos de esos siervos aspiraban a la educación porque sus padres habían percibido que los patrones «sabían», eran «doctores» y «entendían los libros». La educación era, para ellos, un símbolo de libertad porque quienes los habían oprimido eran «señores con formación». Una encuesta realizada por Julio Cotler a 499 campesinos de seis comunidades y una hacienda en el Cusco, mostraba que el 76 % «consideraba que si los indios tuvieran la misma educación que los mestizos, estarían en igualdad de condiciones para desempeñar cualquier ocupación; y el 91 % declaraba que por medio de la educación un hombre puede llegar a ser lo que quiere»[76].

Esa apuesta por la educación se refleja en la siguiente historia. Como es sabido, el ejercicio de la propiedad de vastas

75 Ibídem, pág. 23.

76 Ibídem, pág. 24.

extensiones de tierra y la explotación del campesinado, no correspondió únicamente a los gamonales —esos señores feudales que reinaron en el campo—, también ejerció ese poder la Iglesia Católica. En la zona de Cangallo (futura región ocupada por el senderismo), las monjas de la Orden de las Franciscanas Clarisas de Santa Clara —cuyo convento principal se asentaba en Huamanga— eran dueñas de la Hacienda Pomacocha desde el antiquísimo año de 1624 y sus sembríos eran sostenidos por 1162 familias de siervos. Allí, hacia el año 1950, «los campesinos fundaron una escuela y contrataron una maestra. Cada colono aportó con un sol mensual para pagar a la profesora» y en 1964, cuando esas tierras pasaron a su control, una de las primeras acciones de la comunidad fue movilizarse «rápidamente para construir una escuela de cinco aulas en una semana, gracias al trabajo gratuito y voluntario de los comuneros»[77].

Esta ilusión de apostar por la educación como elemento redentor capaz de sacarlos de la pobreza se hizo muy notoria a partir de 1960. Al respecto, el académico Richard Web alcanza un dato asombroso: «el crecimiento de la población juvenil (dieciocho a veinticinco años) que cursa estudios secundarios o superiores resulta impresionante, pues entre 1960 y 1980 pasa del 19 % al 76 %»[78]. En este contexto hay que ubicar a la Universidad San cristobal que, en el año 1959, después de estar cerrada setenta y tres años, abrió no solo sus aulas sino la esperanza de un porvenir. Por esa razón para Ayacucho, sus ciudades

77 Antonio Díaz Martínez, *Ayacucho, hambre y esperanza*. Ayacucho: Ediciones Waman Puma, 1969, págs. 157 y 159. Las monjas de Santa Clara ejercían el pongaje hasta finales de la década de los años sesenta. El sistema consistía en que los pongos, campesinos que vivían en la hacienda a cambio de sembrar una pequeña porción de tierra para su sobrevivencia, debían ir hasta el convento distante 80 kilómetros a servir por turnos y gratuitamente a las monjas. Este sistema fue anulado por el Síndico de Rentas de la congregación, el abogado Humberto Jara Cisneros.

78 Carlos Iván Degregori,*El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979.* op cit., págs. 26-41.

cercanas y sus departamentos vecinos «la punta de lanza de la modernidad no fue un ente económico, alguna empresa agroindustrial o minera como en otras regiones, sino una institución que en sentido estricto pertenecería a la "superestructura" cultural: la Universidad de San Cristóbal de Huamanga»[79].

Además, tal como fue concebida, no era una universidad más sino un centro académico moderno, pues utilizó el sistema de créditos y ciclos de estudios semestrales diez años antes de que se implantaran en el resto del país; los exámenes de admisión se realizaban con pruebas de aptitud académica en lugar de las tradicionales pruebas de conocimientos; y, con apoyo de Suiza y Dinamarca, se orientó a generar profesionales para la región: ingenieros agrónomos y rurales que practicaban en fundos experimentales como el magnífico predio de Allpachaca cuyas instalaciones, el 3 de agosto de 1982, serían incendiadas, sus maquinarias destruidas y muerto el ganado vacuno de raza por la demencia desbordada de Sendero Luminoso.

A partir de su reapertura en 1959, el crecimiento de la masa estudiantil fue impresionante. Los 228 alumnos del inicio se quintuplicaron para 1966 y, después, con un promedio de 1000 nuevos alumnos por año alcanzó, en 1977, los 7610 estudiantes. «En apenas dieciocho años su población había crecido en un 3.338 %, mientras que en un período muy similar (1960-1977) la población universitaria de todo el país creció "solo" en 654,1 %»[80]. Si, además, se añade a los estudiantes secundarios se podrá percibir una situación inusual: la suma de estudiantes universitarios y secundarios —los objetivos de Abimael Guzmán— constituía la cuarta parte de la población total de

79 Ibídem, pág. 29.

80 Ibídem, pág. 36.

la ciudad de Huamanga el año 1972[81] y, además, el 38 % de la población de la ciudad vivía en los Pueblos Jóvenes con una tasa alta de habitantes menores de veinticinco años.

Finalmente, ocurrió un fenómeno impuesto por la realidad. Si bien la reapertura de la universidad fue promovida por «los señores hacendados, la gente con poder económico, así como por las capas medias regionales (...) estos sectores pensaron que los universitarios, especialmente los catedráticos, venían a reforzar el contingente "decente" de la ciudad. Si a fines del siglo XIX y principios del siglo XX llegaron comerciantes italianos, árabes, judíos, chinos y japoneses, que se integraron mal que bien a los viejos estratos señoriales, esta vez llegaban los doctores, cargados de prestigio intelectual»[82], sin embargo, en los hechos, la situación fue distinta porque ocurrieron dos acontecimientos: el arribo de un rector que convocó un contingente de profesores marxistas y el desborde popular de los hijos de los campesinos, y de los muchachos de clases pobres de la región, que terminaron copando el escenario a la conquista de la educación.

Fue en este complejo escenario que se acaba de describir —invasiones de tierras, latifundistas en retirada o resignando extensiones importantes, campesinos exigiendo reforma agraria y una generación de jóvenes antes excluidos y esta vez dispuestos a lograr un lugar en el mundo— que Abimael Guzmán percibió que podía operar para llevar adelante su obsesión de implantar el comunismo. Tuvo para sí jóvenes universitarios y adolescentes escolares necesitados de acceso a la educación y con ansia de «justicia social». Eran edades propicias para inculcar una ideología que se basa en generar emociones y en un arma que en ese

81 Norman Gall, *La reforma educativa peruana*, Mosca Azul, Lima, 1976, pág. 45.

82 Carlos Iván Degregori, *El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979*, op. cit., págs. 31, 32.

tiempo se denominaba «lavar el cerebro», es decir, transmitir no razones ni elementos críticos, sino razonamientos emocionales junto a ideas tajantes, indiscutibles, dogmáticas que son la esencia de todo fanatismo.

Como si el destino hubiese actuado a favor de Guzmán, coincidió también un factor externo que trajo sobre Latinoamérica la idea de que «el sueño revolucionario» era posible: la triunfante revolución cubana. En 1962, el año en que Abimael inicia sus actividades en Ayacucho, ya el líder cubano Fidel Castro estaba encumbrado como gobernante de su país; ya esa pequeña isla había ocasionado la llamada Crisis de los Misiles que puso al planeta al borde del cataclismo por el enfrentamientos entre las dos naciones más poderosas del mundo, los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; y, sobre todo, estaba explícito un terrible mensaje: la victoriosa guerrilla cubana había mostrado al mundo entero que 148 barbudos con armas sin mayor sofisticación habían podido tomar el poder. La revolución, entonces, era posible. No se necesitaba un ejército profesional ni complejos pertrechos.

Abimael Guzmán, como lo van a demostrar las acciones que empezó a llevar a cabo, tuvo, desde su perspectiva, un análisis inteligente y perverso: estaba en una región en la que la mayoría de sus habitantes tenía como único patrimonio la pobreza; sus jóvenes empezaban, por fin, a vislumbrar lo que sus padres, abuelos y los abuelos de sus abuelos no habían logrado: terminar con una servidumbre que había durado siglos. «La trascendencia adquirida por Sendero Luminoso en la región de Ayacucho a través de los maestros convertidos al maoísmo revela el valor depositado en la educación por el campesinado. Desde décadas atrás, el acceso al sistema educativo figuraba entre sus principales demandas y era tanto o más importante que la reivindicación de la tierra. Los

abusos propiciados por la persistencia de la estructura gamonal alimentaban el deseo de lograr incorporar a los hijos al sistema educativo. Los maltratos sufridos, las injusticias, encontrarían remedio cuando los hijos fueran profesionales; ellos tendrían el poder de cambiar el orden social existente. La educación era vista no solamente como canal de ascenso social, sino como el poder de cambiar la injusticia sufrida»[83].

Consciente de esta situación, el profesor Guzmán percibió que tenía para sí a la Universidad, esa institución añorada por los jóvenes como sinónimo de progreso, las aulas como símbolo de la posibilidad de sacarlos de la pobreza. Entonces, el futuro líder terrorista se instaló como factótum de la Facultad de Educación, la de mayor alumnado y la que podía abrirle el camino hacia los poblados adonde irían a enseñar los futuros profesores convertidos en predicadores encargados de inflamar las ilusiones de los escolares. Si esa finalidad ya era de por sí siniestra, se agravó aún por el dogmatismo y la intolerancia fundamentalista que se le transmitió al magisterio para difundir «un "marxismo de manual", alimentado por las ediciones económicas de textos de divulgación principalmente soviéticos y chinos. Las razones de este fenómeno han sido bien estudiadas: el marxismo de vulgarización ofrece explicaciones y seguridades a una juventud que carece de ellas; su dialéctica convierte al futuro en un escenario previsible con resultados ineludibles. Otra razón de su éxito es que se inscribe en una corriente pedagógica que enfatiza la autoridad del maestro y el libro y el aprendizaje mediante memorización. El marxismo senderista contribuyó a consolidar en el magisterio una tradición dogmática y autoritaria, que sería

83 Nelson Manrique, «Pensamiento, acción y base política del movimiento Sendero Luminoso. La guerra y las primeras respuestas de los comuneros (1964-1983)», en Anne Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*, pág. 19.

un excelente caldo de cultivo para el asentamiento de SL en el sistema educativo»[84].

Guzmán fue hábil en su análisis y tuvo paciencia y perseverancia para construir, en una larga marcha de dieciocho años continuos, su propio «ejército revolucionario». Lo dramático y doloroso es que el sanguinario movimiento Sendero Luminoso surgió en una universidad, precisamente en el lugar de la razón, de la inteligencia, del aprendizaje. En ese límite tan delgado en el ser humano, en esa línea que divide tan tenuemente la sensatez de la enajenación, allí, en ese ignoto espacio, se incubó una tragedia que iniciaron e impulsaron maestros y alumnos universitarios. Desde los libros, con un discurso demandando venganza contra los causantes de una pobreza ancestral y con el combustible de jóvenes hastiados de miseria, ocurrió la explosión de una violencia que habría de abatir al país entero.

JUNTO AL CONTEXTO SOCIAL FAVORABLE para exaltar el discurso marxista, Abimael tuvo también la suerte de encontrar un terreno baldío para organizar su «institucionalidad», es decir, su aparato partidario. Cuando arribó a Huamanga había una pequeña, casi inoperativa, base del Partido Comunista Peruano (PCP) cuya sede central estaba en Lima. Se llamaba el Comité Regional José Carlos Mariátegui y estaba integrado por entumecidos y escasos militantes. De modo que un activista como Guzmán poseído por las ideas de Marx, Lenin, Stalin y Mao logró tomar el liderazgo rápidamente y apenas al año siguiente de su llegada, en 1963, se convirtió en el jefe de ese comité regional.

84 Ibídem, pág. 17.

Un año después, por las luchas ideológicas que fueron uno de los grandes lastres de la izquierda peruana, el Partido Comunista peruano se dividió en dos facciones, una denominada prosoviética (adscrita a las ideas de la revolución rusa) y otra catalogada como prochina (cuya fuente era la revolución maoísta). No fue extraño que en la bullente ciudad ayacuchana el Comité Regional José Carlos Mariátegui se anotase en la radical línea ideológica proveniente desde la China y, así, pasaron entonces a llamarse PCP-Bandera Roja. Sin embargo, en otra evidencia de que Guzmán era consciente del camino propio que estaba cimentando, decidió integrarse a esa nueva organización no como militante sino incorporando a su propio movimiento, pequeño, inicial, apenas germinal pero suyo. Lo llamaba Fracción Roja y desde allí, paso a paso, con paciencia, tomó el control del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) —el lema de este frente era «Por el luminoso sendero de José Carlos Mariátegui» y de ahí tomaría Guzmán el nombre de su futuro partido— y el control de la Federación de Estudiantes de la Universidad San Cristóbal de Huamanga (FUSCH). También fue uno de los impulsores de la Federación de Barrios y el creador, en 1966, del Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho (FDPA), una organización que luego sería imitada en casi todo el país y que existe hasta hoy. En 1970 su proyecto ya había crecido, ya había logrado militancia, ya contaba con bases y organización y, entonces, decidió dar el paso siguiente: abandonó el PCP-Bandera Roja para encabezar su propia organización, el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL).

Pero no se piense que Abimael Guzmán Reinoso era solamente un líder en la provincia en que habitaba. En enero de 1964, el PCP realizó en Lima un evento denominado IV Conferencia con asistencia de militantes de distintas ciudades del Perú. Guzmán

participó en representación del Comité Regional de Ayacucho y, tras una ardorosa intervención que cuestionaba al gobierno de Fernando Belaunde Terry, sostuvo la importancia de preparar la lucha armada exponiendo la tesis maoísta que, años más tarde, terminaría llevando a cabo: cercar las ciudades desde el campo. Fue elegido como miembro del Comité Central, vale decir, se incorporó al grupo de dirigentes principales de la organización comunista más visible e importante del país. Logró más: su posición radical fue acogida y se expulsó a dos líderes importantes: Jorge del Prado y Saturnino Paredes, acusados de integrar una «pandilla revisionista». El término revisionista habría de acompañar para siempre a Guzmán, incluso en sus años de procesado ante los tribunales siguió utilizando el término porque con dicha palabra puede sintetizar toda su posición dogmática, intransigente: todo aquel que no está de acuerdo con los postulados del Presidente Mao o del Presidente Gonzalo es un revisionista. Y en el fragor de sus acciones militares, una acusación por revisionismo era el camino a una condena de muerte.

Al retornar a Ayacucho robustecido por su avance dentro de la organización nacional del partido comunista, organizó, en septiembre de 1964, el Primer Congreso Provincial de Campesinos de Huamanga que, en testimonio del propio Guzmán, tuvo la asistencia de «30 organizaciones campesinas con 104 delegados plenos, así como delegados fraternos de la Unión Sindical de Ayacucho, del Sindicato de Construcción Civil y de la Federación Universitaria de Huamanga; y lo principal, tuvo como lema "La tierra para quien la trabaja" y la confiscación de la tierra de los latifundios semifeudales como

meta de su programa; y de él surgió la Federación Provincial de Campesinos de Huamanga»[85].

Su avance como organizador de los habitantes del campo y los habitantes de la ciudad fue haciéndose cada vez más sistematizado. Empezaba a entregarles los mensajes de un proyecto de «justicia social», de una lucha armada que los llevaría a conquistar sus derechos y lo hacía con pobladores a los que, por vez primera, los convertían en partícipes de una idea de futuro bajo la batuta de un hombre al que veían como un «doctor capaz de discutirle a los opresores». Hasta entonces habían tenido las arduas batallas campesinas que culminaban en derrotas porque sus líderes sin preparación impulsados apenas por la necesidad de una protesta naufragaban ante el poder establecido, el Estado centralista o las autoridades locales; ahora, en cambio, empezaban a tener ideas nacidas de los libros, conceptos venidos de revoluciones triunfantes en otras partes del mundo, y la promesa de instaurar una sociedad distinta a partir de su propia lucha, de su propio empeño con una fórmula que, decía Guzmán, ya había funcionado: el poder nace del fusil. Este mensaje era muy poderoso para comunidades que, además de la pobreza, traían consigo todo un sustrato de rencor empozado por las decenas y decenas de años transcurridos sin libertad y sin derechos.

En toda esta etapa de formación de cuadros, bases, militantes y aparato político, Guzmán tuvo la sagacidad de leer de manera apropiada el entorno social y sus necesidades principales. Por eso, tras su exitosa convocatoria a los sectores campesinos, apuntó hacia otro espectro social igualmente necesitado de alguna esperanza. Ese mismo año de 1964, en noviembre, organizó el Primer Congreso de Barrios de Ayacucho. El profesor

85 Manuscrito de Abimael Guzmán.

universitario empecinado en su aspiración revolucionaria había percibido que

> [la ciudad de Huamanga] estaba rodeada por un cinturón de barrios y barriadas de masas mayoritaria y fundamentalmente pobres, de artesanos, trabajadores, comerciantes y campesinos de toda la región, en especial de estudiantes venidos de pueblos cercanos y distantes, tanto secundarios como universitarios; y obviamente enfrentando problemas similares a los de cualquier ciudad: titulación, impuestos y arbitrios municipales incluso por servicios no prestados y los consabidos de luz, agua, desagüe, desocupación y demás que aquejan a las masas citadinas marginales en todo el país, solo que agravado por un atraso semifeudal más opresivo.
>
> Sobre esta base y la combatividad histórica de esas masas populares, a través de un intenso trabajo organizativo y de movilización, así como de estudio e investigación de sus condiciones concretas, se preparó y celebró, con la participación de todas las organizaciones de barrios y barriadas, el 1er Congreso de Barrios de Ayacucho el cual creó la Federación de Barrios de Ayacucho, y en torno a ella, años después, se construyó el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho. Ambos, la Federación y el Frente, desde su creación fueron bastiones de la lucha popular ayacuchana y regional como lo mostrarían las jornadas de junio de 1969 en defensa de la educación popular.[86]

Cabe anotar que en su lectura de la sociedad que quería captar y conducir supo fijarse en uno de los elementos fundamentales para toda familia en cualquier época y lugar: la necesidad de un título de propiedad para evitar el despojo y para tener la tranquilidad de contar, al menos, con una morada protegida legalmente. Como reflejo de un país que avanza con demasiada lentitud, es

86 Manuscrito de Abimael Guzmán.

impresionante verificar que el tema de la titulación habría de ser, veintiocho años más tarde, el discurso central de dos hombres notorios: el economista Hernando de Soto —promotor de la titulación de la propiedad como elemento básico para el surgimiento de una economía sólida— y el presidente Fujimori como autoridad que llevó a cabo un profundo proceso de titulación a favor de los sectores populares basado en los planteamientos de De Soto. Estos tres personajes, tan ajenos el uno del otro, terminaron, en el año 1992, vinculados no solo por la idea de la necesidad de la titulación sino también por razones mortales. Abimael Guzmán intentó dar muerte a De Soto ordenando a sus huestes estrellar un camión cargado de explosivos contra el local del Instituto Libertad y Democracia (ILD) y Fujimori fue el encargado de anunciar al país, el 12 de septiembre de ese año, la captura de Guzmán tras doce años de delirio terrorista. La coincidencia de estos tres personajes no tiene el valor de una curiosa anécdota, en realidad, revela algo más dramático: en la década del noventa seguía vigente un problema que ya era grave en la lejana década del sesenta: el acceso a la propiedad titulada. No era, pues, insólito que un sector de peruanos apostara por la violencia.

Ahora bien, la organización de bases campesinas y barriales no es, a final de cuentas, el origen de la explosión violenta que asoló al país; los partidos políticos en general tienden a propiciar esas organizaciones y no terminan en acciones de tipo militar. Lo que ocurrió en el caso de Guzmán es que este tenía un objetivo concreto que entrañaba un peligro letal: su decisión de organizar lo que él llamaba «la lucha armada». Ese mismo año de 1964, Guzmán formó dentro de su organización un Grupo de Trabajo Especial encargado del trabajo militar al que consideró como

> la labor más importante y de mayor trascendencia cumplida en 1964. Durante meses viajamos constantemente de Ayacucho a

> Lima para conseguir la autorización de la dirección nacional del Partido y poder organizar el trabajo militar del Regional, pues, a nuestro juicio, era la forma de concretar el acuerdo de centrar el trabajo del Partido en el campo en función de la lucha armada dentro del camino de cercar las ciudades desde el campo, considerado por nosotros el acuerdo central de la IV Conferencia, y que entendíamos se cumplía en otras partes. Pero nunca pudimos conseguir la autorización. (...) Así, cansados del trajín inútil y esperar en vano, decidimos organizar el trabajo militar del Comité Regional de Ayacucho en la segunda mitad del año 1964, si mal no recuerdo en septiembre.
>
> El Grupo de Trabajo Especial fue constituido con tres funciones: política, militar y logística, bajo el control absoluto del Partido y ligado estrechamente al trabajo campesino, contando con doble mando uno político y otro militar. El Grupo inicial estuvo totalmente integrado por camaradas principalmente miembros de la Fracción. Se desenvolvió un trabajo altamente secreto, planificado y apoyándonos en nuestros propios esfuerzos y basándonos en el campesinado pobre, en especial fue una gran experiencia inicial: partiendo de guiarse por la política del Partido y ligarse a las masas se cumplió una investigación militarmente orientada centrando en el reconocimiento de toda la región y en la selección del contingente, en menor grado la consecución de armas elementales. Estos fueron los inicios del trabajo militar de la Fracción, históricamente los antecedentes inmediatos de lo que más tarde fue la guerra popular iniciada en mayo de 1980.[87]

En su tarea de organizar su propia milicia que entraría en acción a partir de 1980, Guzmán contó con dos aliados: el

87 Manuscrito de Abimael Guzmán.

tiempo, largos dieciocho años, y la ceguera de las autoridades nacionales que no supieron evaluar lo que se estaba gestando a pesar de que, en más de una ocasión, el profesor universitario fue detenido y catalogado como un extremista. Tres gobiernos, dos de orden civil, el primer y segundo mandato de Fernando Belaunde, y otro militar, a cargo de los generales Juan Velasco Alvarado y Francisco Morales Bermúdez, no tuvieron la prudencia necesaria para analizar el avance paulatino y constante del movimiento Sendero Luminoso. Se podría argumentar en contrario que Guzmán realizaba labores clandestinas y era imposible que las autoridades pudiesen advertir lo que se estaba tramando, sin embargo, no es un razonamiento sólido porque Belaunde fue informado más de una vez y los jerarcas de la dictadura militar también recibieron reportes de inteligencia anunciando evidencias de una actividad distinta y más seria que las guerrillas aplastadas en 1965.

Ningún funcionario de dichos gobiernos tomó una medida sensata. Así, por ejemplo, una década antes de que Sendero Luminoso agobiara al país con bombas, dinamitazos, apagones, muertos y heridos, hubo un episodio al que nadie supo darle la mirada correcta o, al menos, asignarle un seguimiento con acciones de inteligencia. Ocurrió en la hacienda de propiedad de los padres de Augusta La Torre, la mujer de Guzmán: «La hacienda de Iribamba en Luricocha proporcionó un excelente lugar para la organización política y el entrenamiento. Guzmán y Augusta La Torre viajaban con regularidad a Iribamba a finales de 1960 y a inicios de 1970, a menudo acompañados por los compañeros de su naciente partido Sendero Luminoso. Estos repetidos viajes pronto levantaron las sospechas de las autoridades locales, y en junio de 1970 la policía allanó la hacienda. El allanamiento condujo

a la detención de varios militantes del PCP-SL, entre ellos Guzmán y Osmán Morote».[88]

Lo concreto es que no solo Abimael Guzmán sino todo el centro del país estuvo convulsionado durante los años de formación de Sendero Luminoso. La rebelión campesina entre los años 1963-1965 fue la más importante en toda la historia republicana, pues congregó a más de medio millón de hombres y mujeres invadiendo tierras y reclamando una reforma agraria. El líder más notorio fue, como adelantamos, Hugo Blanco desde la zona de la Convención en el Cusco y el otro episodio conectado a la explosión social fue la guerrilla del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) que el Estado logró sofocar en 1965.

El trabajo que desarrolló Abimael Guzmán no fue una tarea envuelta en el misterio como para no dejar evidencias —nadie que realice una acción política durante dieciocho años con revueltas diversas en una región conmocionada como lo fue Ayacucho en esos años, puede permanecer clandestino—. Una muestra de que sus actividades eran conocidas es que, antes de sumergirse en la oscuridad durante doce años, fue detenido y fichado en las dependencias de Seguridad del Estado en cinco ocasiones:

1. Febrero de 1964. Por desórdenes al encabezar un violento mitin de la Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER).
2. Junio de 1969. Por promover las asonadas urbanas en Ayacucho y Huanta que dejaron como saldo nueve muertos y una veintena de heridos.

88 Jaymie Heilman, *Before the Shining Path: Politics in Rural Ayacucho, 1895-1980*, Stanford University Press, 2010, pág. 186.

3. Junio de 1970. Por desórdenes y actos de vandalismo en una marcha por las calles de Huamanga conmemorando los sucesos de un año atrás.
4. Diciembre de 1972. Por organizar disturbios con daños materiales al interior de la universidad San Cristóbal.
5. Enero de 1979. Por actividades políticas durante el gobierno militar.[89]

Lo que, en rigor, ocurrió es que los gobiernos de ese entonces, ejerciendo el tradicional arte de la improvisación de todos los que han gobernado el Perú, no tuvieron ninguna política de seguridad, ninguna organización seria en la tarea policial y descuidaron por completo los fundamentales servicios de inteligencia, que recién se profesionalizaron en el gobierno de Fujimori. Cabe efectuar una necesaria acotación sobre este último punto. En el gobierno de Alejandro Toledo (2001-2006) se difundió la torpe idea de que un Servicio de Inteligencia es poco menos que una entidad delictiva. En lugar de distinguir entre la institución y el uso ilegal y punible que hizo de ella Vladimiro Montesinos, se decidió confinar a su menor expresión el llamado Servicio de Inteligencia Nacional, una situación que con matices de más o de menos se ha mantenido desde el 2001 a la fecha, sin reparar en que ningún país serio puede ni debe prescindir de dicho servicio. Si en los años 1962-1980 los gobiernos de Fernando Belaunde y de la Junta Militar hubiesen organizado un trabajo de Inteligencia, es muy probable que Guzmán no habría podido activar a Sendero Luminoso. Y, en todo caso, si las tareas de Inteligencia se hubiesen desarrollado apenas surgió el terrorismo, el país no habría padecido los infames y espantosos doce años de violencia.

89 Umberto Jara, *El explosivo año 92*, Siete/Once Editores, Lima, 1992, pág. 55.

En 1995, Abimael Guzmán Reinoso, el profesor empeñado en organizar la lucha armada que debía llevarlo a conquistar el poder, dio un paso fundamental en su tarea: viajó a la República Popular China para ser instruido en las escuelas políticas y militares del régimen de Mao Tse-tung, el timonel de la revolución china que se caracterizaba por los usos violentos y sanguinarios para imponer una ideología.

Aquel viaje fue siempre un misterio. En sus años de activista Guzmán se cuidó de dar detalles sobre esta experiencia y, cuando pasó a la clandestinidad en 1980, el único detalle, breve y parcial, que se pudo conocer es el que relata en la famosa «Entrevista del Siglo» que le hicieran sus partidarios en el *Diario Marka*. La única versión fidedigna que existe sobre ese viaje fue escrita por el propio Guzmán y aparece en el manuscrito que sirve de fuente a este libro.

> Primer viaje a la República Popular China, una de las experiencias más trascendentales e imborrables de mi vida. A comienzos de 1965, pedí licencia de mi trabajo en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. La causa invocada fue enfermedad, mas la real era viajar a China enviado por el Partido. Aclaremos de paso: aún no tenía policitemia[90], ésta se presento recién en la década siguiente. Viajé en febrero: de Lima a Zurich, por primera vez pisaba Europa; de allí a Praga, hoces y martillos presidiendo la vida cotidiana, primer país socialista que veía, claro está, al paso. Luego, en un gigantesco Tupolev[91] a Moscú y de tránsito, estuve confinado en un hotel, donde pese a exigentes peticiones y hasta ruegos no se nos permitió visitar el mausoleo de Lenin, pues, se

90 La policitemia es un trastorno sanguíneo que incrementa en demasía los glóbulos rojos. Fue esta enfermedad la que le impediría más tarde vivir en ciudades de altura.

91 Tupolev es un avión de transporte de pasajeros creado en la fábrica rusa del mismo nombre.

nos dijo, que lamentablemente estaba en reparación y por fin, tras largo vuelo abreviado por el afectuoso calor revolucionario de los camaradas chinos de Pekín, la sede del Presidente Mao Tsetung, la patria socialista internacional, el centro de la revolución proletaria mundial. A la escuela de cuadros concurrimos ocho en esa ocasión: tres de la Confederación Campesina del Perú (...), tres del regional del Norte, uno de Cuzco (...) y yo; entre ellos tres miembros del Comité Central, uno de los cuales presidía la delegación (militaba en el norte del país).

En la escuela política de Pekín, y en el orden que sigue, estudiamos: Situación internacional, centrada en la lucha contra el revisionismo y el internacionalismo proletario; línea política general, las leyes y experiencias de la revolución democrática China; trabajo campesino, la lucha antifeudal por la tierra desarrollada por el campesinado, fuerza principal de la revolución; frente único, la unión del proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional sustentada en la alianza obrero campesina dirigida por el proletariado; construcción del Partido, principios y problemas fundamentales de la construcción del Partido basada en la línea ideológica y política correcta; trabajo secreto y trabajo abierto, principios y experiencias de la clandestinidad de la organización partidaria y de su trabajo de masas; línea de masas, las masas hacen la historia y cómo movilizarlas con conciencia y voluntariedad, aprendiendo de ellas y servir al pueblo de todo corazón; filosofía, partiendo de la contradicción como única ley fundamental en función de la política para resolver los problemas de la lucha de clases, del Partido y la revolución. Ocho cursos magistrales sobre la extraordinaria e inagotable experiencia de la revolución china dirigida por el Partido Comunista de China, producto de la fusión del marxismo - leninismo con su realidad concreta, así como, principalmente, fuente y aplicación del pensamiento Mao Tsetung, según la denominación de los años sesenta.

> La escuela militar la cumplimos en Nankín: guerra popular fundamentalmente su aporte correspondiente al desarrollo de la guerra en el camino de cercar las ciudades desde el campo; construcción del ejército, formación, estructuración y preparación del ejército de nuevo tipo para cumplir las tareas políticas del Partido y la revolución; estrategia y táctica, la guerra en su conjunto según las etapas de su desarrollo, sus modalidades, tácticas y formas de combate en especial emboscadas y asaltos. Tres cursos igualmente magistrales con sus prácticas pertinentes e indispensables; expresión concentrada de la experiencia de la revolución china en su forma principal de lucha, elevada por el Presidente Mao a línea militar del proletariado, y heroicamente llevada a la práctica por las fuerzas de la revolución desde el ejército rojo de obreros y campesinos hasta el Ejército Popular de Liberación, antes de que el revisionismo lo usurpara para asaltar el poder. Esa fue la grandiosa experiencia militar que, en su teoría y práctica, bebimos de su propia fuente en la China del Presidente Mao, cuando era la base y el centro de la revolución proletaria mundial.[92]

En ese viaje Guzmán aprendió los métodos letales que luego su milicia aplicaría con furor en los años de terrorismo para demoler locales públicos, viviendas, caminos, puentes, torres eléctricas así como las celadas a policías y militares y las salvajes incursiones a poblados desguarnecidos. ¿Qué aprendió exactamente? El propio Guzmán lo revela en la Entrevista del siglo:

> Luego nos enseñaban cuestiones militares (...) la parte práctica correspondiente emboscadas, asaltos, desplazamientos, así como preparar artefactos de demolición. Cuando manejábamos elementos químicos muy delicados, nos recomendaban tener la ideología presente siempre y que esta nos haría capaces de hacer todo y

92 Manuscrito de Abimael Guzmán.

> hacerlo bien; y aprendimos a hacer nuestras primeras cargas para demoler. Para mí es ejemplo y recuerdo imborrable, una gran lección; y un gran paso en mi formación, el haberme formado en la más alta Escuela de marxismo que ha tenido la Tierra.
>
> Bueno, si quieren una anécdota, aquí tienen una: cuando terminábamos el curso de explosivos, nos dijeron que todo se podía explosionar; entonces, en la parte final cogíamos el lapicero, reventaba; nos sentábamos, también reventaba; era una especie de cohetería general, eran cosas perfectamente medidas para hacernos ver que todo podía ser volado si uno se ingeniaba para hacerlo. Muchas veces preguntábamos ¿cómo hacemos esto?, ¿cómo hacemos lo otro?; nos respondían, no se preocupen, no se preocupen, ya han aprendido suficiente, piensen que todo lo hacen las masas y ellas tienen un ingenio inagotable, lo que les hemos enseñado las masas lo harán y les volverán a enseñar; así nos decían. Esa Escuela ha servido bastante a mi formación y para comenzar a valorar al Presidente Mao Tsetung.[93]

«Aprendimos a hacer nuestras primeras cargas para demoler»: ese es el origen de los coches bomba cargados con centenares de cartuchos de dinamita mezclados con el fatal componente químico llamado Anfo[94] que, en los años de pesadilla, destruirían miles de vidas, la red vial y eléctrica del país, edificios, calles y viviendas. «No se preocupen, ya han aprendido suficiente, piensen que todo lo hacen las masas y ellas tienen un ingenio inagotable»: los triciclos bomba, los burros y perros bomba. «Nos dijeron que todo se podía explosionar»: el salvajismo de los niños bomba a los que ataban cartuchos de dinamita y los

93 «Entrevista del siglo».

94 Anfo sigla en inglés del Ammonium Nitrate-Fuel Oil, un potente explosivo que mezcla el nitrato de amonio con un combustible derivado del petróleo (gasolina y aceite de motor).

enviaban a que revienten al interior de una comisaría. «La parte práctica correspondiente emboscadas, asaltos, desplazamientos»: policías y militares atacados por la espalda, mientras dormían o cuando acampaban en la oscuridad; asaltos y desplazamientos para arrasar con comunidades campesinas que se negaban a colaborar y cuyas autoridades o habitantes eran sometidos a los «juicios populares», una patraña de «juzgamiento revolucionario», tras los cuales eran muertos a pedradas y cuchilladas en presencias de sus familias. «Todo podía ser volado si uno se ingeniaba para hacerlo»: el atentado a los edificios de vivienda de la calle Tarata en Miraflores, 183 departamentos con las familias dentro, 400 negocios afectados y 63 automóviles destruidos. «Para mí es ejemplo y recuerdo imborrable, una gran lección; y un gran paso en mi formación, el haberme formado en la más alta Escuela de marxismo que ha tenido la Tierra».

SU ESTADÍA EN CHINA FUE DE SEIS MESES, entre inicios de enero y finales de julio de 1965. «Me despedí, había llegado en invierno y partía en verano con el alma más encendida en el rojo sol de oriente. Arribé al aeropuerto internacional Jorge Chávez el veintidós de julio de 1965; al día siguiente leí en La Crónica que se me buscaba, solo fue una noticia. Esperé días sin poder tomar contacto; eran los meses de las guerrillas del MIR y el ELN. Mientras aguardaba recapacité sobre mi experiencia en China; concluí: tanto se me ha enseñado y mucho he aprendido, pero nada tanto ni tan profundamente como que hay que aplicar el marxismo a la revolución propia y, principalmente, el pensamiento maotsetung el maoísmo que, ya en la guerra popular, el partido reconociera como tercera nueva y superior etapa»[95].

95 Manuscrito de Abimael Guzmán.

Si antes del viaje era un ferviente marxista, a su retorno tenía sobre sí la fiebre del fanatismo y estaba dispuesto, ya sin ninguna duda, a llevar adelante «la revolución propia» bajo la tutela del «pensamiento maotsetung» su ídolo particular, su guía mayor, el hombre cuyas enseñanzas habría de seguir a su modo y a su manera.

¿Quien fue Mao Tse-tung? ¿Quién fue aquel líder chino que influenció con tanta intensidad en Abimael? ¿Qué encontró Guzmán en la historia de Mao para encender el fuego del fanatismo que habría de asolar al Perú en la larga pesadilla de muerte, sangre y horror desatada por él y su organización terrorista Sendero Luminoso?

EL ÍDOLO FATAL DE ABIMAEL: MAO

Si entre las muchas verdades eliges una sola y la persigues ciegamente, ella se convertirá en falsedad, y tú en un fanático.
RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

En la historia de la humanidad, el Siglo XX podría ser catalogado como un siglo de ensueño porque como nunca antes el ingenio humano tuvo un esplendor capaz de convertir cualquier quimera en realidad. Fue el siglo en el que los desbordes de la fantasía se convertían en prodigios cotidianos: se inventaron el avión, el automóvil, las naves espaciales, la radio, la televisión, los electrodomésticos, el teléfono fijo y el teléfono móvil, los mundiales de fútbol, las computadoras, el internet y una larguísima lista en todos los campos posibles además de los avances insólitos en la ciencia. Pero hemos dicho que el Siglo XX podría haber sido un siglo de ensueño, pero no lo fue porque el ser humano, esa pobre especie que pervive entre la creación y la destrucción, se esmeró en inventar también artilugios diversos para causar la muerte, para destruir pueblos enteros, para atentar de mil maneras contra los dones de la paz y la libertad. Surgieron también hombres alucinados, seres despreciables capaces de ejercer un poder descomunal para ejecutar actos infames, dementes. Así, Adolf Hitler, entre 1933-1945, provocó la muerte de veintidós millones de personas; Josef Stalin, entre 1929-1953, veintiún millones; y Mao Tse-tung, entre 1930-1973, generó la infernal cifra de setenta millones de

personas muertas. Esa cifra de muertos equivale a eliminar dos veces la población entera del Perú actual (treinta y un millones) y tener que eliminar, además, una tercera vez a toda la ciudad de Lima. A este último personaje, al que se considera como el mayor asesino del Siglo XX, Abimael Guzmán Reinoso le guardaba la devoción fatal del fanático que busca emular al ídolo.

Mao Tse-tung[96], al que también se suele nombrar como Mao Zedong, nació el 26 de diciembre de 1893 en la región agrícola de Hunan, China. Fue hijo de Mao Yichan, un acomodado comerciante, y de una mujer que por haberse casado siendo niña carecía de nombre y era nombrada como la Séptima Hermana Wen —la séptima hembra del clan Wen—. Mao fue el tercer hijo varón y el primero que sobrevivió a la infancia en un matrimonio constituido no por amor sino por la costumbre tradicional del casamiento concertado por los mayores. Recibió un nombre de pila compuesto —Tse-tung o Zedong— que significa «el que ha de brillar sobre el Oriente». En sus años infantiles, la relación con su madre fue muy cercana. «Por ella se convirtió al budismo cuando era niño y siendo ya el máximo dirigente de China dijo a algunos de sus subordinados: "Yo adoraba a mi madre [...] La seguía a todas partes [...] a las ferias de los templos, a quemar incienso y dinero de papel, a venerar a Buda [...] Yo creía en Buda porque mi madre creía en Buda»[97].

En cambio la relación con el padre, Yichang, fue muy distante y conflictiva. «Mao odiaba a su padre. En 1968, después de poner en marcha la venganza a gran escala sobre sus adversarios

96 La historia de Mao es frondosa y, como ocurre con personajes complejos, está llena de versiones y, en medio de la montaña de escritos sobre su vida y sus quehaceres destacan dos biografías sólidas que han sido consultadas: Jung Chang y Jon Hallyday, *Mao, la historia desconocida*, Taurus, 2006, 1040 págs.; Philip Short, *Mao*. Crítica, 2011, 763 págs.

97 Jung Chang y Jon Hallyday, *Mao, la historia desconocida*, op. cit., pág. 81

políticos, dijo a los torturadores que trabajaban para él que le habría gustado que a su padre lo hubieran tratado con la misma brutalidad que ellos empleaban: "Mi padre era malo. Si estuviera vivo, habría que hacerle el avión". El avión era una postura atroz en la que se tiraba hacia atrás de los brazos de la víctima al tiempo que se empujaba su cabeza hacia abajo».[98]

Uno de los conflictos más serios con el padre tuvo como origen la discrepancia entre el deseo paternal de que el hijo trabaje duramente en el campo mientras que el vástago, a partir de los ocho años de edad, prefería la lectura.

> Los clásicos confucianos, que integraban la mayor parte del currículo, resultaban incomprensibles para los niños, que sin embargo tenían que aprendérselos de memoria. A Mao, dotado de una memoria excepcional, le fue bien. Sus compañeros le recordarían después como un niño diligente que no solo era capaz de recitar de memoria sino también de reproducir por escrito —también de memoria— aquellos textos tan difíciles. Además, Mao consiguió una beca para estudiar chino e historia y dio sus primeros pasos en caligrafía y en la escritura de prosa de calidad y de poesía —escribir poesía era parte esencial de la educación confuciana—. Leer se convirtió en su pasión. Normalmente, los campesinos se acostaban a la puesta de sol a fin de ahorrar combustible, pero Mao colocaba un banco al otro lado del mosquitero, encendía una lámpara de aceite y leía hasta bien entrada la noche. Años después, convertido ya en líder supremo de China, la mitad de su enorme cama estaba ocupada por pilas de clásicos chinos.[99]

98 Ibídem, pág. 83

99 Idem.

Mao se marchó de la casa paterna y logró recibirse como profesor de colegio en la Escuela de Magisterio en Changsha y, tras un paso de seis meses en las filas del Ejército Nacionalista, logró ubicarse como maestro en una escuela primaria. Después, accedió a la Universidad de Pekín como bibliotecario ayudante. Allí conoció los escritos de Karl Marx y Priotr Koprotkin y se inflamó de comunismo. Décadas después, en una ciudad muy lejana llamada Arequipa, otro hombre también en las aulas universitarias, encontraría los textos del marxismo y el maoísmo y soñaría con recorrer similar sendero.

En 1925, un naciente Partido Comunista Chino encabezó una revolución protagonizada por obreros y, apenas dos años después, fue sofocada brutalmente por el ejército encabezado por Chiang Kai-shek con un saldo de cuarenta mil sindicalistas muertos y una persecución tenaz contra militantes comunistas, campesinos, intelectuales y estudiantes. Un dirigente de treinta y cuatro años de edad llamado Mao Tse-tung asumió el liderazgo del Partido Comunista y se replegó en las montañas de la provincia de Hunan. El gobierno derechista del Kuomintang (Partido Nacionalista Chino) los declaró «bandidos comunistas» y dispuso una política de «cerco y aniquilamiento». Mao soportó los embates, formó un gobierno paralelo y, tras siete años de resistencia, decidió iniciar, el 19 de octubre de 1934, desde su base en la ciudad de Kiangsi, una peregrinación a la que puso por nombre «La Larga Marcha». A lo largo de un año una muchedumbre de cien mil hombres, mujeres y niños, recorrió a pie doce mil kilómetros. Transitaron montañas; vadearon ríos; soportaron las inclemencias climáticas, el hambre, las enfermedades y todas las contingencias de una peripecia de esa naturaleza. Al final del camino, alcanzaron el objetivo de «la retirada estratégica» solo veinte mil de los cien mil militantes

iniciales que lograron arribar a la provincia de Yenán —cercana a la capital Pekin—.

A partir de esa población diezmada, Mao reconstruyó el Ejército Rojo y organizó el Partido Comunista captando legiones de campesinos bajo el lema «La tierra es para quien la trabaja» y anunciando cautivantes políticas de redistribución de la riqueza. Ante la invasión japonesa en 1937, ambos bandos suspendieron su confrontación para hacer frente al invasor. Luego, en 1946, se reinició la guerra civil y, finalmente, Mao alcanzaría la victoria frente al Kuomintang el 1º de octubre de 1949, anunciando desde Pekín que la República Popular China se iba a convertir en la sociedad más igualitaria del planeta. Desde la altura del poder ordenó una intensa tarea de propaganda para fijar en la mente de millones de chinos la idea de que «La Larga Marcha» constituía la gran epopeya del presidente Mao, el timonel de la revolución.

Sin embargo, esa imagen de epopeya no corresponde a la verdad sino al potente aparato propagandístico maoísta. En general, las revoluciones soviéticas y china, difusoras del comunismo en el mundo, fueron bastante eficaces en desarrollar penetrantes operaciones de propaganda difundiendo información e imágenes alejadas de la realidad. Cuando se desplomaron se derrumbaron también las fantasías que le habían vendido al mundo entero. Así, por ejemplo, la épica «Larga Marcha», ese mito fundador del maoísmo, cuya leyenda mostraba a Mao encabezando a sus seguidores, a pie, por montañas nevadas, ríos caudalosos y desplegando un singular talento militar para evitar a las tropas nacionalistas, dueñas del poderío militar gubernamental, incapaces de detener su extensa marcha de doce mil kilómetros. ¿Cómo podían convertirse en invisibles cien mil personas con decenas de miles que iban cayendo muertas por

hambre, enfermedades o accidentes? En realidad la historia, que tarde o temprano entrega evidencias, terminó revelando que su travesía fue posible porque señores de la guerra que controlaban los territorios de paso le permitieron transitar y, además, Mao no hizo el camino en las mismas condiciones de sacrificio de su gente sino cargado por porteadores en una litera como un mandarín.

La China que empezó a gobernar Mao era una sociedad básicamente rural, muy pobre, con una agricultura rudimentaria y un bajísimo nivel de industrialización. Por ello, siguiendo el modelo iniciado por la Unión Soviética, lanzó un plan quinquenal con dos objetivos: industrializar el país y abolir la explotación agraria privada sustituyéndola por un sistema comunitario. Al no lograr el éxito necesario, decidió reforzar la línea dura de la revolución y ordenó la ejecución de un plan denominado «El Gran Salto Adelante» para industrializar China desde el campo. Para ello dictó un conjunto de medidas económicas, sociales y políticas iniciadas en 1958 con el objetivo de transformar radicalmente la atrasada sociedad agraria china en una sociedad comunista en la que debía dejar de existir todo atisbo de propiedad privada. Aquellos que quisieron persistir en los usos privados fueron perseguidos bajo el cargo de contrarevolucionarios y el nuevo sistema colectivo abolió la propiedad privada en todos los niveles: la tierra, la vivienda, la alimentación y hasta la vestimenta; toda actividad quedó bajo el control de las numerosas «comunas populares autosuficientes» que asumieron las funciones políticas, sociales y económicas para controlar las condiciones de vida de las gentes con métodos militares.

El mandato de la colectivización dio lugar a que los campesinos chinos dejaran de tener toda pertenencia privada incluyendo utensilios personales; perdieron costumbres como las ferias y

mercados en las aldeas; las prácticas de alivio con el trueque; las ceremonias tradicionales de bodas; y la medida extrema de implantar las cocinas colectivas con la obligación de cocinar y comer en conjunto quebrando los hábitos de intimidad familiar porque Mao consideraba que la familia tradicional era la base de la propiedad privada y había que desaparecerla como forma de vida social. En aplicación de esa idea inconcebible, ordenó que las familias se trasladen a vivir en las comunas y abandonen sus casas particulares. De ese modo, la inmensa población campesina perdió sus exiguas propiedades, sus ancestrales terrenos de cultivo, sus magros animales y hasta lo que llevaban puesto dejó de pertenecerles porque debían vestirse con los uniformes entregados por el Estado.

La primera comuna experimental se estableció en la provincia de Henan, y desde ahí se empezaron a implementar en el inmenso territorio chino, ya sea vía ordenes acatadas o a través de sanciones violentas, 25 000 comunas con alrededor de 5 000 familias. En cada una de ellas, los miembros de «la sociedad igualitaria» de Mao iniciaban la jornada con el paisaje monocorde de sus uniformes y con horarios establecidos; comían en comedores comunitarios; las mujeres dormían separadas de los hombres y, para salir de las comunas, debían solicitar permisos especiales. Se anuló toda forma de privacidad e individualidad. La escritora Jung Chang[100] sostiene que hubo un momento en que Mao analizó la opción de anular los nombres para que cada habitante pase a tener un número como única señal de identificación, de ese modo se podía instalar plenamente la noción de que en la China comunista no existía ningún tipo de propiedad individual, ni siquiera el nombre propio.

100 Ibídem, pág. 129

Para lograr la industrialización y la reforma de la agricultura, Mao partió de un concepto rudimentario y de extremo voluntarismo: a falta de capital económico había que utilizar el numeroso capital humano; en su desaforada creencia de que basta la voluntad para que los hechos sucedan, pensó que la fuerza de los brazos haría el milagro de construir una industria y fijo una meta imposible de cumplir, peor aún, lo hizo a partir de un acto de vanidad sin fundamento razonable:

> Mao se encontraba en Moscú, para tomar parte en la conferencia de los partidos comunistas del mundo, el líder soviético [Nikita Khruschev] anunció sus planes de sobrepasar a Estados Unidos, en el plazo de quince años, en la producción de hierro, acero, energía eléctrica, aceite y varias clases de bienes de consumo. Mao, poco dispuesto a dejar pasar un desafío, informó rápidamente a los dirigentes del mundo comunista allí reunidos que China superaría en quince años a Gran Bretaña. (...) Mao había comprometido a China a producir cuarenta millones de toneladas de acero a principios de los años 70 (el doble de la ya desmesurada cifra aprobada menos de dos meses atrás por el Pleno del Comité Central), además de tener que superar la producción británica de cemento, carbón, fertilizantes químicos y maquinaria industrial. La única cuestión era cómo conseguirlo.[101]

La historia ha demostrado largamente —incluido el caso peruano— que aquellos políticos que confunden la voluntad con las posibilidad de hacer posible una meta, no solamente se condenan al fracaso y dañan a sus pueblos sino que ellos mismos padecen de un quiebre patológico entre razón y realidad. «Mao no disponía de información precisa y de primera mano. En lugar de ello, creyó en la ilusión de estar bien

101 Philip Short, *Mao*, op. cit., pág. 482

informado, lo que se mostraría mucho más peligroso que la ignorancia»[102].

Para sustentar esa incoherente decisión, Mao utilizó un argumento inverosímil: «Debemos acabar con la superstición, creyendo a —y también no creyendo a— los científicos... Siempre que se discute un problema debemos también discutir sobre ideología. Cuando estudiamos un problema, debemos someter los [hechos] a una idea, y dejar que la política articule el asunto en cuestión... ¿Cómo se puede [resolver cualquier cosa] solo cuando se discute de números, prescindiendo de la política? La relación entre la política y los números es como la que existe entre los oficiales y los soldados: la política es comandante»[103]. Esta es una de las idea desajustadas de la realidad que calaron más hondo en Abimael Guzmán cuando años tarde, blandiendo su condición de fanático maoísta, intentaría una revolución imposible: para el senderista todo era política y toda interpretación de la realidad debía ser hecha y ejecutada a partir de criterios políticos. Nunca se detuvo a reflexionar sobre sí ese tipo de pensamiento no contendría alguna irracionalidad. En efecto, esa discapacidad del líder chino la sintetizó el biógrafo Philip Short de este modo: «La exaltación de la voluntad política era bastante habitual, pero Mao raramente había confirmado con tanto descaro que podía hacerse caso omiso de los hechos y las cifras. A finales de la primavera de 1958 vivía un punto álgido en su euforia, impelida por la visión sin límites de un brillante futuro comunista en el que nada podría resistirse al esfuerzo unido de seiscientos millones de personas»[104].

102 Ibídem, pág. 483.
103 Ibídem, pág. 448.
104 Íbidem, pág. 449.

En consecuencia, el «Gran Salto Adelante» no constituyó una proeza económica sino una de las mayores expresiones de delirio de grandeza que un gobernante haya tenido en la historia de la humanidad. Las ordenes para cultivos las dictaban los burócratas obligando a sembrar incluso en las tierras que los campesinos indicaban que no debían ser cultivadas porque les correspondía la etapa del barbecho y no habrían de ser fértiles. Al ocurrir el inevitable fracaso se atribuía no al error de exigirle a la naturaleza lo que ella no podía dar, sino a que se había sembrado sin la suficiente fe en «los principios revolucionarios del presidente Mao». En cuanto a los niveles de producción, las autoridades encargadas de enviar los reportes al gobierno central falseaban los datos mostrando cifras de alta productividad por temor a ser sancionados y, ya se sabe, las cifras falsas constituyen un buen camino al fiasco.

Otro tanto ocurrió con el alucinado proyecto de producción de acero. Sin tener la menor idea de la materia, Mao y sus jerarcas ordenaron la instalación de pequeños hornos de fundición en cada comuna y la población se vio obligada a fundir todo metal que tenía a su alcance y, en el momento de mayor delirio, se lanzaban a las brasas utensilios de labranza, ollas, cuchillos, y, para mantener el fuego encendido de los hornos artesanales que debían funcionar las veinticuatro horas del día, se llegó a deforestar enormes extensiones de árboles. El fracaso fue estrepitoso porque una industria siderúrgica es imposible de ser alcanzada con medidas provenientes no de la razón sino del desvarío. Basta ver fotografías de pequeños hornos instalados en filas en el campo para entender que la orden provenía de la ausencia de juicio nacida de un inmenso ego que, en su insensatez, podía creer que las fundiciones para producir acero surgirían por una orden presidencial y no por la aplicación de una tecnología

compleja. Al final, esos centenares de miles de hornos instalados en las comunas solamente produjeron chatarra y la escasez de elementos metálicos de toda índole.

Lo terrible y dramático es que el efecto de tales medidas trajo consigo una terrorífica hambruna. En efecto, «la manipulación de datos, la introducción de técnicas pseudocientíficas, los recortes en la importación de grano, el establecimiento del sistema de comunas y la movilización de millones de campesinos para trabajar en proyectos que sobrepasaban sus recursos, hizo aparecer las primeras hambrunas a principios de 1959. Con la primera ola de hambrientos y muertos, las noticias llegaron a Mao, el cual se mostró escéptico. Después de su incredulidad inicial, Mao empezó a pensar que algunos grupos sociales estaban conspirando y escondiendo grano para pedir contrapartidas. Se lanzó entonces una campaña para encontrar el grano oculto, que tuvo como resultado purgas, torturas y suicidios»[105].

En lugar de tomar medidas que pudiesen frenar la catástrofe que se avecinaba, Mao no aceptó que su delirante utopía estaba fracasando y persistió en imponer su delirio utilizando una brutal represión.

> Incluso cuando la gente agonizaba por todo el país, a la vista de quien tuviera ojos, nadie se atrevió a sugerir que las políticas del jefe estaban siendo las responsables de la tragedia o que esta estuviera teniendo lugar. Al contrario: la prensa, los funcionarios regionales del Partido Comunista y los consejeros de Mao competían entre ellos para exagerar las cifras de producción de grano y acero, haciéndole creer que el país tenía hasta 100 millones de toneladas más de grano en sus reservas y reafirmándole en su idea

105 Enric Rodríguez (25 de agosto de 2016). El Gran Salto Adelante, la hambruna secreta de Mao. *El Orden Mundial en el Siglo XXI*. http://elordenmundial.com/2016/08/25/gran-salto-adelante-la-hambruna-secreta-mao/

de que en 15 años China igualaría la producción de acero de Gran Bretaña. El Sol Rojo no podía estar equivocado y quienes se atrevieron a sugerirlo, incluso si se trataba de héroes nacionales como el Gran General Peng, a quien Mao había dedicado uno de sus poemas, fueron eliminados[106].

La situación ya grave se ahondó mucho más cuando Mao, en competencia con la Unión Soviética para demostrar que China tenía el liderazgo en «el éxito del comunismo», decidió bajar al mínimo la importación de granos y, quitándole el sustento a sus habitantes, incrementó las exportaciones para demostrar al mundo que su idea de una sociedad igualitaria era un modelo tan exitoso que no solamente dejaba de importar sino que producía suficientes cereales para abastecer las necesidades internas y, además, ser una potencia exportadora. Difundir cualquier patraña era posible porque China tenía las puertas cerradas a la información y las sostenidas campañas de propaganda se encargaban de diseminar la única verdad autorizada: la verdad oficial.

Pero la realidad es siempre implacable y no cede frente a quienes gobiernan desde el absurdo. Al llegar el año de 1960, se disparó la más grande hambruna registrada en la historia de la humanidad: cuarenta y cinco millones de chinos fallecieron a consecuencia del hambre.[107] Y a pesar de las evidencias mortales, el gobernante fue incapaz de admitir su rotundo fracaso.

106 David Jiménez: «Mao, el mayor asesino del Siglo XX», diario *El Mundo*, España, 24 de julio de 2005, reseña al libro *Mao: la historia desconocida* de Jung Chang y Jon Halliday.

107 Sobre la cifra de muertos hay diferencias pero todas reflejan la barbarie generada. Para el investigador Frank Dikötter es de cuarenta y cinco millones. Ver *La gran hambruna en la China de Mao. Historia de la catástrofe más devastadora de China (1958*-1962), Acantilado, 2017. Para Jung Chang y Jon Hallyday fueron treinta y ocho millones los muertos: *Mao, la historia desconocida*, Taurus, 2005. David Priestland señala entre veinte y treinta millones para el periodo 1958-61, en su libro *Bandera roja, Historia del comunismo,Crítica, 2010.* El régimen chino, que durante años trató de ocultar la gran hambruna, admitió en 1988 como cifra oficial veintitrés millones de muertos.

> Mao seguía creyendo en su plan. Los cuadros del partido no se rebelaban porque cualquier intento de cuestionar las órdenes o contradecir a Mao era motivo suficiente para ser arrestados y/o asesinados, tanto ellos como sus familias. Además, estos y sus allegados siempre disponían de acceso a los alimentos, entre otros privilegios. Por tanto, renunciar a ello y ser perseguidos por denunciar las miserias de otros no era algo que tuvieran en mente la mayoría de cuadros. Por lo que respecta a los agricultores, no se rebelaban por miedo: el hambre y las enfermedades coexistían con las torturas y los asesinatos. Durante el «Gran Salto Adelante» se creó una gran red de prisiones y campos de trabajo. Con los episodios de hambre, algunos de estos campos se convirtieron en campos de muerte, especialmente a partir de 1960 cuando las raciones de comida disminuyeron. La desesperación en los campos llegó hasta el punto que los prisioneros comían gusanos, estiércol, alimentos en mal estado que tiraban los responsables, y se dieron episodios de canibalismo[108].

No existe ningún escrito sobre los conceptos económicos de su seguidor Abimael Guzmán, pero no se aleja de la realidad pensar que en la «República Popular de Nueva Democracia» que anunciaba implantar cuando hubiese derrotado «al régimen semifeudal y semicolonial» que gobernaba el Perú, habría impulsado, emulando a su ídolo Mao, algún «gran salto». No es una afirmación gratuita, es una percepción que surge nítida de sus actos como forjador de Sendero Luminoso, en las acciones terroristas emprendidas y en sus confusos escritos. En todo ese recorrido aparecen las evidencias de que padecía los mismos extravíos de su fetiche oriental: el pensar que la ideología puede generar acciones y

108 El Gran Salto Adelante, la hambruna secreta de Mao

progreso por sí misma; que una idea puede contradecir a la realidad y modificarla por simple voluntarismo —pensó que en 1992 había llegado el momento de derrotar al Estado peruano capturando Lima apenas con un puñado de alucinados encargados de dinamitar la ciudad—; que su diagnóstico del Perú como país «semifeudal» era suficiente para generar una revolución —del campo a la ciudad, de acuerdo al precepto maoísta—; que el poder autoritario, el pensamiento totalitario y el culto a la personalidad —la iconografía senderista está llena de homenajes a Guzmán como único, absoluto y excluyente líder—, iban a permitirle conquistar a las masas; que las actas de sujeción daban certeza de fidelidad —una exigencia obligatoria por la cual todo senderista se entregaba a los designios del «Pensamiento guía del presidente Gonzalo»—; que las autocríticas humillantes y la muerte a los «revisionistas» —llamados así por la osadía de discrepar— iban a generar la convicción de luchar por «el Partido»; todos estos elementos son calco y copia de la impronta de Mao que, en su extravío de fanático, Abimael Guzmán tomó para sí autoproclamándose la cuarta espada de la revolución mundial, es decir, el continuador de la saga Marx-Lenin-Mao. Entonces, aunque no haya un escrito que lo confirme, siempre quedará el misterio de cuál habrá sido, en su afiebrada mente, el «Gran Salto Adelante» al que habría querido someter al Perú. Algunos actos arbitrarios del estilo maoísta sí quedaron registrados, como, por ejemplo la imposición dictada en los campos de la sierra peruana sobre los productos que debían sembrarse en pequeñas cantidades para evitar que la «represión» encuentre alimentos sin importar las necesidades alimentarias de los campesinos.

Tras la salvaje hambruna que asoló China, episodio considerado como el más grande asesinato en masa en la historia de la humanidad, Mao fue apartado del poder. Sin embargo, en lugar de asumir una posición reflexiva frente a la tragedia decidió preparar una estrategia para recuperar la autoridad perdida. El 16 de mayo de 1966, lanzó un plan al que puso un nombre que pretendía cierto prestigio: «La Revolución Cultural Proletaria» y que habría de constituir «una de las más terroríficas, masivas y aterradoras purgas políticas de todos los tiempos»[109].

Su estrategia consistió en utilizar como doctrina el Libro Rojo, una recopilación de sus pensamientos para fanatizar a jóvenes militantes —La Guardia Roja— y enviarlos a la acción con el mandato de efectuar una «limpieza» de «traidores, enemigos y espías» dentro y fuera del Partido Comunista. El país entero fue copado por una multitud de guardias rojos y comités revolucionarios encargados de identificar a los «contrarrevolucionarios» y eliminarlos. A estas hordas descontroladas les dieron autorización para «estudiar los antecedentes de la población y juzgar y castigar a quienes quisieran en forma sumaria, sin códigos, garantías, ni límites, en eventos humillantes y públicos. Los guardias rojos condenaron a muerte, ajusticiaron o enviaron a destierro o a prisión "por contrarrevolucionarios" a millones de personas —intelectuales, terratenientes, "malas influencias"—. Cualquiera podía caer en desgracia por una delación o por "delitos" como poseer antigüedades, instrumentos musicales o algo que los vinculara con un "comportamiento burgués". Los guardias rojos cerraron colegios y universidades, y para borrar todo vestigio del pasado destruyeron gran parte del patrimonio

109 Germán Manga, «Mao Zedong: el hombre de los 70 millones de muertos», revista *Semana*, Colombia, 14 de junio de 2016 (artículo sobre 50 años de la «Revolución Cultural Proletaria»).

cultural —museos, bibliotecas, pinturas, esculturas, edificios, templos—»[110].

En esta locura colectiva azuzada por Mao para hacerse dueño del Partido Comunista y retomar el control del país, los daños que «La Revolución Cultural Proletaria» le causó a la cultura china fue descomunal. Se destruyeron maravillosos templos budistas, se arruinó una sección de la imponente Gran Muralla, se quemaron, en hogueras encendidas en las calles, manuscritos y libros que contenían la historia de una cultura milenaria, se impuso a través del miedo un nuevo estilo de vida para «abolir las costumbres burguesas» entre cuyas barbaridades se encuentran la prohibición de plantar flores o la obligación de que los hombres usen el cabello al rape y las mujeres olviden el uso de tacones y prendas ceñidas hasta llegar al disparate de apresar a los transeúntes que no podían recitar citas textuales del Pensamiento Mao.

Un despacho de la agencia de noticias Associated Frances Press difundió el testimonio de un exmiembro de la Guardia Roja: «Los asesinatos eran espantosos, peor que los de las bestias. Durante esta década catastrófica, Guangxi fue el marco de una crueldad y de un salvajismo indignante (...) Personas fueron decapitadas, golpeadas hasta la muerte, enterradas vivas, lapidadas, ahogadas, hervidas, masacradas en grupo, vaciadas de sus entrañas, detonadas con dinamita. Se utilizaron todos los métodos». (En Perú, Guzmán ordenó como práctica destripar personas incluyendo mujeres embarazadas o niños para exponer sus intestinos frente a sus familiares; amarrar a un poste en la plaza pública a modestos alcaldes, gobernadores o simples líderes cotidianos para apedrearlos o atarles petardos de

110 Ídem.

dinamita a la cintura para que sus familiares busquen palmo a palmo algún pedazo para darle una mínima sepultura; entregar un cuchillo a un familiar para que lo hunda en el cuerpo de un padre, un hermano, un sobrino; arrastrar a campesinos propinándoles espaciados golpes con piedras para alargar su agonía; degollar personas para exhibir sus cabezas sobre estacas al borde de las carreteras; o masacrar poblados enteros como Lucanamarca y Soras).

Los centenares de miles de fanáticos que conformaron la Guardia Roja solían transitar uniformados con ropa de color verde militar (a menudo ropa normal teñida de ese color o uniformes verídicos heredados de sus padres), con un brazalete rojo en el brazo izquierdo, el Pequeño Libro Rojo de Mao en la mano y un cinturón de cuero con hebilla metálica.[111] Sueltos en calles y plazas con el mandato de preservar el pensamiento del presidente Mao cometieron abusos, crímenes y perversidades de toda índole. La versión más completa de aquel tiempo de terror para «purificar» la sociedad, se encuentra en el extenso y documentado libro escrito por Jung Chang y Jon Hallyday:

> Mao no inventó las ejecuciones públicas, pero añadió a esta espantosa tradición una dimensión moderna. Organizaba concentraciones, con lo cual obligaba a una gran parte de la población a presenciar la matanza. Ser arrastrado por una multitud, impotente para hablar, forzado a observar la sangrienta y agónica muerte de otro, oír sus gritos, producía un miedo cerval en los presentes.
>
> Las torturas más espantosas eran generalizadas. Una de ellas consistía en meter el cañón al rojo vivo en una pistola por el ano [...] Solo en el condado Victoria había ciento veinte tipos de tortura. En una de ellas, bautizada con creatividad enfermiza «ángel

111 Jung Chang y Jon Hallyday, *Mao: la historia desconocida*, op. cit., pág. 632.

tocando la cítara», los torturadores metían un alambre por el pene de la víctima, se lo sujetaban en la oreja y, a continuación, daban tironcitos de él. También había horribles formas de matar. «En todos los condados —aseguraba el informe— algunas víctimas murieron tras abrirles el estómago y arrancarles el corazón».

El método impuesto por Mao para descubrir a los considerados infractores era «la confesión y la información». Mediante estas técnicas, se interrogó e investigó a unos 3.83 millones de funcionarios (y a un número mayor aún de militares). Aunque esta vez la tortura no se fomentó como espectáculo público, no dejó por ello de utilizarse en algunos lugares, de lo cual se informaba puntualmente a Mao. Los soviéticos que se encontraban en Manchuria trabajando en el ferrocarril decían oír gritos («como los de las mazmorras japonesas»), procedentes de las oficinas cercanas. Dicho gritos resultaron venir de sus camaradas chinos mientras se les «investigaba» aplastándoles los testículos con tenazas de bambú.

En la actualidad podemos especificar con seguridad el número de personas de las que Mao estaba dispuesto a prescindir. Durante su estancia en Moscú en 1957, había dicho: «Estamos preparados para sacrificar a 300 millones de chinos para alcanzar la victoria de la revolución mundial», lo que equivalía aproximadamente a la mitad de la población china. De hecho, durante el congreso del Partido el 17 de mayo de 1958, había manifestado: «No hay que armar tanto alboroto por una guerra mundial. Lo peor que puede pasar es que muera gente. [...] Que la mitad de la población desaparezca del mapa, lo que ya ha ocurrido varias veces en la historia de China. [...] Lo mejor sería que quedara la mitad de la población, lo siguiente mejor que quedara un tercio.[112]

112 Ibídem, op. cit., págs. 409, 539.

Si acaso alguien llegase a pensar que la larga lista de atrocidades de Mao no corresponde a un individuo con afecciones siquiátricas, tal vez termine convencido de su nivel de demencia reparando en la historia del exterminio de los gorriones. Cuando la hambruna producida por el «Gran Salto Adelante» empezaba a mostrar su faz de espanto, los jerarcas chinos advirtieron la necesidad de combatir cuatro grandes plagas: mosquitos, ratas, moscas y gorriones. A los gorriones se les atribuyó el consumo anual de cuatro kilos y medio de las cosechas de arroz; por lo tanto, había que eliminarlos para que la población accediese al alimento que estos supuestos depredadores consumían. Mao declaró públicamente que «los gorriones son enemigos de la revolución, se comen nuestras cosechas, mátenlos. Ningún guerrero se retirará hasta erradicarlos, tenemos que perseverar con la tenacidad del revolucionario». Los «guerreros revolucionarios» incentivados por la prensa y por los premios entregados por los burócratas, cazaron gorriones con hondas, trampas y venenos y destruyeron los nidos y los huevos. Mientras se desarrollaba el exterminio de estos «enemigos de la revolución», Mao desoyó dos advertencias: los gorriones comen insectos sobre todo orugas y pocos granos y aniquilarlos provocaría una plaga. Y así fue. Al desaparecer los depredadores naturales, las orugas se multiplicaron contribuyendo a devastar los ya insuficientes cultivos y agravando la pavorosa hambruna que habría de segar la vida de cuarenta y cinco millones de chinos. Para hacer frente al desequilibrio ecológico, se terminó ordenando, en secreto, la importación de doscientos mil gorriones.[113]

113 Ver John G. Gurley, *El desarrollo económico de la China comunista*, Instituto de Estudios Internacionales Universidad de Chile, octubre 1967; John King Fairbank, *China, una nueva historia*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997; Philip Short, *Mao*, Crítica, 2011.

La larga pesadilla maoísta concluyó el 9 de septiembre de 1976 con la muerte de Mao Tse-tung a los ochenta y dos años de edad. Su última aparición en público había ocurrido cinco años antes y en el misterioso quinquenio previo a su deceso, los hilos del poder fueron manejados por su última mujer Jiang Qing junto a tres jerarcas del Partido Comunista. Nunca se especificó la causa de su muerte. La versión más extendida la atribuye al empeoramiento del mal de Parkinson que le causó una rigidez progresiva de los músculos. Su sucesor Deng Xiaoping reorganizó la nación devastada, implantó un plan de reformas y puso las bases de una sociedad que llevó a China a ser una potencia mundial lejos de los desvaríos vividos durante décadas bajo la tiranía de un hombre que ejerció un poder absoluto sobre la cuarta parte de los habitantes del planeta.

A LA MUERTE DE MAO, ABIMAEL GUZMÁN REINOSO llevaba años construyendo su réplica del Partido Comunista Chino bajo el nombre de Partido Comunista Peruano-Sendero Luminoso (PCP-SL), ya había viajado dos veces a China a recibir instrucción, pero fue entonces cuando intensificó sus tareas. La muerte de Mao ocurrió en 1976 y cuatro años después Guzmán se proclamaría el continuador de la gesta maoísta, la cuarta espada del marxismo-leninismo-maoísmo, sustituyendo el Pensamiento Mao por el suyo bajo el nombre de Pensamiento Gonzalo. Los manuales de psiquiatría coinciden en señalar que la personalidad del fanático contiene una incondicional adhesión a una persona, a una ideología o a una religión a tal punto que se anula el discernimiento, queda excluida la razón crítica y su lugar es ocupado por la imitación a ciegas y un comportamiento basado en considerarse dueños de una verdad irrefutable.

Abimael Guzmán, a la vista de sus actos y sus escritos, se enajenó con la figura de Mao Tse-tung y, en base a ese embeleso irracional, intentó llevar a cabo su «revolución maoísta» en territorio peruano. En el primer año de sus acciones terroristas ordenó colgar perros muertos en postes de alumbrado público de la ciudad de Lima con un cartel: «Deng Xiaoping, hijo de perra», en alusión al sucesor de Mao que desmontaba las barbaridades del maoísmo. Fue un macabro homenaje a su maestro y guía, porque el hecho ocurrió el 26 de diciembre de 1980, día del nacimiento de Mao Tse-tung. Este episodio anunciaba acciones mucho más graves que llevarían a la devastación del país. Lo dramático fue que la inmensa atrocidad de la criminal etapa maoísta llamada «Revolución Cultural», era, para Guzmán, un hecho admirable. Toda esa etapa de abusos, persecuciones, asesinatos, apresamientos y torturas que causó la muerte de millones de personas fue, en propias palabras del líder senderista:

> Una Gran Revolución Cultural Proletaria, el más grande movimiento político de masas de la historia, (...) fijó el rumbo a seguir a partir de las grandes movilizaciones de masas impulsadas por las organizaciones de «guardias rojos »que recorrieron todo China y las gigantescas concentraciones y mítines de millones en las principales ciudades chinas y especialmente en Pekín. Se desarrolló con la «Tormenta de enero» (1967), en que el proletariado de Shanghai destruyendo el poder burgués de los usurpadores revisionistas (...) volvió a restablecer la dictadura del proletariado en toda la República Popular China, mediante los «Comités de Triple Integración Revolucionaria»: cuadros del Partido probados, soldados y masas. En síntesis, la Gran Revolución Cultural Proletaria es la más alta cumbre de la revolución proletaria mundial; queda y quedará para los comunistas

y revolucionarios (...) como la más alta cumbre de la revolución proletaria mundial en el siglo XX[114].

Esa es la razón por la cual una infinidad de acciones criminales en los apocalípticos años senderistas padecidos por el Perú, fueron réplica del pensamiento maoísta que tanto admiraba y seguía Guzmán. Impresiona constatar el nivel de enajenación de Abimael y cómo trasladó a sus seguidores ese apasionamiento desquiciado. Un ejemplo nítido es el arrasamiento de propiedades de pequeños agricultores en la sierra a quienes las pandillas senderistas calificaban desmesuradamente como terratenientes o gamonales al punto de ejecutarlos bajo esos cargos; esos actos fueron una copia fiel de los abusos cometidos por los guardias rojos de Mao con el campesinado chino: «Mao y sus tropas vivían del saqueo de los condados vecinos o de territorios más alejados. Con no poca grandilocuencia, llamaban a sus incursiones *da tuhao* —literalmente, "aplastar a los tiranos terratenientes"—. En realidad, eran razias indiscriminadas, típicas de bandidos. Mao decía a sus hombres: «Si la masa no comprende lo que significa "tirano terrateniente", decidles que quiere decir "persona con dinero" o "rico". Pero el término "rico" era muy relativo y podía aludir a una familia con un par de docenas de aceite para cocina o unas cuantas gallinas. "Aplastar", por otro lado, cubría una amplia gama de actividades, desde el robo al secuestro y el asesinato»[115]. En el Ande peruano fue igual: era considerado rico el que tenía unas vacas, una mejor vivienda o un pequeño negocio.

Tras la muerte del Gran Timonel Mao, Guzmán pensaba que la revolución maoísta había quedado trunca y, en su afiebrada alucinación, se autoproclamó Cuarta Espada de la revolución

114 Manuscrito de Abimael Guzmán.

115 Jun Chang y Jon Hallyday, *Mao: la historia desconocida*, op. cit., págs. XX

mundial sin darse cuenta de que estaba ajeno a lo que ocurría en el mundo, pues, mientras Guzmán hablaba de proletariado, empezaba a archivarse la famosa frase emblema del comunismo «Proletarios del mundo, uníos», y, cuando el senderismo explotaba siniestros coches bombas en nombre de su supuesta conquista de la República Popular de Nueva Democracia, la revolución soviética iniciaba su desplome en 1989, el Muro de Berlín se venía abajo ese mismo año y la China ya había liquidado el maoísmo y empezaba a proyectarse como una potencia mundial de la mano de Deng Xiaoping, a quien Guzmán había dedicado el cartel de «hijo de perra», mientras este proclamaba el final de la utopía desquiciada de Mao con una frase pragmática: «No importa el color del gato, lo importante es que cace ratones».

La desdicha para el Perú es que en el año 1980, un individuo como Abimael Guzmán Reinoso ciego en su percepción del mundo, enajenado por la figura de un individuo cruel y patológico como Mao, decidió avanzar en el camino que gobernantes ineptos le habían dejado construir y, como todo fanático, sea cual sea su motivación, solo pudo generar doce años de muerte y destrucción.

BELLA COMO UNA HOGUERA

Si prefiero las mujeres a los hombres es porque ellas tienen la ventaja de ser mas desequilibradas, es decir, más complejas, más perspicaces y más cínicas.

M.E. CIORAN

La belleza de su rostro en fotografías de juventud en las que aparece sonriente y las lóbregas imágenes de su velorio luego de su misteriosa muerte, fueron los dos escasos momentos de su vida que fueron difundidos y que sirvieron para proyectar su imagen de mujer serena. Lo que hubo en medio se soslayó siempre. En realidad, la jovencita hermosa fue una furia encendida y una protagonista fundamental sin la cual Abimael Guzmán nunca habría podido formar su movimiento y mucho menos iniciar las acciones violentas de Sendero Luminoso. Retirando el follaje de la historia afable que le fue construida, se encuentra otra —la que relatan testigos y archivos— en la que Augusta Deyanira La Torre Carrasco, en sus veinticinco años de militancia senderista, transcurridos entre los diecisiete y los cuarenta y dos años de edad, fue mucho más que la esposa de Abimael Guzmán, fue una activista abrasada por el fervor del fanatismo y una implacable jefa de sangrientas acciones militares.

No es cierta la versión de que Guzmán convirtió en comunista a una jovencita ingenua. Cuando ambos se conocieron, en 1962, Augusta ya militaba en la Juventud Comunista[116] y cuando al año

116 Manuscrito de Abimael Guzmán.

siguiente se incorporó a Fracción Roja, la agrupación que iba cuajando su futuro esposo, estaba continuando un camino ya elegido por ella. Su belleza y el esmero que puso al estudiar marxismo lo acercaron al profesor llegado de Arequipa y, después, su intensa participación la terminó convirtiendo en «la más alta expresión y ejemplo de esa Fracción Roja que dio luz y fuerza comunista al Partido desde los albores de Ayacucho»[117].

Su entrega a lo que llamaba «ideales comunistas» (unida a su imposibilidad de ser madre) fue tan excluyente que abandonó sus estudios en la Facultad de Educación para dedicar todo su tiempo a la tarea política. Así, en el año 1965, Augusta y Abimael viajaron a la China para ser adiestrados en la escuela militar que el maoísmo tenía instalada en la ciudad de Nankín. Ella tenía diecinueve años y ese viaje terminó de tallar en su mente la utopía de la revolución comunista. «Cuando volvió me insistía para unirme a sus actividades, teníamos la misma edad pero yo era muy temerosa y ella me acusaba de burguesa —relata Mercedes, una amiga suya—. Nos conocíamos desde el colegio en Huanta. Tratando de convencerme me contó que en la China le habían enseñado a ser una mujer de armas. Yo le creí porque ella era rebelde y de carácter tajante, pero a mí me daba miedo hacerle caso. Era brava y en mi casa mis padres criticaban su matrimonio con el profesor Guzmán. Todos hablan de la diferencia de edad, pero eso no era lo más llamativo porque en esa época a las mujeres nos hacían casar jovencitas, lo llamativo era la manera de ser de su marido, callado, extraño, además, era foráneo y nadie sabía nada de él en una ciudad en la que

117 Manuscrito de Abimael Guzmán.

nos conocíamos casi todos»[118]. Mujer de armas significa que en aquel viaje de instrucción, Augusta La Torre asistió a la Escuela de Cuadros donde fue adiestrada por veteranos de «La Gran Marcha» en tácticas para emboscadas, movimientos de columnas y uso de explosivos y armas.

A su retorno al Perú la pareja no volvió a Ayacucho. Guzmán se quedó en la capital peruana: «No ejercí la abogacía en Lima, ni me inscribí en el Colegio de Abogados; tampoco trabajé en el estudio de Paredes ni en ningún otro. ¿Cuáles eran mis ingresos? Buena parte de lo ahorrado cuando trabajé, mi sueldo mientras gocé de licencia, cachuelos y algo de la ayuda que recibía del Partido». A su vez, Augusta se desplazó a la ciudad de Cajamarca, en la sierra norte, con el objetivo de realizar trabajos de adoctrinamiento con los campesinos. Es evidente que llegaron de China con alguna consigna que los llevó a dividirse entre las dos ciudades.

El trabajo asumido por cada quien muestra una característica que la pareja habría de tener en los años siguientes: Guzmán vivió siempre en ciudades, no realizó trabajo de campo y se dedicó al trabajo ideológico mientras que Augusta, desde ese año de 1967, fue siempre una mujer en movimiento, con estadías en distintos lugares del país para impulsar la organización de Sendero Luminoso.

Luego de tres años de ausencia y sin mayores huellas de las tareas que realizaron en Lima y Cajamarca, retornaron a la ciudad de Huamanga. Encontraron que el número de alumnos en la Universidad San Cristóbal se había incrementado y, según

118 Se consigna este testimonio con el nombre de Mercedes. Es una mujer de setenta años que a pesar del tiempo transcurrido se niega a que se consigne su identidad. Es sorprendente cómo, a pesar del tiempo transcurrido, en Ayacucho muchas personas que vivieron la etapa de formación y estallido del senderismo aún conservan un marcado temor.

afirmación de Guzmán, ese fue un detalle de «mayor importancia» porque «la raíz popular de su población estudiantil [había] aumentado; las posibilidades que encerraba eran más y mejores que las de 1962». Entonces, ambos se dedicaron a relanzar el Comité Regional de Ayacucho que «volvería a ser el centro de nuestras vidas, de Norah y mía, como la de muchos otros camaradas».[119] Augusta La Torre asumió como su alias de militante el de Norah desde el inicio de su relación con Guzmán y hasta el final de sus días. Según él, «ella escogió su nombre en relación a un personaje de *La hora veinticinco*, novela de Virgil Georghiu».[120] Lo más probable es que haya sido el marido quien influenció en la elección del alias por cuanto, como mencionamos antes, dicha novela había apasionado a Guzmán en su juventud transcurrida en Arequipa y un personaje tiene el nombre de Norah West.[121] En cuanto a Guzmán, el apelativo usado por él en ese entonces era Álvaro, elección realizada, según afirmación propia, por el simple hecho de utilizar un nombre español. Después, ya como líder de Sendero Luminoso, mudaría el alias por el de Gonzalo. En ambos casos está la huella de su influencia arequipeña, ciudad tradicional y de raigambre aristocrática en la que los nombres hispanos clásicos como los nombrados son utilizados por las clases altas.

A su retorno de la experiencia china, Abimael Guzmán ya era visto en la ciudad de Huamanga con cierto resquemor por sus actividades que mostraban a un activista antes que a un profesor universitario y eso le generaba diferencias y distancias con «el sector burgués» de la población reflejadas, por ejemplo, en la cancelación de las viviendas que alquilaba porque se convertían

119 Manuscrito de Abimael Guzmán.

120 Manuscrito de Abimael Guzmán.

121 Gheorghiu Constant-Virgil, *La hora veinticinco,* El buey mudo, Madrid, 2010.

en lugar de «encuentro de camaradas, compañeros, campesinos, masas pobres de los barrios, estudiantes, intelectuales, donde todos recibían luz, calor, preocupación y apoyo a sus problemas y consultas, y se trataba, discutía y aprendía de la situación mundial y nacional»[122]. Este hecho lo refrenda el propio Guzmán: «En esta segunda estadía ayacuchana vivimos en varios domicilios; de lo que recuerdo, ocupamos hasta tres casas distintas en diversas cuadras de un mismo jirón, el jirón San Martín»[123].

En junio de 1969, ocurrió un hecho que permitió calibrar el avance que Álvaro y Norah habían logrado en su trabajo de penetración en campesinos y estudiantes bajo el estandarte del maoísmo. Es un episodio que en ese tiempo se conoció como la Lucha por la Gratuidad de la Enseñanza. La Junta Militar encabezada por el general Juan Velasco Alvarado, que había derrocado un año atrás a Fernando Belaunde Terry, dictó el Decreto Supremo 006 por el cual perdían el beneficio de la enseñanza sin costo, propia de los colegios nacionales, aquellos alumnos que resultasen desaprobados. En una zona en la que los pobladores de los estratos pobres habían luchado durante décadas por acceder a la educación, la disposición gubernamental generó de inmediato una enorme movilización de protesta. «Los estudiantes secundarios ayacuchanos, principalmente los de la Gran Unidad Escolar Mariscal Cáceres, se apoderaron de las calles de la ciudad; masivos ríos juveniles la recorrían todo el día, de la mañana a la noche, remeciendo no solo el centro citadino sino muy especialmente los barrios pobres. Así Ayacucho en su totalidad: calles, barrios, mercados y plazas fueron teatro

122 Documento «¡Honor y gloria a la camarada Norah! En su 60º Aniversario», Miembros del Buró Político del Partido Comunista del Perú, 2006. http://www.bandera-roja.com/norah.html

123 Manuscrito de Abimael Guzmán.

de la incontenible y ascendente movilización que agitando por la educación popular y haciendo expresión de agravios se ganaron el apoyo del pueblo»[124].

Los militares a cargo del gobierno enviaron como fuerza de control a los Sinchis —la unidad antiterrorista de la policía—. Los choques con la población fueron violentos en las ciudades de Huamanga y Huanta, y el 17 de junio de 1969 una gigantesca manifestación paralizó la capital de Ayacucho y se congregaron en las calles, junto a los estudiantes, pobladores de distintos oficios reclamando se mantenga la enseñanza gratuita en los centros de educación públicos. A pesar del reclamo masivo el gobierno militar no cedió y los días 20 al 22 de junio se suscitaron enfrentamientos abiertos con los Sinchis y el intercambio de balas contra piedras y bombas lacrimógenas contra bombas molotov fue cruento hasta causar muertos y heridos.

> Cuando los Sinchis se llevaron algunos muertos a la morgue, la gente se enojó porque se estaba impidiendo hacer el velatorio. Querían que vayan los familiares a reconocer a los fallecidos para poder detenerlos. Tampoco querían que se hagan entierros en los días siguientes para que no haya marchas con los ataúdes. Yo era estudiante de Agronomía y tenía mis simpatías políticas, no sabíamos que los compañeros iban a terminar siendo terrucos, en ese año eran revolucionarios que luchaban por los derechos del pueblo. Nos dijeron «compañeros tenemos que recuperar a nuestros muertos» así que fuimos al hospital. Me quedé asombrado porque Augusta era bastante atrevida. Ella se puso al frente, era una chiquilla pero revoltosa; se le plantó a los policías, y empujando entramos y sacamos a los caídos y los llevamos al local del Frente de Defensa del Pueblo.[125]

124 Manuscrito de Abimael Guzmán.

125 Testimonio de Marcelino, ingeniero agrónomo, 22 de mayo de 2015.

El testimonio de este estudiante, hoy un abuelo ayacuchano, lo confirma un escrito de Abimael Guzmán: «las masas encabezadas por Norah y los camaradas arrancaron los cadáveres de los hijos del pueblo de la morgue; y en gigantesco sepelio masivo que dejó la ciudad desierta, el pueblo enterró a los caídos, niños unos, que la honraron con su sangre».[126] Augusta La Torre tenía veintitrés años de edad y fue su bautizo de fuego; Guzmán, de treinta y cinco, fue detenido junto a decenas de dirigentes que a bordo de un avión fueron traslados hasta la división de Seguridad del Estado en Lima. Le imputaron los delitos de ultraje a la Nación y a los símbolos representativos, ataque a las fuerzas del orden, uso de armas fabricación de explosivos y daños a la propiedad pública y privada. Fue puesto en libertad pocas semanas después.

La actividad proselitista de Augusta fue vehemente desde un inicio y se mantuvo a lo largo de toda su militancia. Participó en afianzar el Frente Estudiantil Revolucionario, fortaleció el Comité Regional del Partido Comunista, fue parte de la creación del Movimiento de Campesinos Pobres, organizó las Escuelas Populares y participó activamente en la fundación del movimiento terrorista Sendero Luminoso. Además de las tareas señaladas, su aporte fue clave en la generación de tres organismos que hicieron posible la capacidad de fuego del senderismo: en la década de los años setenta, la creación del Movimiento Femenino Popular; y en la década de los ochenta, su activa participación en el temible organismo Socorro Popular y en el Comité Metropolitano Norte, etapa que corresponde al inicio de los aniquilamientos selectivos y atentados con coches bomba en Lima. Quienes la conocieron en cualquiera de estas

126 Manuscrito de Abimael Guzmán. (En aquel año 1969 la Morgue de la ciudad estaba ubicada dentro de las instalaciones del Hospital Regional).

actividades coinciden en señalar una característica ostensible en su personalidad: «tajante en su rechazo a todo signo de apartamiento, era capaz de enmudecer a su contrario»[127].En tal sentido, el periodista Carlos Valdez con el bagaje que tiene a partir del conocimiento personal y el trato directo que tuvo con Augusta, es certero al señalar:

> Augusta fue la persona clave, sin ella Guzmán habría sido solo un teórico. Era una mujer con carisma y eso se necesita para convencer a la gente, además, tenía dos cosas fundamentales que Guzmán no tenía: sabía quechua y conocía la identidad local. Si no sabes el idioma ni cómo piensa la gente de la región ¿cómo convences para una «revolución»? ¿cómo te acercas al campesino si no sabes sus costumbres y su manera de pensar y tampoco sabes cómo hablarle? No vas a ir a todas partes con un libro bajo el brazo como caminaba Abimael y por eso le decían por molestarlo "sobaco ilustrado". Y encima era opaco, callado, retraído. Entre ellos se dio el complemento entre la teoría y la acción. Además, Augusta así como tenía gestos solidarios era también una mujer con capacidad de odio, sabía ser rencorosa y esos rasgos los tenían sus seguidores. Ella fue fundamental para todo lo que pasó».[128]

El decisivo Movimiento Femenino Popular tuvo su raíz en una pequeña agrupación impulsada por la camarada Norah en 1964 con el nombre de Fracción Femenina del Frente Estudiantil Revolucionario. Luego, en 1973, junto a Elena Iparraguirre Revoredo, la futura segunda esposa del caudillo

127 Documento Homenaje a la Memoria de la Camarada Norah, Comité Central Sendero Luminoso, agosto 2005, http://www.bandera-roja.com/norah.html

128 Entrevista con el autor. Huamanga, 3 de agosto de 2017.

senderista, y Catalina Adrianzen, una inteligente antropóloga casada con el ideólogo Antonio Díaz Martínez, logran convertir ese embrión en el Movimiento Femenino Popular, uno de los principales «organismos generados», nombre utilizado por los jerarcas de Sendero Luminoso para referirse a las organizaciones satélites que lograban construir.

A primera vista puede parecer que, en una sociedad notoriamente machista, un aldeano como Guzmán era un adelantado en promover la fundación de una organización femenina en un tiempo en que las mujeres soportaban impedimentos muchísimo más espinosos a los que hoy enfrentan en su legítimo derecho de tener un rol social igualitario con el varón. En realidad, Abimael no fue ningún adelantado. Su disposición a impulsar una estructura de ese tipo dentro del senderismo, obedeció a una razón ideológica: el maoísmo permitía las organizaciones femeninas y Guzmán como seguidor sectario de esa doctrina admitió tal criterio.

En efecto, cuando Mao Tse-tung comandaba la República Popular China esta era una nación con seiscientos millones de habitantes y el timonel de la revolución advirtió la existencia de una inmensa masa femenina a la que no se podía dejar de lado cuando el objetivo era conquistar adeptos. Entonces, enfocó su interés afirmando que «con el surgimiento del movimiento campesino, las mujeres han comenzado en muchos lugares a organizar asociaciones femeninas rurales; ha llegado para ellas la hora de levantar la cabeza, y la autoridad marital es sacudida día a día. En una palabra, con el crecimiento del poder de los campesinos, están tambaleando la ideología y el sistema feudo-patriarcales en su conjunto»[129]. Aunque Mao y Abimael

129 Mao Tse-tung: «Informe sobre la investigación del movimiento campesino en Junán», en *Obras Escogidas*, Tomo I.

comparten la ausencia de la figura paterna en sus infancias y la presencia de la madre como ocasional referente, no fue dicha circunstancia la que influyó en el desarrollo de conceptos acerca del la tarea social de la mujer. Al contrario, Mao estableció una relación utilitaria y hedonista con las mujeres utilizando una leyenda que le sirvió para anunciar que él necesitaba ser inmortal para conducir a la revolución por el camino adecuado y, para lograr esa finalidad, necesitaba seguir el derrotero del Emperador Amarillo, un mito según el cual el origen de los chinos proviene de este emperador que accedió al secreto de la inmortalidad teniendo trato sexual con mil jóvenes vírgenes. Entonces, según relata Li Zhisui, su médico de cabecera durante veintiséis años, Mao inició un «tratamiento» basado en que «el hombre que quiere alargar su vida necesita aumentar la parte del *yang* que se encuentra más debilitada (la esencia masculina) por medio del *yin shui* (el agua del yin o las secreciones vaginales) de mujeres jóvenes»[130]. De este modo, tuvo a su disposición a integrantes de la Guardia Roja, a bailarinas, a muchachas de las organizaciones obreras y a las hijas de familias campesinas que condescendían a sus deseos por temor a represalias o porque en el imaginario de entonces le debían gratitud al sacrificado hombre que regía los destinos de la revolución. En el discurso político, en cambio, era distinto. Se exhibía como un defensor de la mujer por la necesidad de cautivar al sector femenino para lo cual utilizaba mensajes demagógicos como «Las mujeres llevan sobre sus espaldas la mitad del cielo y deben conquistarla. Si esta permanece serena, las tempestades revolucionarias que deben barrer el viejo mundo, se reducirán a nubarrones pasajeros».

130 Li Zhisui, *La vida secreta del presidente Mao, memorias del médico personal de Mao*, Planeta, Barcelona, 1995.

En cuanto a Abimael Guzmán Reinoso, su finalidad fue la utilización política de la mujer. La presencia de la mujer en Sendero Luminoso fue muy protagónica, pero no por una opción feminista sino por el tesón de Augusta que convocó la presencia de la mujer para los fines senderistas. Cuando iniciaron sus acciones violentas, la dirección estuvo a cargo de Guzmán y dos mujeres, su esposa Augusta y Elena Iparraguirre Revoredo. En el Comité Central hubo amplia presencia femenina: Margi Clavo Peralta, Angélica Salas de la Cruz, Victoria Trujillo Agurto, Margot Liendo Gil, María Pantoja, Laura Zambrano, Elvia Zanabria Pacheco, Sibyla Arredondo y Yovanká Pardave Trujillo. Cuando el grupo terrorista recibió el primer gran golpe policial, el 1° de junio de 1990 (Operativo Isa), fueron capturadas treinta y un personas de las cuales dieciocho eran mujeres, todas al servicio de Abimael ya sea para su cuidado personal, para la administración de inmuebles que servían de escondite, para la atención de las necesidades cotidianas y el trabajo de conexión entre la clandestinidad y el mundo exterior, pero no en un esquema de igualdad sino más bien en uno patriarcal. A lo cual debe añadirse que Guzmán sometió a sus dos mujeres a una relación por lo menos extraña porque Augusta La Torre y Elena Iparraguirre compartieron la estrecha cercanía con el jefe terrorista desde 1975 hasta 1988 año en el cual, tras ocurrir la muerte de la primera, se reveló la relación amorosa entre la segunda y el viudo. Este vínculo, según los miembros del Grupo de Inteligencia de la policía que desbarataron a la organización subversiva, se inició mientras la camarada Norah estaba con vida. Entonces, es difícil concebir una relación adúltera encubierta cuando las tres personas vivían en un mismo escondite. Por lo tanto, se abren las hipótesis, es decir, que Guzmán haya podido imponer un triángulo amoroso o que la relación entre ambas mujeres haya llegado a un punto en que se tornó insostenible. A este respecto siempre ha sido materia

de sospecha la misteriosa muerte de Augusta La Torre (nadie sabe la causa real) y la extraña desaparición de su cadáver; ambas circunstancias dieron lugar a que una de las integrantes del Comité Central, Elvia Zanabria, fuese sancionada por exigir «una investigación sobre la muerte de la camarada Norah».

En consecuencia, la aprobación de Guzmán para el nacimiento del Movimiento Popular Femenino provino esencialmente de su devoción a las lecciones marxistas que acataba con fervor. En tal sentido, la dirigente senderista Catalina Adrianzen resume el criterio que empujó a Guzmán a consentir la presencia vital de la mujer:

> Para el marxismo ayer como hoy la politización de la mujer es el problema clave de su emancipación, y a ella los clásicos le prestaron especial atención. Marx enseñaba: «Cualquiera que conozca algo de historia sabe que los grandes cambios sociales son imposibles sin el fermento femenino. El progreso social puede medirse exactamente por la posición social del sexo débil» (Carta a Kugelmann, 1856). Y para Lenin la participación de la mujer es mucho más urgente e importante para la revolución: «La experiencia de todos los movimientos liberadores confirma que el éxito de la revolución depende del grado en que participen las mujeres»[131].

De modo que el jefe senderista al sostener que «en el Movimiento Femenino Popular hay acero. ¡Dónde no han estado! Fábricas, oficinas, magisterio, universidades, colegios, campo, casa; no se arredraban ante las críticas, siempre estaban al ataque, han usado todos los campos, han ido a obreros, campesinos, han hecho Convenciones, por ejemplo la de universitarios y ni Vanguardia

131 Catalina Adrianzen: «El marxismo, Mariátegui y el movimiento femenino», en www.marxists.org/espanol/adrianzen/mmmf/01.htm

Revolucionaria ni Patria Roja pudieron con nosotros»[132], estaba ensalzando las ventajas políticas que las mujeres entregaban a su movimiento, más aún, si se tiene en cuenta que Augusta La Torre no desarrolló un movimiento de corte feminista sino una milicia conformada por mujeres. En ese sentido, el texto del manifiesto fundador del Movimiento Femenino Popular es categórico y basta citar un párrafo explícito en el cual se expresa la irrebatible muestra de vocación militar que perseguían: «En esta sociedad cuyas masas se alzan contra el imperialismo y el feudalismo, las mujeres están tomando emplazamiento de combate y lanzan su claro grito de guerra para unirse al rugiente grito de nuestro pueblo. La lucha de la mujer peruana es parte de la lucha del pueblo oprimido y explotado y sus enemigos son los mismos»[133]. Por ello, según la investigadora Anouk Guiné, «el Movimiento Femenino Popular logró juntar a miles de mujeres en todos los niveles de la organización maoísta, con el fin de preparar la "Guerra Popular" desde un marco de "violencia revolucionaria" que se quiso librar contra la "violencia organizada del Estado". (...) La mayoría fueron mujeres andinas, mestizas, indígenas. (...) Empezaron entonces las "escuelas populares" con los alumnos enseñándoles la obra de Mao y el uso de las armas (revólver y dinamita); así como convocando a reuniones, formando nuevas organizaciones de base»[134].

132 Documento «¡Honor y gloria a la camarada Norah! En su 60° Aniversario», doc. cit.

133 Declaración de principios y programa del Movimiento Femenino Popular en Rimariyña Warmi, número 2, Vocero del Movimiento Femenino Popular de Ayacucho, septiembre 1973. Rimariyña Warmi se puede traducir como "Habla ya, mujer".

134 Anouk Guiné, *Encrucijada de guerra en mujeres peruanas: Augusta La Torre y el Movimiento Femenino Popular*, Université du Havre Groupe de Recherches Identités et Cultures (GRIC).

La presencia de la camarada Norah en la gestión del Movimiento Femenino Popular fue muy intensa y crucial como lo muestra el testimonio de un senderista:

> Augusta fue la parte más consecuente de ese aparato y es la que demuestra mayor firmeza y fidelidad a los principios. (...) Lo que hacía Augusta era tomar a las mujeres más aguerridas, las educaba y las integraba al movimiento. Armamos la sección femenina del Frente Estudiantil Revolucionario, luego la sección femenina de la Federación de Hogares, luego la sección femenina del Frente de Defensa del Pueblo, luego la sección femenina de las Trabajadoras del Mercado, la sección femenina de la Federación de Campesinos de Ayacucho, etc. y con todas ellas se armaban las convenciones de mujeres (...) Augusta y otras mujeres del Movimiento Femenino del Pueblo también trabajaron en las zonas mineras para integrar a la mujer del obrero a los sindicatos obreros y a las huelgas mineras[135].

Lo que vino después —las implacables mujeres senderistas ejecutoras de acciones violentas— fue una consecuencia premeditada desde el inicio. La camarada Norah adiestró una guardia femenina que, encabezada al principio por ella, fue protagónica en los arrasamientos de poblados y en los atentados en las ciudades. No fue casual que en el senderismo haya sido «una mujer la encargada de dar el tiro de gracia a los oficiales policiales y militares atacados por los especialmente entrenados escuadrones de aniquilamiento de Sendero Luminoso. El senderismo declara que el cuarenta por ciento de sus militantes son mujeres»[136].

Asimismo, junto al notorio número de mujeres prevaleció el interés de hacer visible al contingente femenino y por

135 Anouk Guiné, *Encrucijada de guerra en mujeres peruanas: Augusta La Torre y el Movimiento Femenino Popular*, art. cit.

136 Robin Kirk, *Las mujeres de Sendero Luminoso*, IEP, Lima, 1993, pág. 11.

ello existió ese rol de «la joven que da el tiro de gracia»[137] ataviada, además, con *blue jeans* y zapatillas para una rápida huida. Incluso, el propio Guzmán, en su recuento de los años de violencia se refirió al Movimiento Femenino Popular como uno de los organismos generados «que más ha servido al Partido y el empeñoso esfuerzo y energías que su plasmación demandaba redundó en resultados inmensamente mayores que las más altas expectativas imaginadas, lo prueba su grandioso aporte a la guerra»[138]. En suma, Augusta La Torre Carrasco, la camarada Norah, no fue esa grácil y bella muchacha que aparece sonriente en las fotografías del día de su matrimonio con Abimael.

Augusta también fundó un ramal del Movimiento Femenino Popular que, en los años setenta, era conocido como Socorro Rojo y, a partir de 1985, con el empuje de su creadora, empezó a operar en Lima bajo el nombre de Socorro Popular —uno de los organismos más temibles que tuvo Sendero Luminoso— encargado de la ejecución de sangrientos asesinatos selectivos en la capital peruana, la defensa legal de los terroristas capturados y la atención médica a los miembros del Ejército Guerrillero Popular. El papel primordial que tanto Augusta La Torre como Abimael Guzmán le otorgaron a Socorro Popular se puede notar en que los integrantes de esta organización eran personajes de su absoluta confianza como el profesor Víctor Zavala Cataño con quien compartían tareas desde 1962 cuando fue incorporado a la Universidad San Cristóbal tras dejar la Universidad de

137 Narda Z. Henríquez Ayín, *Cuestiones de género y poder en el conflicto armado en el Perú*, Concytec, Lima, 2006, pág. 19.

138 Anouk Guiné, *Encrucijada de guerra en mujeres peruanas: Augusta La Torre y el Movimiento Femenino Popular, art. cit.*

La Cantuta; similar cercanía y confianza tenían con Tito Valle Travesaño y Yovanka Pardavé designados como miembros del Comité de Dirección de Socorro Popular y pertenecientes al núcleo senderista desde el inicio de la lucha armada.[139]

Es importante tener en cuenta la mortífera categoría de Socorro Popular porque da una muestra de la personalidad real de Augusta La Torre, en tanto fue su autora y la que dio inicio a sus acciones. En tal sentido, el general Luis Valencia Hirano, exmiembro del Grupo Especial de Inteligencia que combatió a Sendero Luminoso, sostiene que «La mujer ha sido la más violenta; ha tomado decisiones radicales, ha ejecutado la tarea encomendada con mayor fiereza y crueldad. Socorro Popular, dirigido por mujeres y que jugaba un papel importante en cuanto a salud, asistencia e inmuebles, se convirtió en un aparato armado que superó al Comité Metropolitano de Sendero y es responsable de la mayoría de muertes y atentados en Lima»[140]. A su vez, la investigadora Laura Balbuena sostiene que «Sendero logró su cometido [con sus militantes mujeres]: las vemos más sanguinarias porque nos choca más. No nos imaginamos que sea tan sanguinaria como un hombre. Y el mensaje es: mira, mis mujeres son así de crueles, imagínate cómo serán los hombres».[141]

A partir de 1985, Socorro Popular centró sus acciones en Lima y la capital peruana empezó a conocer en directo la furia terrorista. El 24 de abril de ese año, tras interceptar su vehículo, dejaron gravemente herido al presidente del Jurado

139 Los detalles de la desarticulación de Socorro Popular realizado por el histórico Grupo Especial de Inteligencia de la Policía, se encuentran en el Atestado n.° 138-DIRCOTE del 5 de julio de 1991.

140 «Las mujeres de Sendero ya no cumplen roles clave ¿qué papel tienen hoy?», entrevista de Gonzalo Galarza Cerf en diario *El Comercio*, 19 de febrero de 2012.

141 Ídem. Balbuena elaboró su tesis doctoral con el título *Cuando el terror tiene rostro de mujer.*

Nacional de Elecciones, Domingo García Rada, y muerto a su chofer Segundo Navarro Silva. Semanas después, el 7 de junio, durante la visita del presidente argentino Raúl Alfonsín, hicieron explotar coches bomba cerca de la Casa de Gobierno y del Palacio de Justicia y desataron incendios en varios centros comerciales. Aquella noche, por vez primera, Sendero Luminoso «utilizó la modalidad de coches bomba para realizar sus acciones. Fue entonces que un organismo generado, Socorro Popular, empezará a adquirir una importancia inusitada en la actividad senderista en Lima. (...) los dirigentes encargados de Socorro Popular [tenían] el mandato de militarizar totalmente el Partido»[142].

Durante años, en realidad, a lo largo de dieciséis extensos años contados desde 1964 a 1980, Augusta La Torre y los activistas encandilados por el sueño maoísta de Abimael Guzmán, tuvieron todo el tiempo que les fue necesario para ir estructurando el que sería el movimiento terrorista Sendero Luminoso. Con paciencia, con tesón, yendo de una población a otra, organizando actividades, desarrollando sus Escuelas Populares y aprovechando la escasa o inexistente formación de pobre gente hastiada de pobreza, fueron captando y entrenando a militantes y simpatizantes con un persistente trabajo de difusión de su propuesta «para construir un país sin pobreza» a partir de la consigna «El poder nace del fusil». Operaron así a sabiendas de que, para las infortunadas gentes de antigua pobreza, ese mensaje era cautivante porque ofrecía una esperanza; y, cuando se está desposeído de todo, una esperanza es siempre una luz que se atiende. Hay un momento en que los desheredados sienten que arriesgar sus vidas «por un ideal» es apenas una variación de

142 *Comisión de la verdad*, Tomo II, Primera parte, Sección segunda, Capítulo 1: Los actores armados.

la muerte que, igual, los terminará visitando ya sea por hambre o por enfermedad.

En un país pobre, que a partir de la década de los sesenta se empezó a rebelar, aconteció que los gobiernos de Fernando Belaunde y las Juntas Militares de Juan Velasco Alvarado y Francisco Morales Bermúdez le entregaron el escenario perfecto a quienes estaban construyendo una simulación del sanguinario maoísmo que culminaría en los años de terror, de sangre y fuego que sofocarían al Perú. Se ha difundido la cínica idea de que los gobernantes no pudieron tomar acciones preventivas porque Sendero Luminoso era un movimiento clandestino. Es un argumento falso para justificar los inexcusables errores cometidos. El senderismo fue clandestino recién a partir de 1980 cuando ya se habían organizado y preparado para la «guerra popular», pero en todos los años anteriores su trabajo fue público. Entre 1964-1980, Abimael y Augusta eran personajes conocidos. El primero no solamente actuaba en Ayacucho en su doble rol de catedrático y activista sino que era Secretario de Organización del Partido Comunista Peruano con sede en Lima. Fue detenido en cinco ocasiones —la última de ellas en 1979, meses antes de iniciar su «guerra popular»— y siempre fue puesto en libertad —incluso con mediación de dirigentes de la izquierda formal— y sin que ninguna autoridad civil, policial o militar prestase atención a sus actividades. La camarada Norah también tenía presencia pública, sus tareas en las zonas populares de Huamanga y ciudades afines eran conocidas al igual que sus desplazamientos a otros departamentos para sus labores de ganar la adhesión de las mujeres, faena en la que fue tan perseverante al punto que logró algo que nunca ha ocurrido en el Perú: que una organización (legal o ilegal) tenga el cuarenta por ciento de integrantes femeninas y poco más de la mitad de los miembros en el Comité Central.

Además, de la pareja de esposos fundadores de Sendero Luminoso, también tenían notoria presencia pública otros dirigentes principales —Antonio Díaz Martínez, Julio Casanova, Osmán Morote— conocidos por sus tareas en la Universidad San Cristóbal, por sus viajes a la República Popular China y acciones de agitación en la ciudad. En la universidad impusieron dentro de los planes de estudios una larga lista de cursos obligatorios para estudiar el Materialismo Dialéctico y toda la gama de lecturas de Marx, Engels, Lenin y Mao sin que ningún ministro de Educación prestase la más mínima atención a esa encendida luz alarma.

Así fue como una modesta pareja de esposos provincianos, capturados por el fuego del fanatismo que otorga una insólita energía para realizar tareas imposibles, logró crear, desde una pequeña ciudad, el movimiento Sendero Luminoso catalogado entre los más bárbaros en la historia de los movimientos terroristas. Fue una organización pequeña que logró llevar a la quiebra a un país que, en 1980, cuando iniciaron «su revolución», tenía diecisiete millones de habitantes y en 1992, cuando la pesadilla concluyó, se había incrementado en cinco millones. Sin embargo, toda esa población con gobierno, ejército y policía fue embestida por Augusta, una vehemente mujer, y Abimael, un trastornado profesor universitario, junto a un puñado de dirigentes hombres y mujeres, todos juntos no más de veinte individuos y una milicia que, en su mejor momento, llegó a los 1500 combatientes. Se les cedió el escenario durante años y, cuando empezaron su asedio, a nadie se le ocurrió el uso del arma de Inteligencia —seguimientos, infiltración, búsqueda de información—, esa arma que recién en 1991 iniciaría su tarea salvadora.

EN 1974, LA CAMARADA NORAH «de convicciones apasionadas y decisiones definitivas»[143], después de desplazarse por Andahuaylas, Cusco, Cerro de Pasco, Cajamarca y las cooperativas azucareras del norte, organizó, a través del Movimiento Femenino Popular, la primera Convención de Mujeres Campesinas de Ayacucho, y luego se trasladó, junto a Abimael, a Lima con el objetivo de «desarrollar el partido» desde la capital del país. Se instalaron en el departamento de los padres de Augusta ubicado en la Residencial San Felipe, en el distrito de clase media de Jesús María. Al año siguiente, la Organización de las Naciones Unidas proclamó a 1975 como el Año de la Emancipación de la Mujer, y el senderismo, utilizando su Movimiento Femenino Popular, desarrolló su Primera Convención Nacional además de otros cuatro eventos: la Asamblea Nacional de Mujeres, la Convención de Mujeres Obreras, la Convención de Mujeres Pobres de Barrios y Barriadas de Lima y la Convención Nacional de Universitarias sobre Emancipación de la Mujer.[144]

En los dos años siguientes, el país vivió una enorme turbulencia social llena de movilizaciones, huelgas, protestas y enfrentamientos con las fuerzas del orden. El gobierno militar exhausto ante el reclamo generalizado por la severa crisis económica y las acciones de numerosos grupos de izquierda, decidió convocar, en 1977, a una Asamblea Constituyente período que culminó con el llamado a elecciones generales para el 18 de mayo de 1980. En esa etapa, Abimael Guzmán se negó a que Sendero Luminoso participe en los paros nacionales de 1977 y 1978 y tan solo admitió una participación en la huelga magisterial

143 Testimonios recogidos por Jaymie Patricia Heilman, en *Before the Shining Path, Politics in Rural Ayacucho, 1895-1980*. Stanford University Press, 2010.

144 Anouk Guiné, *Encrucijada de guerra en mujeres peruanas: Augusta La Torre y el Movimiento Femenino Popular*, art. cit.

de 1978 y en la huelga estudiantil de 1979 en atención a las raíces del senderismo. Se puso al margen de las revueltas sociales porque su óptica era distinta al del resto de la izquierda peruana a la que acusaba de «electorera y oportunista» por centrar su objetivo en la desestabilización de la Junta Militar a través de constantes movilizaciones. La mirada de Guzmán era otra: Mao Tse-tung había muerto, la revolución proletaria mundial necesitaba un sucesor y dado que en el Perú existía una «situación revolucionaria en desarrollo» había llegado la hora de preparar el inicio de la guerra popular del campo a la ciudad dirigida por él, la Cuarta Espada de la Revolución Mundial, el continuador de Marx, Lenin y Mao. En junio de 1977, Abimael y Augusta elaboraron un Plan Nacional de Construcción y, junto a la camarada Norah, organizaron la Escuela Nacional de Cuadros, ordenaron el desplazamiento de decenas de militantes a la sierra sur, impulsaron las Escuelas Populares para el adoctrinamiento de militantes y pusieron su atención en un organismo generado al que consideraban fundamental, el Movimiento de Campesinos Pobres. Al año siguiente, en julio de 1978, Sendero Luminoso realizó un evento llamado El VIII Pleno que fue clave por sus repercusiones futuras. En esa cita fue aprobado el «Esquema para la lucha armada». No fue un acuerdo fácil porque Guzmán y La Torre encontraron opositores bajo el argumento de que no era oportuno optar por la vía de las armas y que se trataba de una posición que reflejaba «un infantilismo de izquierda». Según un documento de la propia organización senderista, la camarada Norah tuvo un rol decisorio porque «toma posición y se reafirma, desenmascara la acción de los grupos así como refuta y aplasta el ataque de los afines». En lenguaje llano significa que Augusta La Torre, con treinta y dos años de edad y quince de militancia, ejercía un liderazgo radical expresando

sus posiciones incluso en un tono mayor que el utilizado por Guzmán, pues, fue ella quien «Descolló en primera línea en defender la Jefatura del Presidente Gonzalo»[145].

En rigor, la etapa previa al inicio de la lucha armada, es un momento en que la camarada Norah pasó a tener una presencia aún más decisiva de la que ya ostentaba. En esa coyuntura se convierte en la creadora del liderazgo excluyente, personalista e incontestable que ejerció Guzmán desde entonces y hasta su caída. Es ella quien retira el apelativo Álvaro que venía usando Guzmán y lo sustituye por el de Gonzalo para dar un aire fundacional a quien se convertirá en el «Presidente Gonzalo, jefe del partido, guía de la revolución mundial». Fue Augusta La Torre la autora de la frase *Pensamiento Gonzalo*, que es apenas un cliché, pero al que logra dale una sólida potencia de marketing. Detrás de esa frase solo hay una ausencia de contenidos porque no existe ningún escrito doctrinario en el cual Abimael Guzmán haya desarrollado un pensamiento capaz de continuar la saga de los clásicos pensadores Marx o Lenin. El acierto de la camarada Norah fue inventar un eslogan, *El Pensamiento Gonzalo,* que le fue útil para crear el mito de un supuesto pensador, un presunto sabio en conceptos políticos y militares que, en realidad, carecía de una doctrina. Como todo eslogan sirvió para la propaganda, para dar la imagen de que el Pensamiento Mao Tse-tung esta vez se convertía en la inspiración de un nuevo líder que le daría continuidad con el Pensamiento Gonzalo.

El mérito de Augusta La Torre es insoslayable en esa creación para ilusionar a masas desprevenidas y sin ninguna formación: campesinos desdichados, desventurados hijos de campesinos, muchachos pobres de barriadas pobres, a todos ellos les mudaron

145 Documento «¡Honor y gloria a la camarada Norah! En su 60° Aniversario», doc. cit.

sus deseos de superación, su necesidad de salir de la miseria, por la fábula de una revolución. La autoría de Augusta La Torre surge de la propia versión de Guzmán quien ha escrito: «De tu experiencia y labios salieron, respaldados por la Fracción: "pensamiento guía" primero; "pensamiento Gonzalo", después, "aprender del Presidente Gonzalo" y muchas más»[146].

En igual sentido, existen documentos de la organización terrorista en los que se puede leer que fue ella quien les enseñó a enarbolar, defender y aplicar el inexistente pensamiento Gonzalo.

> Fue por iniciativa y propuesta de ella que el Partido estableció las consignas de Aprender del Presidente Gonzalo y Encarnar el pensamiento Gonzalo. (...) En los eventos partidarios y los debates del Comité Central la camarada Norah abría brecha, cerrando filas y tomando firme posición por los informes presentados por el Presidente Gonzalo, resaltando los aportes y desarrollos del pensamiento Gonzalo al marxismo-leninismo-maoísmo, a la Revolución Proletaria Mundial. (...) Nos forjó en el ejemplo de reconocimiento, lealtad, camaradería y respeto al Presidente Gonzalo, de cómo se trabaja unidos, con absoluta entrega, dedicación y desinterés absoluto, enseñándonos con su ejemplo imperecedero a dar la vida por el Partido y la Revolución.[147]

Para tener una idea cabal de su personalidad conviene reparar en los testimonios brindados por miembros de Sendero Luminoso que tuvieron relación directa con la camarada Norah. Las descripciones que realizan desde la intimidad de las reuniones clandestinas trazan un perfil del personaje:

146 Abimael Guzmán Reinoso, «In memoriam de Norah», en *De puño y letra*, Mano alzada, Lima, 2009, pág. 348.

147 Documento «¡Honor y gloria a la camarada Norah! En su 60º Aniversario», Miembros del Buró Político del Partido Comunista del Perú, 2006. http://www.bandera-roja.com/norah.html

«(...) sus gestos y manos golpeaban con mucha dureza contra quienes habían expresado tal opinión "política". Me impresionó, una vez más, su cólera y sus gestos muy duros que no había conocido antes en la joven dirigente del PCP. Sus justos razonamientos eran expresados con tal precisión y cólera comunista, que hacía agachar la cabeza a quienes habían manifestado y dado a entender que la Junta Militar fascista tenía un ápice de revolucionario. Más aún si alguno de ellos en vez de autocriticarse dejaba duda con sus intervenciones a medias tintas. Así, la camarada Norah nos hacía ver la precisa y correcta formación comunista que nos enseña el Presidente Gonzalo, Jefatura del PCP y la Revolución».

«Entre 1977 y 1979, me desplacé al Cuzco por disposición justa y correcta del Partido. En 1978 —según mi dubitativa memoria—, llegó la camarada Norah (...), se despertaba muy temprano cada día. Y preparaba la reunión con los documentos partidarios correspondientes. Pero luego caminaba de un lado a otro de la habitación. En esa marcha, la camarada no leía; más bien caminaba pisando fuerte cada paso y movía, simultáneamente, brazos y puños como si estuviera martillando las ideas que pronunciaba apenas en sus labios».

«Nos hizo ver el error que habíamos cometido: "Ustedes están buscando masas en las punas desoladas, apenas pobladas. Y las masas campesinas están, numerosamente en los valles, en las narices de ustedes. ¿No las han visto?" Y, al mismo tiempo taconeaba. Como se dice recibimos una marza (sic). Agachamos la cabeza. Nos miramos como buscando en los ojos de cada uno de nosotros y nos autocriticamos. No bastó una vez. La c. Norah nos exigió estar bien conscientes del tremendo error que habíamos cometido. Perdiendo el tiempo, retrasando la Revolución».[148]

148 http://presospoliticosdelperu.blogspot.com/2015/09/sobre-camarada-norah-testimonios-de_26.html

Si bien Augusta La Torre tuvo múltiples tareas, fue en su rol militar donde radica su enorme influencia en el accionar de Sendero Luminoso. El propio cabecilla de la organización ha dado testimonio de ese papel: «¿Cómo no recordarla en las Escuelas Populares que dictaba con las masas, en las Escuelas de cuadros partidarios zonales, regionales o centrales, con sus granitos de maíz en el suelo tratando de explicar los cercos y contracercos de las campañas? ¿Cómo no tenerla presente con su gorra verde en la Iª Compañía del Ejército Guerrillero Popular o su uniforme azul del Partido?»[149].

Es evidente que sin la presencia de Augusta La Torre, Abimael Guzmán jamás habría podido construir Sendero Luminoso y tampoco habría logrado dar inicio a su «lucha armada». Ahora bien, además del aporte de la camarada Norah en la creación de dos organismos generados muy importantes: el Movimiento Femenino Popular y Socorro Popular, existe un ámbito en el que fue esencial y que guarda relación con un asunto médico.

El año 1974 la pareja se mudó a Lima porque al cabecilla senderista, con cuarenta años de edad, le diagnosticaron mal de montaña crónico condición que produce policitemia, una patología que incrementa notoriamente la cantidad de glóbulos rojos en el torrente sanguíneo ocasionando dificultad para respirar, mareos, fatiga y dolor de cabeza. Una de las características de esta enfermedad es producir hipertensión pulmonar lo cual para quien vive en ciudades de altura supone molestias que afectan incluso la memoria y el carácter, y que mejoran rápidamente una vez que el paciente desciende a nivel del mar. El mal

149 Documento «¡Honor y gloria a la camarada Norah! En su 60º Aniversario», doc. cit.

de montaña crónico es conocido también como la enfermedad de Monge, en honor al médico peruano Alberto Monge quien identificó y describió este mal por vez primera en la década de los años veinte.

En consecuencia, Abimael tuvo que abandonar la ciudad de Huamanga que tiene una altitud de 2761 m sobre el nivel del mar y, entonces, desde Lima, a 550 kilómetros de Ayacucho, le era imposible ocuparse de las tareas necesarias para dar crecimiento a su organización. Por ello, Augusta, con todo el vigor de sus treinta años, empieza a viajar con frecuencia a Huamanga y a las ciudades de Cangallo, Chuschi, Vilcashuamán y el valle del río Pampas, zonas en las que cuatro años después habría de estallar el alzamiento senderista.

A la afección sanguínea y la hipertensión pulmonar, Guzmán sumaba la psoriasis que le apareció en 1973. Este mal es de origen autoinmune, es decir, el propio organismo envía células a destruir la piel creyendo que se trata de un tejido extraño y los signos visibles de esta enfermedad son las escamas acompañadas de inflamación, dolor, hinchazón y picor en los codos, las rodillas, piernas, espalda y/o cuero cabelludo. Es una enfermedad de curso ondulante, es decir, mejora y empeora sin un patrón determinado, y cuando la persona que la padece está sometida a situaciones de estrés le asoman episodios severos. En el caso del jefe senderista se añadió también una artritis psoriatica localizada, al principio, en la pierna derecha lo cual dificultaba su andar.

De modo que la figura de Augusta La Torre Carrasco —presente desde 1962, a los diecisiete años de edad, hasta su muerte en 1988 a los cuarenta y dos años— tiene una vigencia de veinticinco años sin pausa junto a Abimael Guzmán Reinoso, supliendo incluso las tareas que este no podía desempeñar en

la región andina. Sin embargo, a pesar de que su influencia y protagonismo eran enormes, no actuó por sí sola porque su fanatismo la llevó a ubicar en un alto pedestal a Guzmán y fue ella, conforme lo acreditan los propios militantes, quien imprimió al senderismo uno de sus rasgos más notorios: el desmedido culto a la personalidad del Presidente Gonzalo —«el más grande hombre de la presente época»; «el formador de legiones de hierro dispuestas a pasar todas las tempestades»—, llegando al inaudito extremo de considerarlo «una figura casi divinizada, a la que los militantes sacrificaban su individualidad suscribiendo "cartas de sujeción" que constituían el compromiso escrito de ofrendar la vida por lealtad personal a su máximo dirigente. Esta incondicional adhesión producía entre los cuadros senderistas una relación casi religiosa. Un militante detenido en un penal limeño, hablando de la significación histórica de su líder, decía: "colma el yo profundo, mueve el alma y encanta al espíritu: y da al individuo, como parte del conjunto, razón última de vivir. Yo como individuo no soy nada; con las masas y aplicando el Pensamiento Gonzalo, puedo ser un héroe, muriendo físicamente por la revolución, viviré eternamente"»[150].

Toda esta impronta fue inculcada, impregnada, cincelada por la camarada Norah quien, a su vez, antes de iniciar el levantamiento armado hizo su propia promesa: «¡Cómo soldado rojo del Partido prometo no dar un solo paso sin la dirección personal del Presidente Gonzalo, garantía de triunfo!».[151]

150 Julio Roldán, *El mito Gonzalo*, Lima, 1990, pág. 116.

151 Abimael Guzmán Reinoso, «In memorian de Norah», en *De puño y letra*, Mano alzada, 2009, pág. 348.

SOMOS LOS INICIADORES

El hombre sano no tortura a otros. Generalmente, es el torturado el que se convierte en torturador.

CARL JUNG.

El jueves 7 de junio de 1979, Abimael Guzmán reunió al Comité Central de Sendero Luminoso para un encuentro que denominó «Acto de la Bandera». Lo hizo el mismo día en que el ejército peruano realiza el Juramento de la Bandera en todas las ciudades del país. Probablemente la elección de la fecha guarde relación con aquel antiguo deseo suyo, al culminar el colegio: enrolarse en la escuela de oficiales del ejército, aunque esta vez ya su camino era otro y otra su milicia; lo cierto es que al inicio de su discurso dijo: «Hoy es el día de la jura de la bandera; pero, la nuestra es Bandera Roja, tiene un distintivo: la hoz y el martillo. Nuestra Bandera es absolutamente roja; siempre los que se levantan tienen banderas rojas»[152].

Aquella vieja aspiración militar empezó a tomar forma final ese 7 de junio de 1979. Con un discurso inflamado que sus adeptos han conservado con el nombre «Por la nueva bandera», logró quebrantar a sus opositores que planteaban el trabajo de bases, las tareas organizativas y el crecimiento del partido en lugar de la aventura de las acciones armadas. Con un tono de

152 Abimael Guzmán Reinoso, discurso «Por la nueva bandera», IX Pleno Ampliado del Comité Central, 7 de junio de 1979. http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0380.htm

profeta Guzmán expuso, en un discurso exaltado, argumentos como este para desvirtuar la posición de sus opositores: «quince mil millones de años lleva la Tierra para generar el comunismo, ¿cuánto dura un hombre?, mucho menos que el simple parpadeo de un sueño; no somos sino una pálida sombra y pretendemos levantarnos contra todo ese proceso de la materia; seremos un sueño a fenecer. Burbujas ensoberbecidas ¿eso queremos ser? ¿una parte infinitesimal que quiere levantarse contra quince mil millones de años?, ¡qué soberbia, qué putricción!, viejo mar envejecido, podrido por el tiempo, feudal, burgués, imperialista, aguas negras en descomposición. ¿Qué más es?: fetidez, ridículo. ¡Seamos pues materialistas! ¡Comunistas! demostrémoslo, eso es necesario»[153].

Existen a lo largo de la historia múltiples ejemplos de cómo los líderes mesiánicos logran imponer sus posturas, mucho más cuando sus seguidores carecen de una formación crítica o ignoran conceptos básicos que les permitan evaluar aquello que se les está diciendo. El discurso emotivo, en política, suele ser eficaz y en ese evento el afiebrado líder senderista consiguió varios objetivos: impuso su deseo de preparar, con premura, el comienzo de la lucha armada y fue ungido como el Presidente Gonzalo, artífice del partido y guía de la inminente revolución.

Doce semanas después, en septiembre, con el país envuelto en protestas y huelgas, en especial una prolongada huelga magisterial; con partidos políticos en pugnas internas para elegir sus candidatos electorales después de doce años de gobierno militar; una izquierda fragmentada pero muy activa y una Junta Militar apremiada por entregar el poder, Sendero Luminoso convocó a la I Conferencia Definir y Decidir y, nuevamente, Guzmán

153 Ídem.

logró imponer su criterio belicista. Para él, el hecho de que el país estuviese inmerso en una enorme baraúnda era una señal de que se estaban dando las condiciones para una revolución. Es cierto que el año 1980 se abrió con una conmoción social producto de huelgas de trabajadores bancarios, telefónicos, gráficos, textiles, municipales, mineros y de aduana, pero el mesías senderista en ningún momento se detuvo a analizar cuáles eran las aspiraciones de esa sociedad convulsionada, no se preguntó si esa masa de protestantes deseaba un país envuelto en guerra y, así, no percibió que tras doce años de imposición militar la inmensa mayoría del país buscaba conquistar derechos básicos para vivir en libertad.

Ninguno de esos miles de huelguistas y manifestantes tenía en mente una «lucha armada». Exigían mejores salarios, estabilidad laboral, servicios básicos y libertad de expresión. Pero Guzmán, desde su nublado mundo interior, interpretó que se abría la gran oportunidad para iniciar la revolución maoísta por la que estuvo trabajando desde 1962. No entendió, como veremos más adelante, que habían transcurrido dieciocho años, que el Perú había cambiado sustancialmente y, siendo marxista, olvidó que la historia nunca es inmóvil.

En ese contexto, el senderismo convocó para el 17 de marzo de 1980, sesenta y un días antes de abrir fuego, la II Sesión Plenaria del Comité Central. Durante once días, hasta el 28 de marzo, Guzmán se enfrascó en encendidos debates con el sector que insistía en la imposibilidad optar por la vía armada. Argumentó con énfasis: «nuestro pueblo pide decisión; el pueblo clama y nosotros respondemos a ese clamor, a esa exigencia, sentimos lo que sienten y queremos lo que quieren, quieren que sus manos hablen el lenguaje preciso y contundente de los

hechos armados»[154]. Al final terminó imponiéndose y se aprobó el «Plan de inicio de la lucha armada».

Es importante una pausa para no simplificar los hechos. No es que Guzmán se impuso como quien da una orden que otros acatan. Sería un grueso error afirmar o pensar que así ocurrió. Para convencer a la gente a abandonar sus hogares, sus actividades, sus aspiraciones y poner en juego su existencia aceptando «llevar la vida en la punta de los dedos», «pagar la cuota de sangre necesaria para el triunfo de la revolución» y «estar dispuestos a cruzar el río de sangre», no basta una orden, tampoco sirven ni el análisis político ni los argumentos sobre la coyuntura de un país; se requiere algo mucho más profundo: ingresar al espíritu de esa gente hasta lograr su convencimiento no por la vía de la razón sino a través del misterioso camino de la emoción, esa emoción que las sectas religiosas saben imprimir en sus fieles, que los líderes mesiánicos estampan en sus seguidores, que los guías de los movimientos fanáticos esculpen en sus devotos. Hay quien ha dicho con perfecto acierto que «no hay violencia política sin discurso». De eso se trata. Las masas para tomar una bandera y luchar por ella necesitan primero ser convencidas, tener el fuego de una emoción dentro de sí, un motivo, por extraño o absurdo que fuese, que toque sus fibras más primarias, que inunde sus espíritus. Nadie ofrenda su vida o la pone en riesgo por una razón lógica, por un razonamiento frío y coherente.

La habilidad que tuvo Abimael Guzmán en la II Sesión Plenaria del Comité Central de aquel 28 de marzo de 1980, fue dejar a un lado las áridas peroratas de los manuales comunistas,

154 Abimael Guzmán, discurso «Comenzamos a derribar los muros y a desplegar la aurora», II Sesión Plenaria del Comité Central, 28 de marzo de 1980. http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0380.htm

tampoco recurrió a un análisis sobre la convulsión social que vivía el país, mudó por completo su discurso y se instaló, con tono bíblico, en el rol del profeta, del iluminado que anuncia aquello que los mortales no llegan a ver pero se conmueven al pensar que un sueño es posible de ser alcanzado.

Su discurso en ese cónclave definitorio tuvo el título de «Comenzamos a derribar los muros y a desplegar la aurora» y se pueden hallar párrafos como estos:

> Existe miseria y está junto a fabulosa riqueza, hasta los utópicos lo sabían que ambas andan juntas: ingente y desafiadora riqueza junto a denunciadora y clamante pobreza. Y es así porque la explotación existe. La explotación está uncida a la opresión y esta también existe, asesina a las masas, las consume por el hambre, las aherroja, las degüella, pero las masas no son corderos, están formadas por hombres agrupados en clases que se organizan, generan sus partidos y estos sus dirigentes (...) Hemos predicado, llamado a las armas, a la lucha armada. Nuestra voz no ha caído en el desierto, la semilla cayó en buen surco, comienza a germinar.
>
> Las voces que lanzamos son ecos poderosos, crecientes, voces que atronarán nuestra tierra. Aquellos a quienes dijimos ponerse en pie, levantarse en armas, sembrando en su voluntad, responden: estamos prestos, guíennos, organícennos, ¡actuemos!; y cada vez nos requerirán más. O nosotros cumplimos lo que prometimos o seremos hazmerreír, fementidos, traidores. Y eso no somos nosotros. (...) Que las acciones armadas confirmen nuestra prédica, que nuestra sangre se junte con la sangre de los que tienen que verterla; no tenemos derecho a que esa sangre tirite sola, que su frío se acune con la tibieza de la nuestra. O no somos lo que somos (...) es como un largo camino, es como el andar, mover un pie te exige mover el otro y otro y si te cansas no es para quedarte sino para tener suave y calmo descanso y seguir ascendiendo.

> Mañana la materia nos recogerá en su bélica paz, allí es donde podremos descansar definitivamente. (...) Hagamos acciones militares. Fogueémonos en ella. De novatos que somos devendremos experimentados. Que tus manos desarmadas arrebaten las armas de quienes las tienen aplicando la astucia y guiadas por ideas claras (...) vamos a actuar en boicot, cosechas, invasiones, sabotajes, terrorismo y principalmente en acciones guerrilleras. Ese es nuestro destino, nuestra necesidad. Todos hemos firmado: que florezca la violencia concretada en el Inicio de la Lucha Armada, llevémosla adelante mediante grupos armados; comenzar por los grupos sin armas, de esas ardientes semillas brotarán ardientes girasoles. (...) Así la aurora aposentará en nuestra patria.[155]

Este discurso, junto a otros, con acento bíblico no debe ser visto como un mérito de Guzmán. Si bien fue eficiente para generar en el senderismo la convicción fanática, los actos de una persona se miden también por las consecuencias que genera y el cabecilla senderista, con estas disertaciones, le entregó a su bárbara feligresía una excusa para incurrir en una violencia desmesurada. Con el pretexto de la lucha armada en nombre de una «revolución» que no sabían explicar con certeza, repitiendo frases hechas, incapaces de articular ideas razonables, se dedicaron al asesinato con vesania: cometieron crímenes por un inexistente Pensamiento Gonzalo; arrasaron poblados andinos por un Pensamiento Mao que no sabían explicar; estallaron homicidas cochesbomba por la ficción de estar conquistando una ciudad; y, en lugar de la aurora prometida, trajeron años de oscuridad, de sangre y de dolor.

155 Abimael Guzmán Reinoso, discurso «Comenzamos a derribar los muros y a desplegar la aurora», disc. cit. http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0380.htm

Pero estamos todavía en 1980 y en ese año existe un mes con unos días que habrían de marcar duramente, a sangre, a fuego, a explosivos, los siguientes doce años de un desconcertado país. Entre el 2 y el 19 de abril de 1980, Sendero Luminoso llevó a cabo su Primera Escuela Militar en una casa ubicada a 34 kilómetros de Lima, en el distrito de Chaclacayo —una versión sostiene que se trató de la casa de Efraín Morote Best, un predio de 650 metros cuadrados en la calle Los Eucaliptos 586—.[156] Esta escuela sirvió para el adiestramiento de quienes habrían de iniciar las acciones terroristas veintiocho días después, el 17 de mayo de 1980.

En la clausura del evento, Abimael Guzmán pronunció un discurso nacido de la pasión sin ningún análisis sobre la coyuntura que se vivía en el mundo y en el país. Anunció:

> Somos los iniciadores, esto debemos grabárnoslo profundamente en nuestra alma. Esta reunión es histórica. Camaradas, somos los iniciadores, así pasaremos en la historia que el Partido viene escribiendo hace tiempo en páginas que nadie podrá destruir. Camaradas ha concluido nuestra labor con manos desarmadas, se inicia hoy nuestra palabra armada (...) Nos ha correspondido vivir en una época extraordinaria. Nunca antes los hombres tuvieron tan heroico destino, así está escrito.
>
> A los hombres de hoy, a estos hombres que respiran, que bregan, que combaten, les ha correspondido barrer a la reacción de la faz de la Tierra, la más luminosa y grandiosa misión entregada a generación alguna. En esa situación estamos. La revolución mundial entra en ofensiva estratégica, nada puede prevalecer contra

156 Esta versión no está comprobada, pero es verosímil si se tiene en cuenta que los jefes senderistas solían utilizar predios propios. En Ayacucho los primeros entrenamientos en la década de los años 70 se realizaron en la hacienda Iribamba de propiedad de la familia de Augusta La Torre; en la ciudad de Huamanga se reunían en el fundo Totorillas de Efraín Morote Best.

> ella; innumerables legiones de hierro se levantan y se levantarán más y más, y multiplicándose inagotablemente cercarán, aniquilarán a la reacción. La reacción, al desgarrar las carnes del pueblo, al descargar sus sangrantes zarpas, lo que hace es simplemente enredarse, enmarañarse; busca saciarse en la sangre del pueblo, pero esa sangre se levanta como alas furiosas y esas carnes golpeadas se convierten en poderosos látigos vengadores y sus músculos y su acción se convierten en arietes de acero para destrozar a los opresores a quienes aplastará irremediablemente. (...)
>
> Eso es lo que somos. Un puñado de hombres, de comunistas, acatando el mandato del Partido, del proletariado y del pueblo, en ese 19 de abril, dirá la historia, puestos de pie expresaron su declaración de fe revolucionaria, con el corazón ardiendo de pasión inextinguible, voluntad firme y resuelta, y con mente clara y audaz asumieron su obligación histórica de ser los iniciadores (...) así dirá camaradas, así dirá. Seremos protagonistas de la historia, conscientes, organizados, armados y así habrá la gran ruptura y seremos hacedores del amanecer definitivo. En eso hemos entrado camaradas.[157]

Y en el cierre de su alocución indicó que desde ese momento se iniciaba el ILA 80 (Inicio de la lucha armada).

Este discurso permite afirmar que Guzmán padecía de una alteración en la percepción de los hechos y confundió sus deseos con la realidad. Sostuvo lo siguiente: «Camaradas, están compaginados el proceso mundial, el proceso del país y el proceso del Partido. Por tanto, el futuro está asegurado, está palpitando en las acciones bélicas que comenzaremos a hacer». Pero la realidad era radicalmente distinta. «La Reforma Agraria emprendida por el gobierno militar (1968-1980) había terminado de borrar el escenario "semifeudal"

157 Abimael Guzmán Reinoso, «Somos los iniciadores», 19 de abril de 1980. http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_240880.htm

de señores terratenientes y campesinos siervos, indispensable para una revolución del tipo que Guzmán tenía en mente. Por otro lado, Mao Zedong acababa de fallecer en 1976. El Grupo de Shanghai o Banda de los Cuatro [sus herederos políticos] encabezado por su viuda, había sido derrotado; la Revolución Cultural que alimentó el imaginario de buena parte de la izquierda peruana y en especial de Sendero Luminoso, había llegado a su fin»[158]. Y, más aún, a vuelta de esquina estaba el final de la Revolución Soviética con el inicio de la Perestroika y el derrumbe del comunismo y el socialismo en el mundo.

Cabe añadir que el Perú había dejado de ser un país con masas campesinas porque un constante proceso de migración interna lo había convertido en básicamente urbano —el sociólogo José Matos Mar acuñó la expresión más gráfica: desborde popular, y su libro del mismo título se publicó apenas cuatro años después del irracional levantamiento de Sendero Luminoso—, por lo tanto, lo que en realidad hizo Guzmán fue negar la realidad para cumplir con emular a su venerado Mao encabezando una revolución del campo a la ciudad. Ciego ante los cambios sociales evidentes, empecinado en negarse a entender que el país ya había superado la etapa de los grandes movimientos campesinos de los años sesenta, y que él mismo estaba impedido por su salud de vivir en el Ande, dio inicio a las acciones cuando, en 1980, ya no había espacio ni en el Perú ni en el mundo para enarbolar la tesis maoísta de acciones armadas para «cercar las ciudades desde el campo».

En rigor, todo parece indicar que el análisis principal de la figura de Abimael Guzmán no está, como se ha hecho en

158 Carlos Iván Degregori, «Discurso y violencia política en Sendero Luminoso», Bulletin de l'Institut d'Études Andines, tomo 29, número 3, Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, Perú, pág. 497.

todos estos años, en el ámbito político sino en el terreno de la psiquiatría. De qué otra manera entender a un personaje que proclamaba como existente algo que se había empezado a agotar: «estamos entrando a la ofensiva estratégica de la revolución mundial, los próximos cincuenta a cien años serán del barrimiento del dominio del imperialismo y todos los explotadores. Es la historia que no puede ser vuelta atrás. En las manos de la clase obrera, en las direcciones de los partidos comunistas, en la fuerza del campesinado pobre sustento mismo de la guerra popular que crecerá más cada día hasta derrumbar el viejo orden, *el mundo está entrando en una nueva situación: la ofensiva estratégica de la revolución mundial*»[159]. Este pasaje de su discurso es nítido para describir a alguien ubicado en los extramuros de la realidad. Cuando Guzmán lanza ese discurso para incitar a sus seguidores a continuar la revolución mundial a través de las armas, está expresando un trastorno de la personalidad si tenemos en cuenta que cualquier persona con un grado de formación inferior al de Guzmán, podía percibir, tan solo con la lectura de los diarios, que en abril de 1980, su país fetiche, China, estaba enterrando desde 1977 los preceptos del maoísmo aplicando serias reformas económicas. Más aún, dichas reformas se habían iniciado, precisamente, cuando Guzmán proclamaba su lucha armada con la idea de continuar la revolución maoísta sin admitir o negándose a aceptar que el maoísmo había dejado de existir junto con su líder Mao Tse-tung. Asimismo, no existía ninguna «revolución mundial» como él pensaba, más bien, concluida la revolución china, la otra, la soviética, empezaba a desfallecer para dar paso al llamado glásnost (apertura) que concluyó con la perestroika (reforma

159 Abimael Guzmán Reinoso, «Somos los iniciadores», doc. cit.

del sistema económico) y el fin de la utopía comunista; cabe añadir que, además, en los albores de 1980 empezaba a asomar la doctrina del liberalismo.

A todo lo señalado se debe añadir que no es una muestra de sanidad mental declarar a un país como el Perú, carente de todo liderazgo regional e internacional, como el «centro de la revolución mundial». En igual medida, era un delirio autoerigirse como «La cuarta espada» de esa revolución planetaria y continuador de pensadores como Marx y Lenin sin haber aportado ni un solo párrafo que pudiese tener un alto nivel académico.

Si acaso se pudiese pensar que existe alguna exageración en las afirmaciones que anteceden, conviene detenerse en lo escrito por dos importantes autores en el estudio del senderismo. Para Carlos Iván Degregori es «un inadmisible punto ciego» haber omitido los efectos de la muerte de Mao y el final de su revolución siendo Guzmán un seguidor tenaz de este personaje. En tal sentido, «es imposible no sospechar que se trata de una omisión que se da en esa penumbra entre la conciencia y el autoengaño»[160]. Por su parte, Nelson Manrique tras sostener una conversación con el cabecilla de Sendero Luminoso luego de que este «revisara su análisis de la situación mundial» llegó a la siguiente conclusión:

> Según la versión revisada, el proceso de ascenso de la revolución mundial, abierto con el triunfo de la Revolución Rusa en octubre de 1917, había llegado a su cumbre más alta con la Revolución Cultural China impulsada por el presidente Mao Zedong y se había cerrado con la muerte de Mao y la derrota de sus seguidores, en 1977. Se había iniciado entonces un proceso de repliegue de la revolución en el mundo. Eso significaba que, cuando Sendero

160 Carlos Iván Degregori, «Discurso y violencia política en Sendero Luminoso», op. cit., pág. 506.

> inició sus acciones en 1980, el mundo no vivía una «ofensiva estratégica» de la revolución sino un repliegue, y Sendero marchaba a contracorriente de la historia [un] error fundamental en la evaluación de la situación mundial, que pone en cuestión la oportunidad del inicio mismo de su guerra revolucionaria. Interrogado sobre el tema en el penal de la Base Naval del Callao, Abimael Guzmán respondió enigmáticamente: «Alguien debía enarbolar la bandera de la revolución»[161].

Tan fuera de la realidad se hallaba al momento de iniciar la lucha armada que vivía enajenado a una idea fija, a una mirada maniquea que se limita a la simpleza de distinguir apenas los extremos, lo bueno o lo malo, lo oscuro o luminoso. Para Guzmán esos extremos eran «revolución y contrarrevolución que se aprestan a la violencia». Tanto las personas como las sociedades que se mueven entre dos extremos, ignorando los matices, reflejan una insania y el guía del senderismo omitió un dato evidente que mostraban las calles peruanas en 1980: «No ve que hay gente rebelándose de otro modo. Eran los años de mayor auge de movilizaciones sociales del siglo XX: movimientos sindicales, campesinos, barriales, magisteriales, regionales, el inicio de movimientos femeninos, contiendas electorales. La izquierda marxista llegó al 28 % de la votación en las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1978. No cuentan. Toda otra forma de lucha es negada, denigrada y quienes la llevan adelante acusados de traición»[162].

Este aspecto se anuda con otros elementos insanos: el desaforado culto a la personalidad y el culto a la muerte. Si el culto a la

161 Abimael Guzmán Reinoso, Entrevista en el penal de la Base Naval del Callao. Ver Nelson Manrique, «Pensamiento, acción y base política del movimiento Sendero Luminoso», publicado en la web Historizar el pasado vivo en América Latina, pág. 25. http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/manrique.pdf

162 Carlos Iván Degregori, «Discurso y violencia política en Sendero Luminoso», op. cit., pág. 507.

personalidad expresa de por sí la patología de un ego deformado, el caso de Abimael Guzmán adquiere un nivel desmesurado reflejado en que se podía pagar con la muerte el acto de objetar «el Pensamiento Gonzalo»; asimismo, los militantes debían despojarse de su voluntad entregándole «cartas de sujeción» y debían también estar dispuestos a ofrendar sus vidas por «el más grande marxista-leninista-maoísta viviente sobre la tierra». Téngase en cuenta que cuando obliga a sus seguidores a darle esta categoría, estaban con vida y produciendo pensadores marxistas de la talla del británico Eric Hobsbawm o el francés Louis Althusser. De este modo, el «ego [de Guzmán] es exaltado a través de un culto a la personalidad inédito en la historia del movimiento comunista. Recuérdese que el culto a la personalidad de Lenin se despliega después de su muerte. En los casos de Stalin, Mao y Kim Il Sung el culto se desata después de la toma del poder»[163].

En cuanto al culto a la muerte, el rasgo de mayor penumbra mental está expresado en la llamada «cuota de sangre» que todo militante debía estar dispuesto a dar para el triunfo de la revolución. Para esta sombría obligación utilizaba la justificación de que «la sangre no detiene la revolución, sino la riega» y esta afirmación contiene un deseo de Guzmán que solo puede haber surgido de un ámbito patológico y que está contenida en esta referencia que recuerda afirmaciones similares de sus dos fetiches Mao y Stalin: «Cuando Sendero Luminoso propuso alcanzar el "equilibrio estratégico", Guzmán comenzó a hablar de un millón de muertos y de la posible conveniencia de un genocidio para alcanzar ese equilibrio»[164].

163 Ibídem, pág. 509.

164 Ibídem pág. 508.

Catorce días después de finalizada la Primera Escuela Militar, ese hombre trastornado, en la mañana del primero de mayo de 1980, envió a los militantes de Sendero Luminoso, vestidos con uniformes similares a los guardias rojos del maoísmo, ordenados como en las coreografías de la Guardia Roja y ondeando banderas rojas, a hacer su última aparición pública en el patio de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, y allí anunciaron, a viva voz, que se iniciaba la «guerra popular» y se fueron a la noche de su demencia para iniciar la más grande oleada de muertes y violencia que el Perú jamás había padecido.

LAS LLAVES DEL INFIERNO

La creencia en una fuente sobrenatural del mal no es necesaria.
Los hombres por sí mismos son muy capaces
de cualquier maldad.
JOSEPH CONRAD.

Chuschi

El pueblito tuvo en su inicio un nombre quechua poco atractivo: Chuspi Wayqu, la quebrada de las moscas, porque un agua mezclada con minerales brotaba de su subsuelo y atraía enjambres de moscas. Después, alguien, con cierta gentileza, hizo la leve modificación a Chuschi. No significa nada pero es mejor que saberse vecino de las moscas que, además, agotada aquella agua inútil, ya no existen. Chuschi tiene poco más de nueve mil habitantes, una plaza con la alegre escultura de un muchacho con un charango, y por sus breves calles las mujeres caminan con hermosos sombreros bordados que tienen a mitad de la frente un ramito de coloridas flores para anunciar que son solteras, o puesto de costado si ya soportan el afán de un varón en casa. Chuschi fue fundado en el antiguo año de 1554 pero recién cuatro siglos y veintiséis años después el Perú, sin mayor interés, supo de su existencia cuando apenas dos diarios, *La Prensa* y *El Diario Marka*, informaron que en la noche del 17 de mayo de 1980, un día antes de la jornada de votación que restituía la democracia en el Perú, unos desconocidos quemaron once ánforas y los padrones con los nombres de dos mil electores.

Si alguien busca un texto cualquiera sobre el poblado de Chuschi hallará una invariable mención histórica: «El lugar donde Sendero Luminoso dio inicio a sus acciones armadas». Es su único signo distintivo porque el olvido del país sigue siendo el mismo y así lo atestigua el arduo camino que se debe transitar para arribar al sencillo pórtico que da la bienvenida al visitante: ciento doce kilómetros que, desde la ciudad de Huamanga, se recorren en más de tres horas por una carretera cuyo asfalto se termina al llegar a la bifurcación con Pomabamba; después hay que remontar, bajo el incomparable cielo azul de la sierra, cinco diminutos poblados por un estrecho camino de tierra que bordea hondos precipicios. Han pasado treinta y siete años desde la noche del ataque senderista y Chuschi sigue tan aislado como antes, tal vez lo esté hasta la siguiente beligerancia que nadie sabrá prevenir como ocurrió en agosto de 1979 cuando en los poblados de la zona se llamaba a boicotear el proceso electoral, aquel cuyas ánforas y padrones se redujeron a cenizas nueve meses más tarde.

El señor Florencio Conde Núñez, tiene 77 años de edad, ha enviudado hace tres meses y vive en el barrio de La Libertad de la ciudad de Huamanga, pero al borde de la medianoche del 17 de mayo de 1980 tenía cuarenta años, era el jefe del registro electoral de Chuschi y dormía sobre unos abrigadores pellejos de carnero tendidos en el piso de su oficina, cuando el delgado listón que servía de traba a la puerta cayó sobre el piso de tierra y uno de los cinco sujetos que aparecieron de pronto le puso un revólver en la sien y le ordenó mantenerse en silencio mientras el resto apilaba la parafernalia para los comicios que debían celebrarse pocas horas más tarde. Prendieron fuego a veinticuatro ánforas y a los padrones, cédulas y sellos ayudados por otros invasores que habían hecho guardia en la puerta del local ubicado en

la esquina de la Plaza de Armas y el jirón 28 de Julio. Cerca al amanecer se marcharon y con la primera luz del día, el registrador Conde subió al campanario de la añeja iglesia que está cruzando la acera, y repicó campanadas dobles que sigue siendo la señal para convocar a la población entera.

«Cuando escuché las campanas fui a la plaza porque sabemos que cuando hay doble repique es que ha pasado algo» recuerda, en el mediodía del 1° de agosto de 2017, el artesano Diógenes Capcha Quispe. Tiene sesenta y cinco años de edad, un matrimonio iniciado en su adolescencia con una mujer diez años mayor y con la cual se sigue llevando muy bien después de «tres hijos varones, una mujer y tres muertos». Sentado en un pequeño ambiente de su modesta casa de adobes, aun tiene nítido en su memoria aquel amanecer: «Vimos papeles quemados y no entendíamos qué había pasado hasta que Florencio Conde nos dijo que unas gentes lo habían retenido en el registro, habían sacado todo el material y lo habían quemado para que no haya votación. Después, llegaron los policías en helicóptero, han estado varias horas y han capturado a unos foráneos y al profesor Bernardino Azurza Paucar y se los han llevado».

Sin embargo, el profesor Azurza, graduado en la Universidad San Cristóbal de Huamanga, retornó unas semanas después y continuó alentando a sus alumnos para unirse a Sendero Luminoso. Pasado un mes también volvió a aparecer la milicia senderista portando banderas rojas, capturaron al gobernador Alejandro Galindo, lo exhibieron semidesnudo en la Plaza de Armas y alcanzaron a la población un confuso discurso sobre una lucha armada, un pensamiento marxista-leninista-maoísta y un presidente Gonzalo, que nadie llegó a entender. Cuando dieron aviso de esta segunda incursión, la policía arribó al pueblito de Chuschi y Diógenes Capcha Quispe

trae a su memoria la pregunta que le hicieron a los policías: «¿Qué estaba pasando, quiénes eran esas gentes que venían? y nos dijeron que eran terroristas. Nosotros decíamos: ¿qué significa terrorista? Nadie sabía esa palabra, nunca la habíamos escuchado». Ese mismo año habrían de descubrir en Chuschi y en toda la región el bárbaro significado de esa palabra, también conocerían el trato brutal de los militares y el suplicio de vivir en medio de dos fuegos: los senderistas acusándolos de apoyar a las llamadas fuerzas del orden y estas acusándolos de ser subversivos.

Al mediodía de aquel 18 de mayo de 1980, aterrizó otro helicóptero con el material para que los comicios se lleven a cabo. Diógenes Capcha no recuerda si fue a votar. Tiene otros recuerdos, sombríos y tristes, y su única certeza es que su pobreza es igual a la de ese año. Tampoco sabe que aquel ataque de ánforas incendiadas tras el cual supo la existencia de la palabra terrorista, fue comandado por una mujer de treinta y cuatro años llamada Augusta Deyanira La Torre Carrasco. En realidad, nadie tenía la evidencia plena de su participación hasta que el 3 de noviembre de 1995, en la prisión de la Base Naval del Callao, el reo Abimael Guzmán Reinoso escribió un texto titulado *In Memorian de Norah* revelando que su primera mujer «inició la guerra popular en Chuschi».

Ayrabamba

Descendiendo una alta montaña a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, se divisa el valle en cuya franja central discurre el enorme río Pampas. Una cinta de tierra en zigzag hace las veces de carretera y, desde los abismos, emergen los troncos y las ramas peladas de los milenarios Pati, el árbol sagrado de

la cultura Wari, venerado por sus propiedades alucinógenas, anestésicas y curativas, y porque las bolsas que forman sus raíces almacenan el agua de la lluvia en los meses en que el cielo se queda sin nubes. En agosto están desnudos pero en noviembre empezarán a florear y los habitantes del valle sabrán que es el primer anuncio de la temporada de lluvias que hará posible el reverdecer de los cañaverales, los paltos, los naranjos y los plátanos.

Al concluir el laborioso descenso de la montaña se empalma con una moderna carretera de asfalto que bordea el río Pampas y, antes de llegar al puente que sirve de límite a las regiones de Ayacucho y Apurímac, se encuentran los restos de la antigua hacienda de San Germán de Ayrabamba que empezó a operar en el siglo XVII bajo el mando de doña María Josefa Vásquez de Velasco y su marido don Francisco de Santa Coloma, Gobernador de la provincia de Castrovirreyna. Sus campos, aprovechando el clima subtropical, se dedicaban en un sector menor a diversos cultivos y, en mayor proporción, a producir caña de azúcar para elaborar aguardiente, la bebida de alto consumo en el valle y en toda la cercana región serrana. En 1685, la hacienda Ayrabamba pasó al dominio de las monjas del Monasterio de Santa Teresa de Huamanga, quienes, «piadosamente», continuaron produciendo el brebaje que alcoholizaba a vastos sectores del campesinado. Al llegar el siglo XX, Ayrabamba fue adquirida por la familia Picasso y luego transferida al ayacuchano César Parodi Vasallo. Este logró evitar la Reforma Agraria del gobierno de Juan Velasco Alvarado convirtiendo en socios productivos a los peones encargados de trabajar sus tierras, pero en la noche del 10 de julio de 1980, Parodi no pudo hacer frente a la fuerza homicida de cien senderistas que comandados por una mujer de tez

blanca irrumpieron de sorpresa. Las ruinas de la casa hacienda que hoy se pueden observar no son producto de la erosión del tiempo sino de los petardos de dinamita que estallaron, uno tras otro, en la noche de aquel mes de julio.

Un senderista con el disfraz de campesino había estado días antes en el predio preparando un croquis con los detalles de la estancia para poder capturar al propietario. Un error en el dibujo —la omisión de una ventana— le permitió a César Parodi saltar por ella desde una habitación, correr en la oscuridad, zambullirse al Pampas que en julio tiene las aguas bajas y ganar la otra orilla. En un polvoriento expediente, cuyas páginas están cosidas con un hilo rústico, archivado en el desván de la Corte Superior de la ciudad de Cangallo, se puede leer el testimonio de doña Flora Gutiérrez de Parodi, la esposa que se mantuvo oculta mientras el marido nadaba en las sombras. Ella cuenta que aparecieron campesinos con «palos, piedras, huaracas y cenizas con ají, pidiendo que se mate al hacendado porque es un gamonal abusivo, que los hace trabajar en forma abusiva... que la tierra era de ellos»[165]. El detalle de las cenizas con ají es una muestra de los recursos a los que apelaba el senderismo para suplir su ausencia de armas. En China, en la escuela militar de Nankín, Augusta La Torre, la camarada Norah, había aprendido la importancia de utilizar el «ingenio de las masas»: a falta de bombas lacrimógenas el picor de las cenizas al ser respiradas alguna eficacia tenía.

La presencia de Augusta La Torre, la camarada Norah, al mando de un ataque que derruyó a dinamitazos no solo la casa-hacienda sino el trapiche y los galpones que servían como almacenes, es incuestionable porque las versiones sobre

165 Anouk Guiné, *Encrucijada de guerra en mujeres peruanas: Augusta la Torre y el Movimiento Femenino Popular*, art. cit.

su participación provienen de tres fuentes: en el expediente judicial consta que el ataque fue dirigido por una mujer de «tez blanca de nombre Nora»; en el relato senderista «Camino a Ayrabamba» se lee «Recordaba con especial reconocimiento la figura de la camarada que había dirigido la acción. Ella era una mujer muy hermosa, bastante joven aún, imponente en todo sentido, en la firmeza de sus palabras como en el despliegue ilimitado de audacia y la contagiante energía con que llamaba al campesinado a ejercer su supremo derecho a rebelarse»[166]; y, finalmente, el testimonio del cabecilla de Sendero Luminoso: «Iniciaste la guerra popular en Chuschi y a su primera campaña le diste la más alta acción: Ayrabamba, 10 de julio de 1980, comprobando, contra quienes lo negaban, que habíamos iniciado una guerra de guerrillas maoísta y abierto el camino de cercar las ciudades desde el campo»[167].

A la mañana siguiente convocaron a asamblea popular, repartieron los bienes, los animales, los víveres y el dinero producto del saqueo. En la mitología senderista le llamaron el primer arrasamiento de la hacienda de un gamonal y la primera acción guerrillera. Todavía no habían derramado sangre. Eran conscientes de que estaban «aprendiendo a combatir, combatiendo». Cinco meses después la camarada Norah y su cuadrilla tendrían su primera incursión sanguinaria.

166 *Camino de Ayrabamba, relatos y testimonios de la guerra interna*, parte I, 1990, Pág. 14. No se consignan datos de edición.

167 Abimael Guzmán Reinoso, «In memoriam de Norah», texto citado.

Ayzarca

En los documentos senderistas que celebran el ataque a San Agustín de Ayzarca se hace referencia a una hacienda dándole así categoría de propiedad de gran extensión y otorgándole a su propietario Benigno Medina del Carpio la condición de «gamonal» y «terrateniente». En realidad, en el año 1980, San Agustín de Ayzarca era un pequeño fundo con una esforzada plantación de caña de azúcar y un molino pequeño en el que trabajaban Medina —cincuenta y ocho años de edad el día en que fue asesinado—, su familia, diez peones y campesinos asentados en la zona.

En la actualidad es una pobrísima extensión de no más de veinte hectáreas en la que sobrevive un puñado de aldeanos que jamás ha disfrutado de ninguna revolución y tampoco de ninguna democracia. Su ubicación no aparece en ningún mapa al punto que no la registra ni el potente Google Maps y para llegar hasta esta localidad hay que cruzar el puente sobre el río Pampas y, desde la ribera que corresponde a la región Apurímac, remontar los pequeños poblados de Ahuayro, Callebamba, Santa Fe y, en el pueblito de San Cristóbal, preguntar a los vecinos por dónde seguir. La respuesta contiene una advertencia: es una carretera muy angosta. En efecto, es una serpentina de tierra afirmada, salpicada de piedras y en varios tramos inundada de un cascajo que hace peligrosas las constantes curvas que van siguiendo el curso del extenso río Pampas que, en el mes de agosto, tiene aguas delgadas que no cubren todo su cauce y, entonces, se puede ver su lecho convertido en una inmensa playa brillando bajo un sol intenso. No hay señal que indique el arribo a Ayzarca. La única manera de saber que se ha llegado a destino es identificar en una cumbre alta un conjunto de casitas que, sobre una ladera, parecen sostenerse milagrosamente

para no rodar pendiente abajo. Es el pueblito de Pujas que sirve como punto de referencia desde el cual bajar la mirada, en línea recta, cerro abajo, hasta la orilla del río para divisar los vestigios de una destruida capilla; entonces, el viajero sabe que ha logrado arribar al que un día fuera el fundo San Agustín de Ayzarca.

En la madrugada del 24 de diciembre de 1980, descendió desde Pujas la caterva senderista encabezada por la camarada Norah para «ajusticiar a un gamonal y arrasar su hacienda» y, de ese modo, lograr que «el viejo orden tiemble y las altas cumbres se agachen porque las masas lo hacen y lo pueden todo». Viendo el desamparado paisaje de San Agustín de Ayzarca sobrecoge pensar que el Perú, en aquella Navidad de 1980, empezaba a quedar a merced de la demencia. Desde este paraje desolado un presidente Gonzalo y una camarada Norah aspiraban a una revolución mundial como sucesores de un presidente Mao, sin tener en cuenta que el líder chino había sido sepultado con un legado infame apenas cuatro años atrás.

A través de las cartas que escribió Benigno Medina del Carpio ha quedado registro meses antes y hasta el día anterior en que fuera asesinado, de cómo se fueron desarrollando los hechos en el valle del Pampas y también el desdén del gobierno central y las autoridades locales frente al pedido de ayuda.[168]

168 Las cartas cuyos fragmentados se publican son inéditas y fueron proporcionadas por un familiar de la víctima.

Fragmento de una carta de Benigno Medina a su esposa, residente en Huamanga

San Agustín, 28 de julio de 1980

Mi querida Maruja:
Es una alegría escribirte y al mismo tiempo es mi deseo ferviente que al recibir estés buena de salud, en compañía de los que te acompañan. Aquí me encuentro bien y viendo todo y procurando poner la calma. Como tu bien sabes, Marina es un poco nerviosa y a esto se suma, como de costumbre, la gente con una serie de informaciones falsas por crear psicosis y que también se les dé trago. En fin, ya le hice comprender que no tenga miedo y que no dé mucho crédito a esas informaciones. Aquí te diré que, según he captado, parece que la gente de Pujas, que es la rebelde, está un poco alarmada y con miedo de que los guardias que han sido atacados, tomen represalias, y es por eso que están con recelo. Pero, según me cuentan, tienen sus reuniones ocultas y es consigna de la izquierda crear la "Lucha Armada". En fin, es cuestión de observarlos y estar siempre en alerta. Por eso a Andrés le he dicho que le comunique al Comandante que son una especie de Guerrillas en contra del Gobierno y de la Policía y en contra de la pequeña propiedad y se hace necesaria la permanencia de los guardias que están en número de tres, siquiera mientras pase este impase de la gente revoltosa.

Fragmento de una carta dirigida por Benigno Medina al ministro del Interior, José María de la Jara y Ureta

Lima, 10 de noviembre de 1980

(...) He efectuado un viaje expreso a esta capital desde mi lejana heredad con el objeto de hacer conocer al Gobierno por intermedio del portafolio de su cargo la grave situación por la que vengo atravesando y con la esperanza de ser escuchado y, por ende, se disponga tomarse las medidas del caso. (...) La democracia no puede sentirse inerme contra sus detractores que no hacen uso de las ideas o procedimientos civilizados, si es que acaso tuvieran razones para recusarla, sino que apelan a medios de salvajismo y al delito para pretender combatirla. Tenemos esperanzas de que la rápida marcha de los logros de la democracia y la consecución de las metas propuestas apaguen paulatinamente estos focos de la antipatria, pero mientras tanto los trabajadores del agro requerimos un mínimo de garantías para seguir adelante en la noble tarea de la tierra. (...) Por esta razón, señor Ministro, es que ocurro ante su despacho para solicitarle ese mínimo de garantías para poder seguir desarrollándome en mi hábitat cumpliendo con el designio bíblico de producir la tierra. Seguro estoy, señor, que su despacho habrá de acoger mi justa petición.

Fragmento de una carta de Benigno Medina al jefe de la Agencia del Banco de la Nación, Jorge García Olivares

Ayacucho, 11 de noviembre de 1980

Tengo el honor de dirigirme a Ud. para poner en su conocimiento que por intermedio de mi familia que trabaja mi fundo "San Agustín" ubicado en la jurisdicción del distrito de Vilcashuamán, así como por los mismos habitantes de ese lugar, he sido informado que el auxiliar del Banco de la Nación que labora en la oficina de Vilcashuamán, está dedicándose a la política aconsejando a la masa campesina con fines subversivos e invasiones. Ocurro a su digno despacho a fin de que se sirva disponer una investigación al respecto.

Fragmento de una carta de Benigno Medina a su esposa

San Agustín, 15 de diciembre de 1980

Mi querida Maruja:

(...) Jamás he pensado estar lejos de Uds. que son parte de mi vida, pero en medio de todo también he pensado que no convendría que todos sucumbamos, teniendo muchas obligaciones. (...) El día jueves 11 del presente, en la noche, a eso de las doce y media que ya es tarde en el campo, comenzó el dinamitazo en el sector de Parccocucho quemando las cañas y los cercos. Esto provocó que la gente se alertara y me pasa la voz, entre sueños me levanto y constaté que se quemaba. La gente, todos, marchantes y peones, listos para ir a apagar el incendio fuimos hasta cerca de Papayata. En fin, Dios es grande, calculé que se quemara la caña y los cercos. Nos regresamos porque los dinamitazos eran más fuertes cerca a la casa. Lo que nos habían hecho era como un cebo. Provocaron el incendio para que todos nos alejáramos de la casa al lugar donde se producía el incendio y así tener la puerta franca para ingresar a la casa. Todos nos replegamos con baldes y todo lo que teníamos, para apagar. En conclusión, no había agua. Dejamos que concluyera el incendio que, a decir verdad, no nos afectó casi nada. Pero el hecho es la provocación. Nos amanecimos con tiros por aquí y por allá. Se corrieron al amanecer. Este hecho lo puse en conocimiento de la Autoridad de Pujas y de Vilcas, y hasta ahorita nada. (...) Haz comprender al Prefecto que en la zona de Vilcas, en especial en la quebrada, el Terrorismo se acentúa como fuerza y nada hace el Gobierno, que lo toma en broma. (...) Se está preparando en Osccollo una grande y despiadada

invasión hacia Cangallo. Y también por qué no decirlo: la Policía mediatiza y minimiza estos hechos (...) Qué hace el Gobierno ante estos hechos. Hay que hacer respetar la Democracia y el Gobierno Constitucional.
En fin Maruja, todo pasa, no tengas cuidado que todo irá bien y cuando llegue Betty, será mejor. Pero tu allí procura ir a las Autoridades, mejor dicho a la Comandancia y donde el Prefecto.

Fragmento de la última carta de Benigno Medina a su esposa

San Agustín de Ayzarca, 22 de diciembre de 1980

Mi querida Maruja:

Como siempre con el calor del afecto que no sea motivo hacer mayores situaciones protocolarias. Ya en mi anterior te había contado de todo; pero como estos sinvergüenzas que ni siquiera han enviado un policía para investigar. (...) Dicen que me van a matar, motivo por el cual no voy a esa muy a mi pesar porque me insiste Betty en que pasemos juntos la Navidad, pero pueden aprovecharse algunas gentes de Sendero Luminoso. Más bien creo que sería necesario buscarnos, aunque sea con paga, alguna persona responsable que esté junto a nosotros. Nos estamos jugando el pellejo con esa gente miserable, (...). No me importa quiero dos empleados para ver esta situación, como apoyo, puedes buscar a alguna persona sea amigo o de la familia, lo que sería mejor. Tenemos que defendernos a como dé lugar. (...) Mando una lista de encargos a esa para que me envíes. No me mandes aceite, más bien arroz, azúcar blanca y cositas que no hay aquí. Procura pedir al Comandante que nos mande guardias.

Soy tuyo afectuoso que te besa y extraña.

Fragmento de la carta de Benigno Medina a su hija Marina, un día antes de ser asesinado

San Agustín, 23 de diciembre de 1980.

Estimada hija Marina:
Procura de ver la casa con voluntad y atender a tus hermanos que para ello siempre enviamos dinero para la comida de toda la casa. Dios mediante.
Mis cariños a mis nietecitos. "Al Hombre Araña" y al otro habladorcito.
Tuyo afectuoso papá que te extraña y más por tu estado de delgadez, que no es nada común, que espero superes curándote y no debes sentirte aminorada.
Tu papá
P.D.- Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo.

Documento senderista titulado *Camino de Ayrabamba*, en el que se relata el ataque al fundo San Agustín de Ayzarca

Preparación del asalto

Culminada la preparación el mando militar distribuyó los medios militares y las escasas armas de fuego, las mismas que se habían usado en Ayrabamba: dos escopetas calibre 16 con 7 cartuchos, un revólver y una pistola 32, con tres y cinco balas, respectivamente, a las que se sumaba un arma parecida a un arcabuz de esos traídos por los conquistadores españoles y que en este caso solo podía servir como arma contundente. Cada hombre contaba con un petardo y una bomba Molotov. Algunos portaban granadas hechas de dinamita mezclada con trozos de alambre como esquirlas, mientras que otros portaban lanzas.

Inicio del ataque

Llegado a una explanada, el mando militar detuvo la columna y la dividió en dos grupos; el primero, en el que iría el mando político, debía rodear el huerto de naranjos y tomar la puerta posterior y, el segundo, que iría bajo la responsabilidad del mando militar, debía irrumpir por la puerta principal. El ataque simultáneo por los dos puntos se inicia a las cinco de la mañana. El contingente de irrupción fuerza la puerta principal y corre hasta la escalera que conduce al segundo piso. Los perros acosan con furia y con ladridos ensordecedores. Los hombres suben a la carrera las gradas de madera que desde el patio ascienden hacia la segunda planta. Ya allí, algunos tratan de abrir la primera puerta embistiéndola con sus cuerpos mientras otros la golpean a patadas, aunque no pueden vencer la resistencia que oponen desde el interior.

(...) Una nueva embestida y se entreabre la puerta, aunque los de adentro consiguen cerrarla. Los guerrilleros embisten de nuevo; cede la puerta, el pie de uno de los atacantes asegura el que será el resquicio ganado. Los demás empujan al mismo tiempo. [El terrateniente] al ver el peligro que se aproxima corre y se encierra en el cuarto contiguo. Desde el patio llega el resplandor de las bombas Molotov y el estruendo intermitente de las explosiones de dinamita arrancan los terrones del techo y de las paredes de la casa-hacienda. La puerta sigue cediendo hasta que la resistencia de los defensores se rinde. Entonces, los atacantes irrumpen en el cuarto. Pero el primer guerrillero es frenado por el capataz quien le asesta un lanzazo debajo de la clavícula izquierda. El guerrillero trastabilla, da un paso atrás, repele otra embestida y sigue combatiendo. Varios guerrilleros se abalanzan sobre el capataz y logran quitarle la lanza. Simultáneamente otros combatientes reducen y desarman a los demás lacayos. Controlado el primer cuarto, los de irrupción fuerzan la puerta interior. La resistencia cede fácilmente. El haz de luz de una linterna enfoca en el rostro del hacendado, quien con mano temblorosa sostiene una carabina cuyas balas se le escurren al piso. El tipo trata de apuntar instintivamente pero lo impide la rápida reacción del mando militar. El gamonal se aferra al arma produciéndose un breve forcejeo que termina con la rotura de cabeza del terrateniente. Al final le reducen entre varios y le atan las manos con su propia chalina. La carabina es confiscada. Luego ingresan al cuarto próximo sin encontrar resistencia alguna. Al fondo, al costado de una cama revuelta una mujer joven, encogida y pálida como el maguey, observa aterrada a los guerrilleros. Entre lágrimas suplica que no le hagan daño a su padre. (...)

> La señal
> *Conforme a lo establecido en el plan, el mando militar había dispuesto prender una fogata frente al portón principal de la casa-hacienda, de manera que produjera abundante humo. Con esta señal se avisaba a los combatientes que se encontraban en la zona alta de Ayzarca que la primera parte de la acción había resultado exitosa. Recibido el mensaje, los tres combatientes se apresuraron a concentrar a los campesinos de los pueblos vecinos para que bajen hacia la hacienda tomada con el fin de cumplir con la invasión.*

Junto a Benigno Medina del Carpio se encontraban sus hijos Betty y Alfredo Medina Zea. La hija resultó herida y Alfredo de apenas catorce años logró salir de la casa y trepar a un árbol. Desde allí pudo ver cómo trasladaban a su padre a la capilla y en las horas siguientes escuchó, primero, los gritos y luego los alaridos de dolor de su progenitor a causa de la extensa y aviesa tortura a la que fue sometido. En algún momento pudo descender de su atalaya y salir hacia el pueblo de Pujas a pedir ayuda. Cuando retornó encontró que su padre había muerto. Tenía el rostro desfigurado por los golpes, la cabeza rota, el torso, los brazos y las piernas ensangrentados por las cuchilladas con que fue tasajeado y la lengua arrancada. Trasladaron los restos de Medina hasta el pueblo de Vilcashuamán y en el trayecto fueron atacados con petardos de dinamita porque los senderistas querían arrebatarles el cadáver para darle igual destino al de su empleado de diecinueve años, Ricardo Lizarbe Rodríguez, abaleado por la espalda y lanzado a las aguas del río Pampas. El arrebato de cadáveres tenía un sentido: impedir que las familias inicien su duelo tras el velorio y la creencia de que el alma de

un fallecido cuyo cuerpo no es sepultado, vaga sin paz por los alrededores.

Para Abimael Guzmán, fue «una acción ejemplar» liderada por la camarada Norah: «En el proceso de la guerra popular dirigió personalmente las primeras acciones guerrilleras, las más importantes del Inicio de la Lucha Armada en el campo, abriendo brecha en los golpes contra el gamonalismo con los arrasamientos a las haciendas de Ayrabamba y Ayzarca, en el valle del Pampas»[169].

Además de los dos muertos, hubo seis heridos y, en los días siguientes, fueron capturados cinco de los partícipes; uno de ellos, Eucario Najarro Jáuregui, fue sindicado como el que más se ensañó en la tortura de varias horas a Benigno Medina del Carpio y fue confinado en la cárcel de Ayacucho. Dos años más tarde —en el motín que precedió al ataque senderista del 3 de marzo de 1982 que liberó a setenta cuadros terroristas—, Eucario Najarro fue herido y trasladado al Hospital Regional de Huamanga. Concluido el asalto del presidio con el saldo de dos policías muertos, varios efectivos de la Guardia Republicana ingresaron al hospital para ejecutar extrajudicialmente a los senderistas heridos. A Najarro le desconectaron las vías de oxígeno y suero y con esos cables lo ahorcaron y tendieron en el piso creyéndolo muerto. El terrorista sobrevivió y el congresista Javier Diez Canseco junto a activistas clamó justicia y exigió investigaciones con un énfasis que ni él, ni otros miembros de la izquierda, utilizaban cuando el senderismo perpetraba sus atrocidades. El 19 de junio de 1986, Eucario Najarro Jáuregui murió en el motín de la cárcel de Lurigancho. La publicación senderista Bandera Roja le rinde honor y gloria incluyendo su

169 Abimael Guzmán Reinoso, «In Memoriam de Norah», text. cit.

nombre en la lista de «los héroes caídos». A su vez, el informe de la Comisión de la Verdad registra a Najarro como víctima de tortura en 1982, y respecto de Benigno Medina dicha comisión consigna apenas recortes periodísticos con la noticia de su salvaje asesinato.

La subsistencia de la familia Medina Zea dependía del fundo San Agustín de Ayzarca y, a pesar del pánico, la viuda y los hijos continuaron con las labores de campo. A pesar de que la noticia del feroz asalto ocupó la primera plana del diario *El Comercio* con el titular «Terroristas asaltan fundo y asesinan a 2 en Ayacucho. Cuando agonizaba, arrancaron la lengua al propietario»[170], el gobierno de Fernando Belaunde Terry no hizo nada, a pesar de que ese mismo día y en esa misma portada se leía otra noticia irracional: «Colgados de postes hallan 7 canes muertos en el centro de Lima, tenían atados falsos cartuchos de dinamita». Dos años después, el fundo Ayzarca fue nuevamente atacado por los senderistas, derruyeron a dinamitazos la casa, secuestraron al esposo de Marina Medina Zea y meses después su cuerpo fue hallado en un recodo del río a la altura del poblado de Ahuayro.

El hijo Alfredo, que escuchó el largo suplicio al que fue sometido su padre, no pudo superar el recuerdo de los gritos del torturado, de las explosiones de dinamita, del sonido de los balazos y sucumbió al alcohol. Años más tarde, tras seguir un tratamiento logró recuperarse para llevar una vida apacible hasta que una tarde, ordenando el desván de su casa encontró una caja de cartón con los recortes de los diarios dando noticia de aquella Navidad mortal; también estaban allí las cartas enviadas por su padre antes de ser asesinado y cuyos fragmentos el lector ha leído

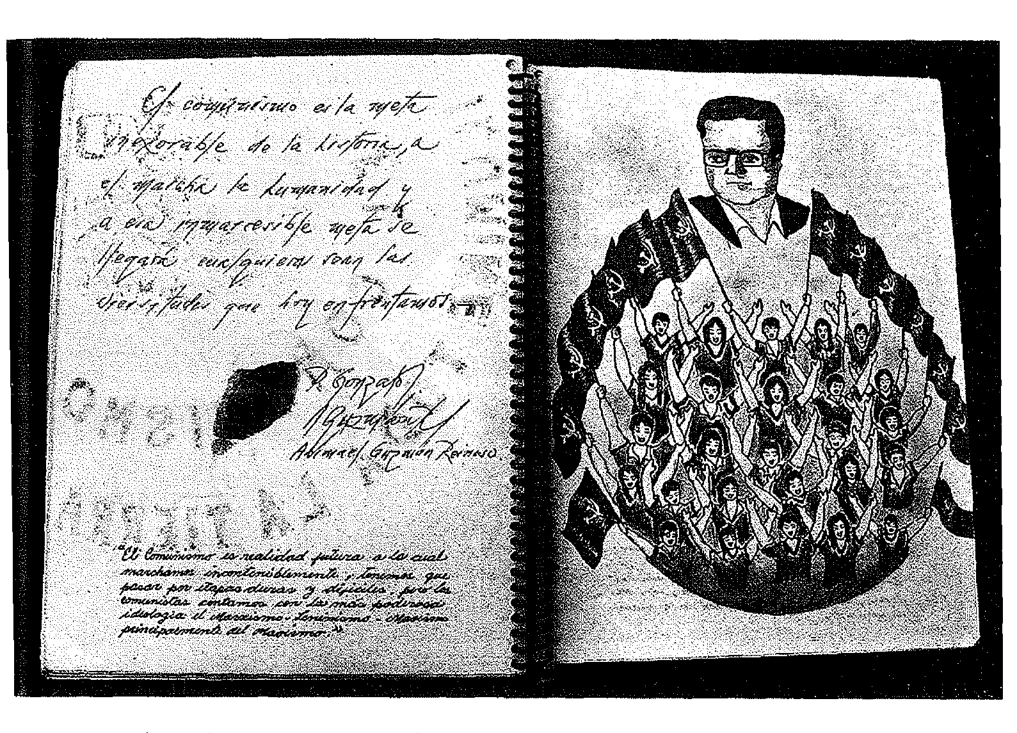
170 Diario *El Comercio*, edición del sábado 27 de diciembre de 1980.

líneas arriba. Se le reabrieron las antiguas heridas y el remolino de recuerdos lo envolvió nuevamente en la bebida. Unas semanas después le dijo a su esposa que no debía recaer en el alcohol y viajó a Lima para encontrarse con el médico que lo había rehabilitado. Nadie sabe lo que ocurrió en ese viaje. Perdieron su rastro y una quincena después fue hallado muerto. La autopsia dictaminó un infarto al corazón. Su viuda, la doctora. Tatiana Pérez García Blásquez, tiene un diagnóstico tierno y triste: se murió de pena, una pena que le duró treinta años. Era el año de 2010 y Alfredo Medina Zea tenía cuarenta y cuatro años.

Su dolorosa historia es la primera de las historias personales que habrían de padecer centenares de miles y miles de familias peruanas en los doce años siguientes: mutilados, degollados, torturados, acribillados, lapidados, dinamitados; viudas, viudos, huérfanos, desaparecidos; aldeas arrasadas, campesinos migrantes, ciudades devastadas, servicios públicos destruidos. Una espeluznante situación ocasionada por la insania de un profesor universitario capturado por el delirio de emular a Mao Tse-tung y una muchacha cuya belleza escondía un espíritu fiero y sanguinario. Fueron, ambos, Abimael y Augusta, habitantes de las tinieblas, quienes durante años de pesadilla, tuvieron las llaves del infierno y de la muerte.

Lima, Ayacucho
Diciembre 2012 - Septiembre 2017

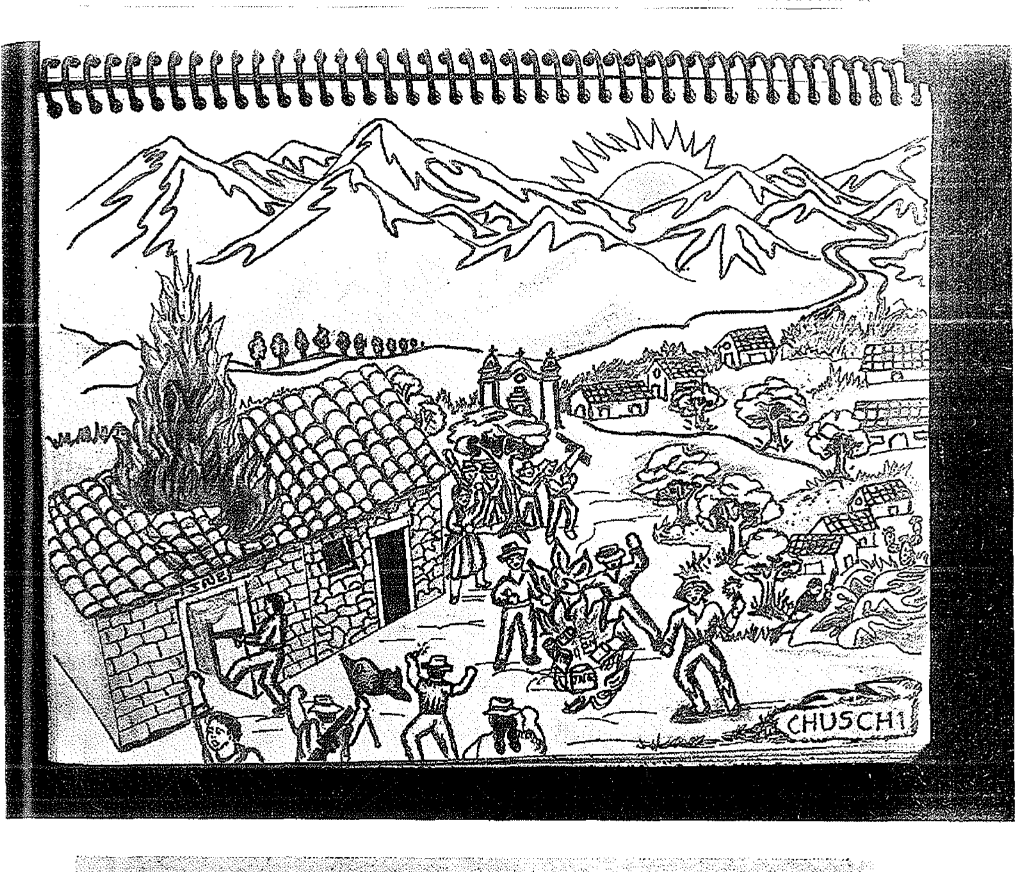
ANEXO FOTOGRÁFICO



Cuaderno de imágenes iconográficas de Sendero Luminoso, revisado y aprobado por Abimael Guzmán.

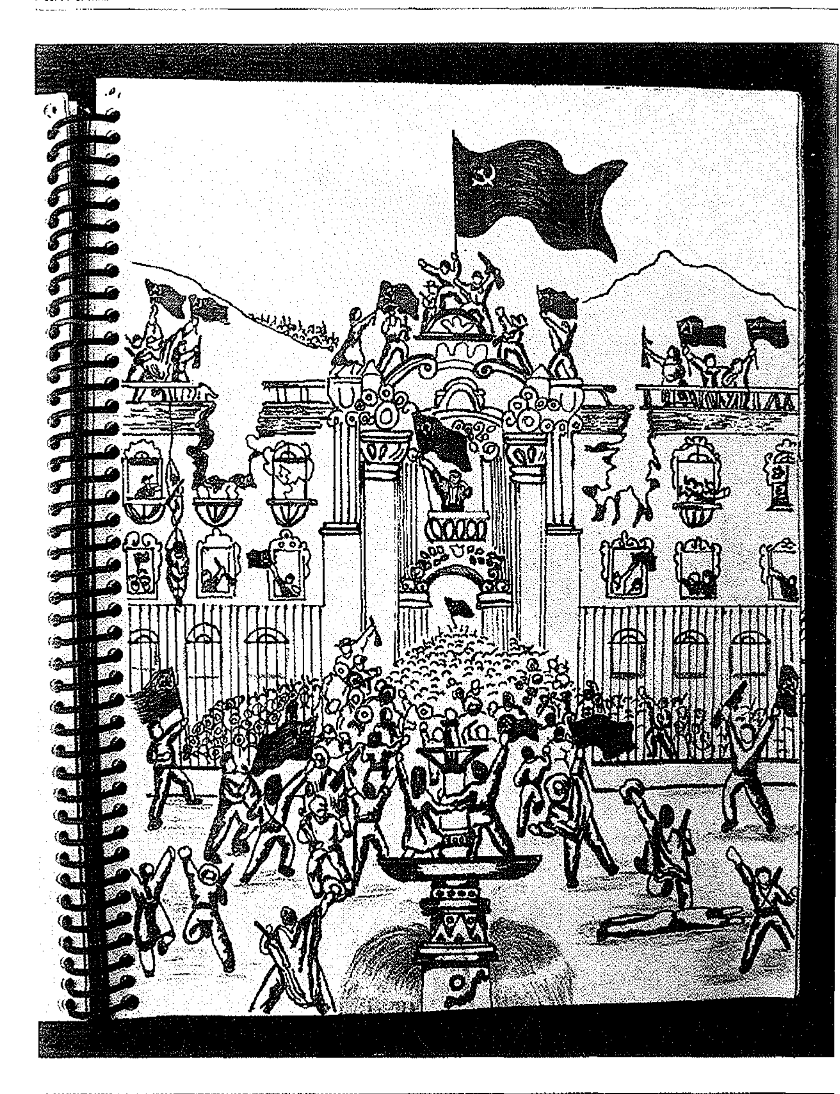


Ilustración senderista sobre el atentado al bus de la guardia presidencial Húsares de Junín el 3 de junio de 1989.



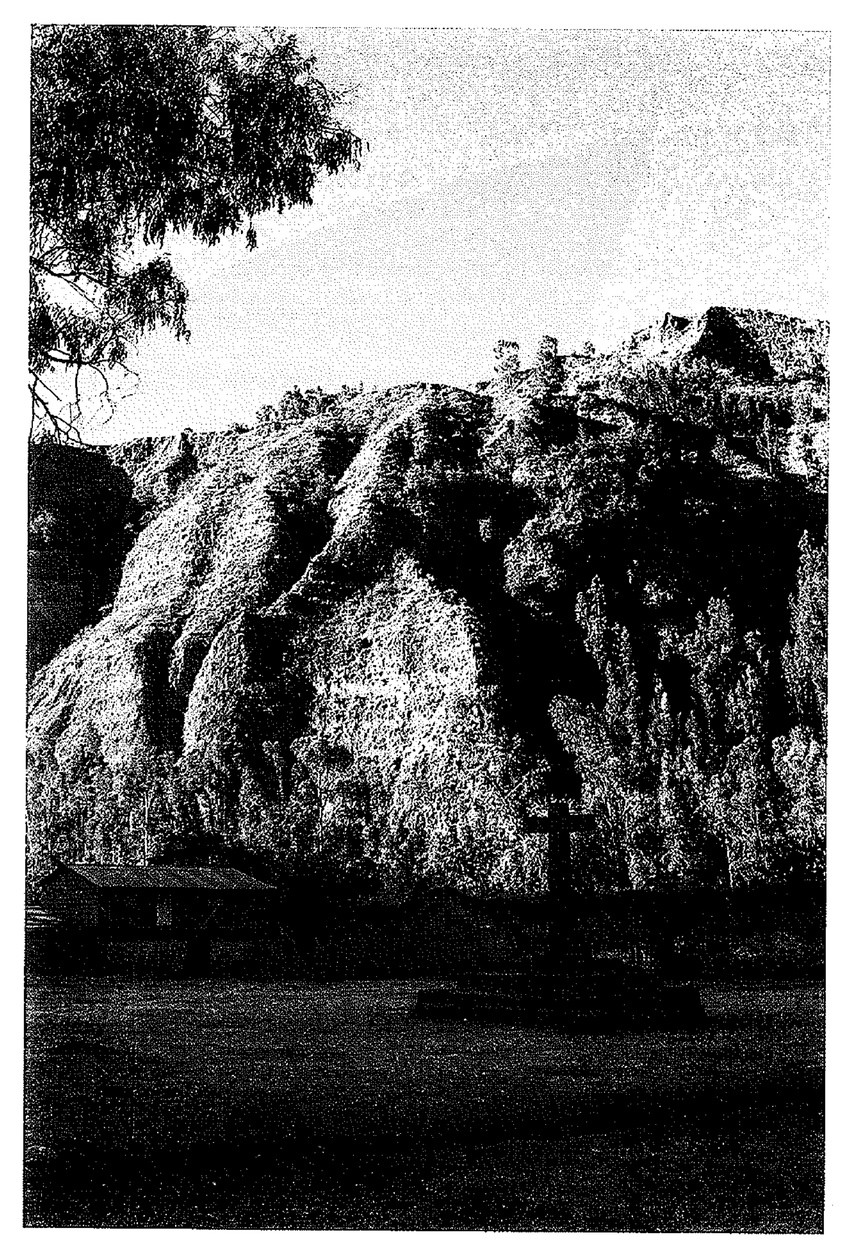
"El Boycot a las elecciones en el pueblo de Chuschi, dió inicio a la Guerra Popular."

Imagen senderista sobre el inicio de la lucha armada con la quema de ánforas y padrón electoral. Chuschi, 18 de mayo de 1980.

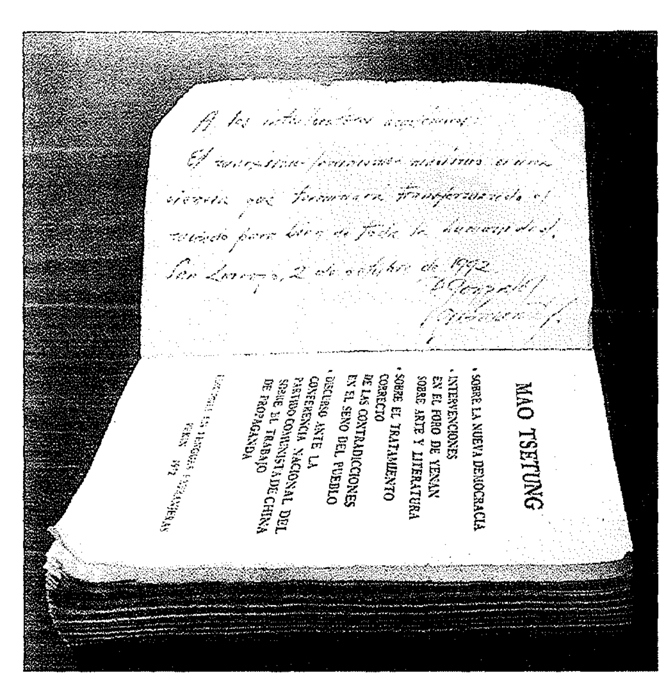


¡Conquistar el Poder en todo el País y [illegible]
la Conquista del Poder!

Alegoría senderista sobre la captura del Palacio de Gobierno, un delirio que Guzmán pensaba alcanzar tras la atroz violencia generada en el país.



Cruz de piedra en la hacienda Pomacocha en la cual los senderistas ataban a los pobladores para torturarlos y darles muerte.

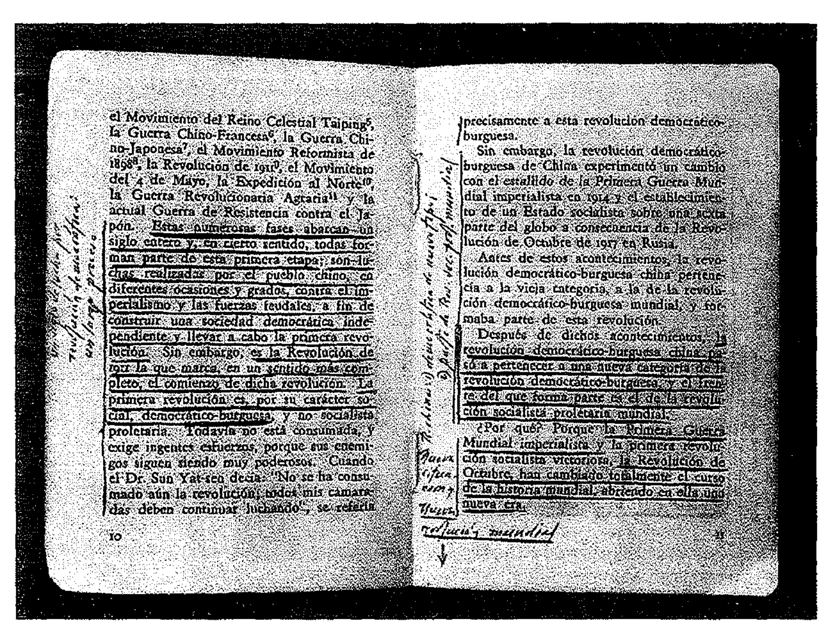


San Lorenzo, 2 de octubre de 1992

MAO TSETUNG

- SOBRE LA NUEVA DEMOCRACIA
- INTERVENCIONES EN EL FORO DE YENAN SOBRE ARTE Y LITERATURA
- SOBRE EL TRATAMIENTO CORRECTO DE LAS CONTRADICCIONES EN EL SENO DEL PUEBLO
- DISCURSO ANTE LA CONFERENCIA NACIONAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA SOBRE EL TRABAJO DE PROPAGANDA

Libro de Mao Tse-tung, el personaje que Guzmán quiso emular. Contiene anotaciones del líder senderista.



el Movimiento del Reino Celestial Taiping[5], la Guerra Chino-Francesa[6], la Guerra Chino-Japonesa[7], el Movimiento Reformista de 1898[8], la Revolución de 1911[9], el Movimiento del 4 de Mayo, la Expedición al Norte[10], la Guerra Revolucionaria Agraria[11] y la actual Guerra de Resistencia contra el Japón. Estas numerosas fases abarcan un siglo entero y, en cierto sentido, todas forman parte de esta primera etapa; son luchas realizadas por el pueblo chino, en diferentes ocasiones y grados, contra el imperialismo y las fuerzas feudales, a fin de construir una sociedad democrática independiente y llevar a cabo la primera revolución. Sin embargo, es la Revolución de 1911 la que marca, en un sentido más completo, el comienzo de dicha revolución. La primera revolución es, por su carácter social, democrático-burguesa, y no socialista proletaria. Todavía no está consumada, y exige ingentes esfuerzos, porque sus enemigos siguen siendo muy poderosos. Cuando el Dr. Sun Yat-sen decía: "No se ha consumado aún la revolución; todos mis camaradas deben continuar luchando", se refería

10

precisamente a esta revolución democrático-burguesa.

Sin embargo, la revolución democrático-burguesa de China experimentó un cambio con el estallido de la Primera Guerra Mundial imperialista en 1914 y el establecimiento de un Estado socialista sobre una sexta parte del globo a consecuencia de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia.

Antes de estos acontecimientos, la revolución democrático-burguesa china pertenecía a la vieja categoría, a la de la revolución democrático-burguesa mundial, y formaba parte de esta revolución.

Después de dichos acontecimientos, la revolución democrático-burguesa china pasó a pertenecer a una nueva categoría de la revolución democrático-burguesa, y el frente del que forma parte es el de la revolución socialista proletaria mundial.

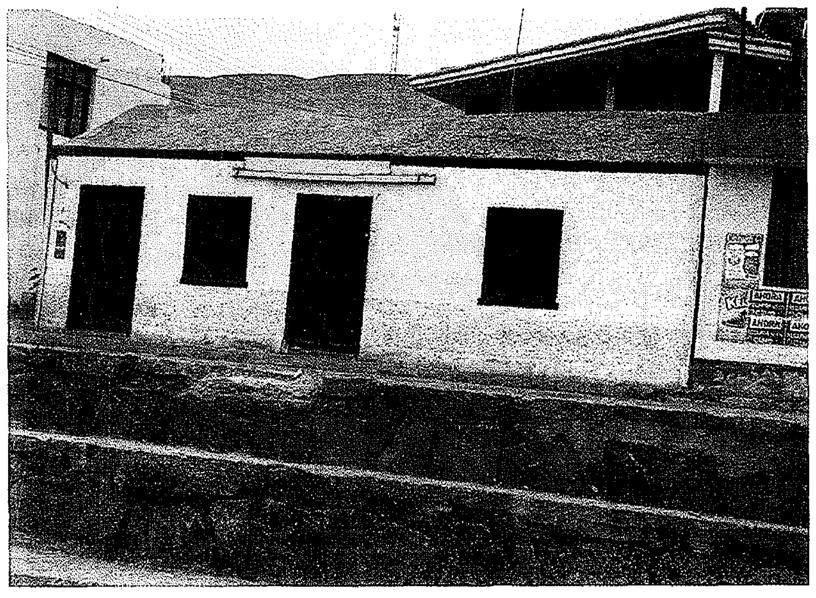
¿Por qué? Porque la Primera Guerra Mundial imperialista y la primera revolución socialista victoriosa, la Revolución de Octubre, han cambiado totalmente el curso de la historia mundial, abriendo en ella una nueva era.

11

Libro de Mao Tse-tung con subrayados y anotaciones al margen de Abimael Guzmán.



Abimael Guzmán Silva, padre del líder terrorista, y Laura Jorquera, madrastra.



Casa en la avenida Independencia 300, en El Arenal. Allí creció su madrastra Laura Jorquera. Se atribuye erróneamente como la casa en que nació Guzmán.

Casa de la calle Ejercicios 370, donde Abimael vivió sus años en Arequipa.

Tercer Año Secundario

Treinta y ocho comenzaron en abril y los mismos terminaron en diciembre. Ejemplo de estabilidad.

Y es que se encontraron a gusto en el mismo reducto del año pasado. Bastó con cambiar la plaquita de mármol de la puerta. Por otra parte, no hubo diferencias físicas ni intelectuales de importancia.

Todos jalaron del carro del saber con buena voluntad y satisfactorios resultados.

Prueba de ello es que el primero y único paseo que tuvieron se debió a una "recompensa" por haber triunfado "la totalidad" en los exámenes de Mayo. Otra característica de esta sección fué el buen humor y el deseo de novedades, algunas de estas últimas "imitadas". Siempre hubo alegría "aun en el el dolor" Si no que hablen Bouroncle, Llosa, Quesada, Luis Eduardo y el tambor mayor, Cervantes.

En cuanto a la tendencia "simiesca" fué notable.

Para ellos el 14 de junio, la Guerra de Corea y las sublevaciones de Puerto Rico y de Egipto son lecciones que aprendieron a la letra. Todo, naturalmente, bajo el signo de la alegría juvenil, del mejor buen espíritu. Quisieron ser campeones de fútbol, de basquet, de Box y de natación....

Pudieron haberlo sido...pero no tuvieron la suficiente fe en sí mismos.

Poseen elementos para todos los deportes y en abundancia. Como que en Tennis inscribieron nombres en tres campeonatos locales: Rafael Chirinos y Eduardo Llosa. En natación que se vean con Bouroncle, Tapia, Haeberle, Bolaños y Velasco. En atletismo, nos aseguran que "Barreda" va a acabar con Gómez, Mongrut y Pisconti.

Pero la fuerza del curso radicó en su labor intelectual.

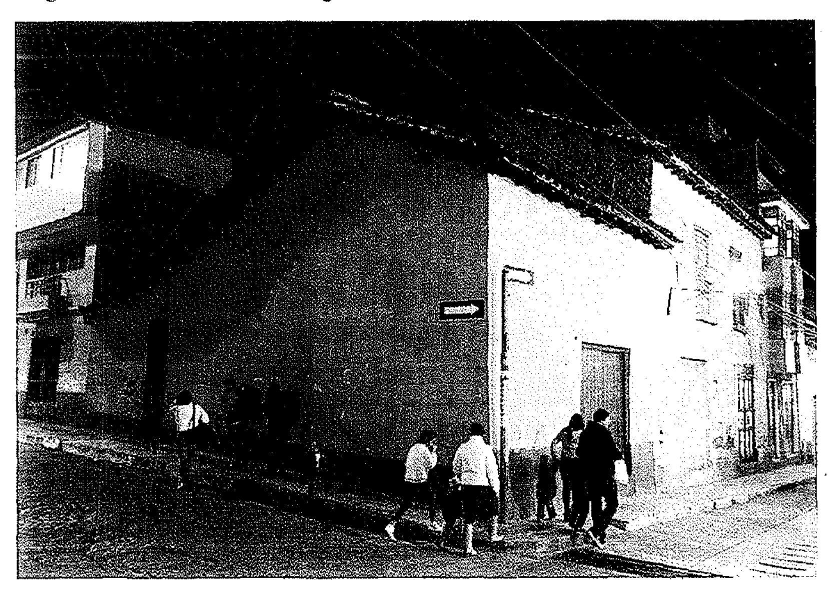
Los diez primeros no se dieron descanso, para al fin tener la siguiente colocación: Guzmán, Bouroncle, Rodríguez, Ojeda y Díaz Cano.

Terminaré felicitando a estos chiquillos que no trepidan en sacrificar un paseo para estudiar "a fondo" una lección

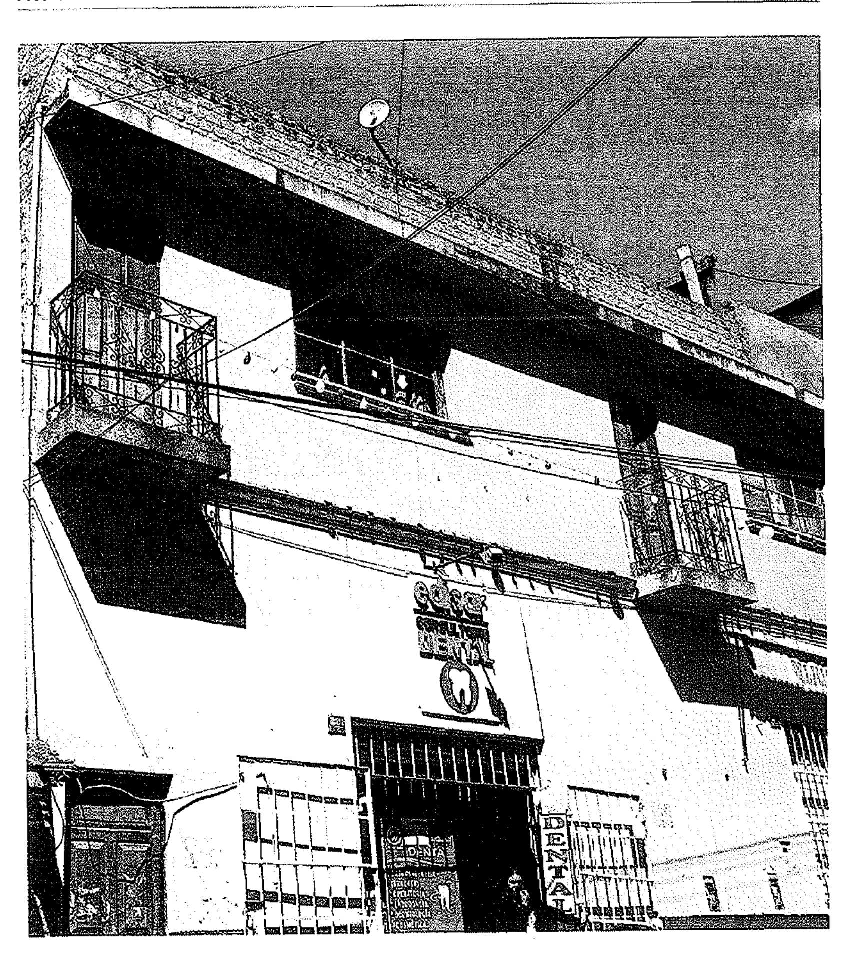
Anuario del colegio La Salle, Guzmán, primer alumno en tercero de secundaria.



Matrimonio de Augusta y Abimael. 3 de febrero de 1964. Los acompaña el testigo Hugo Cabrera Rocha, tío de Augusta.



Casa de los padres de Augusta donde se celebró el matrimonio. Jirón Tres Máscaras 312, Ayacucho.



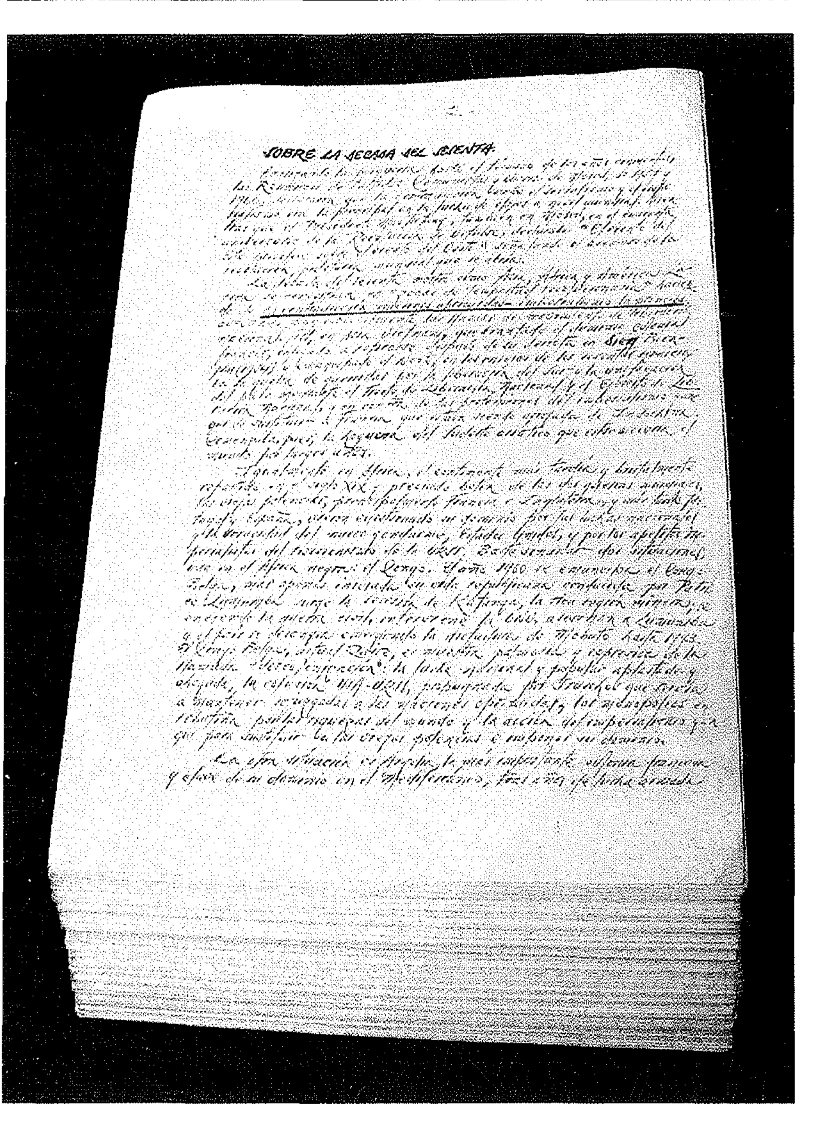
Casa de la calle San Martín 216, en Ayacucho. Abimael y Augusta vivieron en el segundo piso.



Efraín Morote Best, rector de la Universidad San Cristóbal y mentor de Abimael Guzmán.

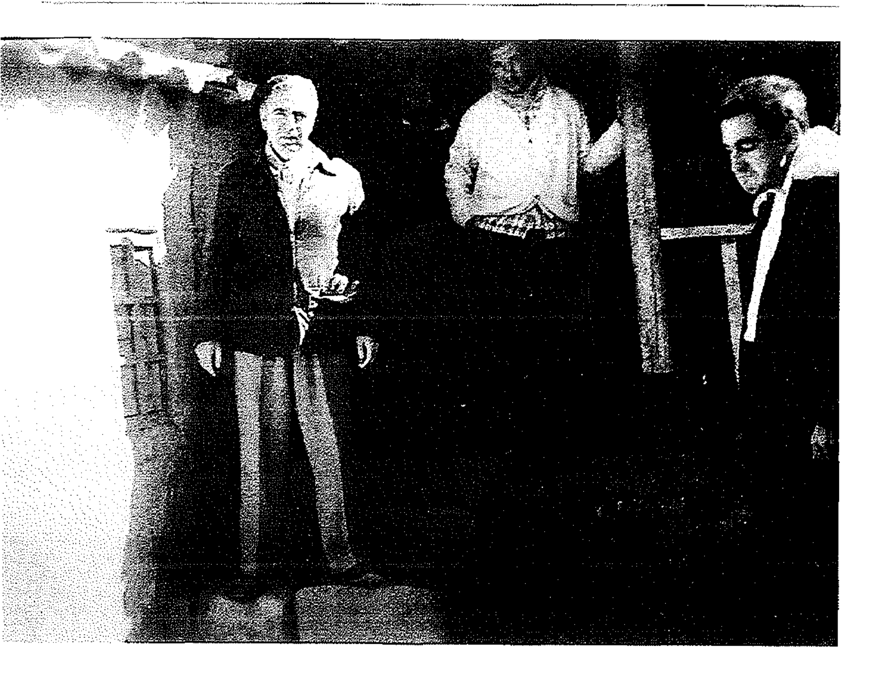


Casa de campo de Efraín Morote, ubicada en Totorilla, Ayacucho. Lugar de reunión de los catedráticos de la Universidad San Cristóbal, que formaron parte de Sendero Luminoso.



SOBRE LA DECADA DEL SESENTA

Manuscrito de Abimael Guzmán, que sirvió de fuente a este libro. A lo largo de más de 400 páginas, narra episodios de su vida y el proceso de formación de Sendero Luminoso junto a Augusta Latorre.



El presidente Fernando Belaunde, en su visita a Vilcashuamán en 1967. Fue advertido de actividades subversivas en la zona y no tomó ninguna medida.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
Corporación Gráfica Navarrete S.A.
Carretera Central 759 (km 2) Santa Anita
Lima, Perú
en Agosto de 2017